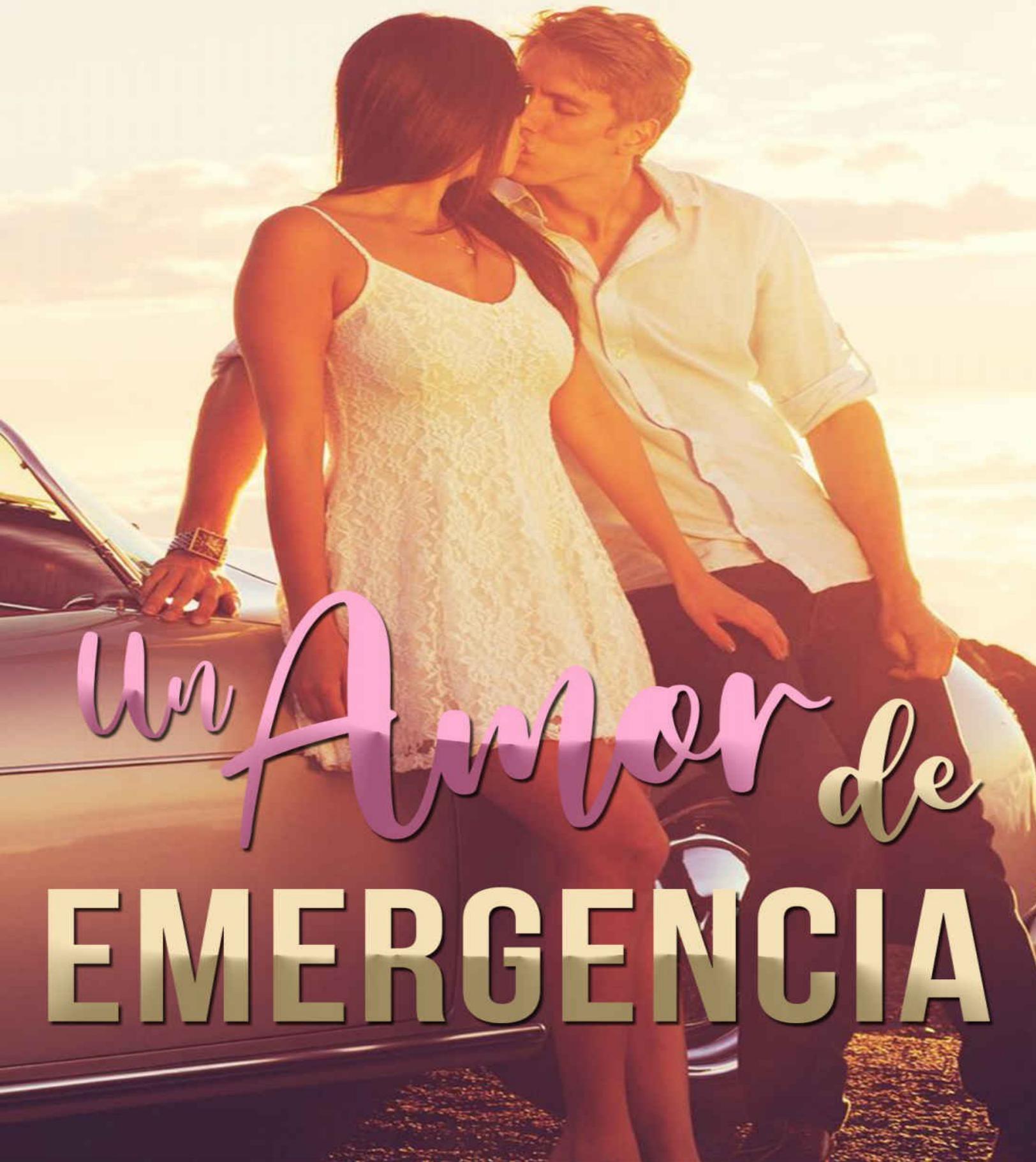


Aitor Ferrer



Un Amor de

EMERGENCIA

Un Amor de
EMERGENCIA

Primera edición.

Un amor de emergencia.

©Aitor Ferrer

©Abril, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Mis redes sociales](#)

Dedicatoria

Con este libro, quiero dar las gracias a todas esas lectoras que, día a día, están al otro lado de una pantalla apoyándome, dándome los buenos días, y haciendo que nunca se me borre la sonrisa. Ellas son “Las chicas de la Tribu”.

Gracias, por tanto, preciosas.

A veces, en este tipo de grupos, suceden cosas de las que el resto no son conscientes hasta que ocurren. ¿Será esta una de ellas?

Puede que sí, puede que no, pero te invito a leer esta historia que, estoy seguro, te llegará al corazón.

Aitor Ferrer

Prólogo



Cuando conoces a esa persona de la que te enamoras, te hace sentir completo, que todo lo tienes, que seréis felices para siempre, que, como dicen en los cuentos, comeréis perdices, y llegado el momento de afianzar la relación lo haces.

Te lanzas a la piscina, compras el anillo más bonito que has visto en tu vida, te arrodillas después de una cena en plan sorpresa y haces la pregunta que cambiará tu vida y la de esa persona, para siempre.

—*Celia. ¿Quieres casarte conmigo?*

Esa, esa fue la pregunta que, cuando tenía treinta y un años, cambió mi vida.

Celia y yo nos casamos un año después, con la ilusión de sabernos enamorados el uno del otro, con el amor flotando en el aire y las ganas de formar una familia.

Eso, al menos, es lo que yo pensaba.

Siempre nos había ido bien, desde que nos conocimos ya no pudimos volver a separarnos, en palabras de nuestros amigos, éramos la pareja más envidiada del grupo.

La boda fue preciosa, la luna de miel donde ella siempre había soñado, Holanda, la casa que compramos, la de sus sueños...

Todo era idílico, aquello que imaginé cuando me decidí, después de algún tiempo juntos, era lo que quería.

Y a ella, a Celia la amaba como nunca antes había hecho y, si soy sincero, como nunca haré.

Sí, la amaba, porque, cuando supe lo que me ocultaba, el golpe que recibí fue tan grande que dejé de hacerlo.

Vale, nadie deja de amar a otra persona de la noche a la mañana, por mucho que lo intentes, pero con el paso de los días, ese amor quedó en el rincón en el que ella lo dejó mucho antes, puesto que yo la quise hasta el último momento que estuvimos juntos.

Llevo años ejerciendo como médico de urgencias y aquella noche salí de mi turno antes de tiempo.

Cuando llegaba a nuestra casa, no me podía creer lo que veía. Mi mujer, mi Celia, una calle antes, besándose con otro, apoyados en un coche.

Ni qué decir tiene que no llegué a casa, no en ese momento.

Me fui al piso de un compañero que, por aquel entonces, vivía cerca de donde trabajábamos, tenía copia de sus llaves porque solía quedarme allí cuando acabábamos un turno y había que hacer otro de seguido.

Esa noche necesitaba estar solo y pensar qué era lo que podría haber pasado entre mi mujer y yo, para que estuviera con otro.

A día de hoy, esa pregunta me la sigo haciendo.

Seis años de casados a la basura y otros tantos de novios, porque decidió dejarme por ese

hombre, que resultó ser un compañero del banco donde trabajaba.

Creía que ella era el gran amor de mi vida, la mujer con la que formaría una familia y llegaríamos a ser un par de ancianos rodeados de nietos.

Qué ilusa puede llegar a ser la gente por amor.

Cuando nos divorciamos me compré una casa, fue en ese momento y no antes, cuando comencé a asimilarlo todo y empezar a sobrellevarlo.

Me gustó la casa en cuanto la vi, era adosada y con un pequeño jardín donde podría disfrutar de una de mis pasiones, los libros, y garaje.

Pero no me vine solo, mi hermana Judith, una psicóloga diez años menor que yo, se compró la casa de al lado, pasando a ser mi vecina, así que vivimos puerta con puerta.

Cuando le enseñé la casa que iba a comprar, ella se enamoró y dijo que quería otra, así que nos lanzamos a la aventura los dos, de ese modo no me sentiría tan solo, siendo realista. Y es que, Judith, además de mi hermana, siempre ha sido mi mejor amiga, a pesar de la diferencia de edad.

Podríamos haber seguido viviendo con Lidia, nuestra madre, puesto que ella estaba sola desde que murió nuestro padre cuando nosotros éramos pequeños, pero tanto Judith como yo, queríamos esa independencia y no darle disgustos ni quebraderos de cabeza, no más de los necesarios.

Además, mi madre tiene su vida, sus amistades y esos viajes que planean y visitan lo que quieren.

Con la pensión que le quedó de nuestro padre, que era juez, se mantiene y vive bien, eso sí, desde que nos compramos la casa, solemos cenar todos juntos alguna noche en casa de mi hermana o en la mía, y ella se queda en la que toque a dormir, nos echa de menos y es normal, siempre seremos sus polluelos.

Hacía dos años de aquello, de la separación de mi mujer, esa a la que tanto quise y por la que di siempre mi vida.

Con ella lo tenía todo, lo quería todo y sabía que me costaría volver a sentir una conexión tan fuerte como la que tuve con ella.

Mi hermana solía preguntarme si me dolía pensar en mi ex mujer. Claro que dolía.

Habían sido muchos años juntos, años en los que lo último que sentía al acostarme eran sus labios sobre los míos con ese beso de buenas noches que, durante semanas, tal vez meses, tanto extrañé.

Dolía, porque nunca había concebido una sola mañana sin ella a mi lado, sin nuestros desayunos entre risas, quedar para comer cuando yo no tenía turno, pasar un sábado en el centro comercial de tiendas, en el cine o cenando en nuestro restaurante favorito, ese en el que le pedí matrimonio y al que no volví a ir tras el divorcio.

Y, dolía, porque cuando supe que aquello era real, que la había perdido sin saber por qué, decidí que era hora de dejar todo atrás, todo lo que me recordara a ella, y hasta cambié mis cuentas a otro banco.

El simple hecho de ir por allí y verla a ella, o a los dos, era insoportable.

Habían pasado dos años de mi divorcio, dos años en los que mi madre y mi hermana fueron mis pilares, esos que me sostenían cuando ni yo mismo me soportaba.

Fueron ellas las que me levantaban el ánimo y me obligaban a salir, las que dejaban todo por mí, sus noches de cenas con amigas, sus viajes, sus días libres. Todo.

Dos años, quién lo diría cuando a mí me parecía que apenas hubieran pasado unos meses.

Pero estaba superado, de eso no me cabía la menor duda, el dolor de la pérdida se acabó, igual

que para ella se acabó aquel amor que una vez sintió por mí.

En este tiempo había conseguido recomponerme y me dedicaba en cuerpo y alma a mi trabajo, a hacer aquello que siempre quise, ser médico.

Tal vez haya quien pueda decir que soy un sensibilero, que no es de hombres llorar. Pero, ¿acaso no tenemos los hombres también un corazón que bombea y late? Por supuesto que sí, y es ese, el corazón de toda persona, el que más sufre el dolor de saber que se ha amado a alguien con toda la fuerza de uno, y mil latidos, y descubre que, para la otra parte, ese sentimiento se acabó, en el tiempo exacto que dura el aleteo de una mariposa.

Como he dicho, una de mis pasiones son los libros, la otra es el cine, y en lo que respecta al amor, esta es una de las mayores verdades que he leído nunca:

«Amor es cuando la felicidad de la otra persona es más importante que la tuya. - H. Jackson Brown, Jr. -»

Capítulo 1



—Mujer, treinta y cuatro años, accidente de coche, no responde a los estímulos, pero tiene las constantes vitales estables.

—Vamos para quirófano —dije, mientras pedía a otro compañero que avisara a mi equipo.

Traumatismo craneoencefálico, un brazo roto, pero lo peor era el golpe en la cabeza que la mantenía inconsciente.

Una vez que se le trató todo, se la llevaron para cuidados intensivos, así que mandé a que localizaran a su familia, tenían sus datos, se llamaba Ruth.

La mañana se me pasó volando y cuando me di cuenta ya era la hora de irme, era lo que tenía trabajar en urgencias, que no parabas, además, yo era el jefe con lo cual era hacer de todo, menos estar cruzado de brazos.

Salí de allí y me dirigí a ver a mi vecina, o sea, a mi hermana, había salido temprano de trabajar y me dijo que estaba preparando un buen pescado al horno, así que no me pude resistir.

—Hermano, te juro que hoy por poco me da un soponcio.

—¿Qué te pasó?

—Me vino a la consulta Pedro.

—¿Tu ex?

—Ese mismo... —Volteó los ojos.

—¿Y qué quería?

—Una sesión —soltó una carcajada.

—¿No me digas?

—Así mismo, total que le di una cita para la semana que viene en la que me contará sus penas, por lo visto su novia lo dejó, así que me toca hacer de hombro donde llorar.

—Madre mía, para lo que hemos quedado.

—Yo, ni que tú lo tuvieras que atender —reía.

—También es verdad.

—¿Y tu día que tal?

—Pues mira, lo mismo de siempre, accidentes, cólicos y demás.

—¡Viva la monotonía! —exclamó y me sacó una risa.

Descorché una de las botellas de vino blanco que tenía mi hermana, en una especie de bodega en el cuarto de la despensa de la cocina, yo tenía otra y tampoco me faltaban, en eso habíamos salido iguales.

Tras una comida y una sobremesa en la que no faltó nuestras charlas literarias, me fui para mi casa a descansar un rato, estaba agotado, necesitaba mi horita de sofá y desconexión del mundo.

Y eso era vida...

La tarde también se me pasó en un abrir y cerrar de ojos, entre la siesta, salir a correr, ducha,

cena y leer, cuando me di cuenta ya estaba roncando.

Como cada mañana me tomé un café antes de salir para urgencias, mi turno era de ocho a tres de lunes a viernes, por lo que los fines de semana eran míos, aquellos en los que la tranquilidad volvía a mi vida.

Llegué y pasé consulta a los de cuidados intensivos.

—Tenemos un problema con esa chica —me hizo un gesto, señalando a Ruth, la chica del accidente.

—¿Qué pasa?

—Despertó a media madrugada y dice que se quiere ir, pero no se acuerda ni de su nombre y a los familiares no se los ha localizado.

—Déjamela a mí.

Me despedí del compañero del otro turno y me dirigí hacia ella.

—Hola, Ruth.

—Me llamo *Isabel Pantoja*.

—Pues un placer, Isabel, yo me llamo *Julián Muñoz* —aguanté de reírme.

—¿Qué quieres? Lo nuestro se acabó —dijo en tono despectivo y mirándome de forma desconfiada.

—No, no se terminó, estás en el hospital y hasta que yo no tenga claro que estás bien, no vas a salir.

—A mí no me hables así que te doy una hostia y sales por la ventana.

—Pero una, a la segunda estás sedada y durmiendo hasta que te levantes sin tanto ímpetu.

—Será chulo...

—Mucho. ¿No recuerdas nada?

—¿De usted?

—Pues no sé —solté el aire—. A ver. ¿Familia? ¿Trabajo?

—Ni que fueras la policía.

—También lo soy —bromeé, sin dar señal de ello.

—Joder qué buen partido. ¿Quieres una cita conmigo?

—Mira, te llamas Ruth y has tenido un accidente de coche —obvié la pregunta.

—¿Tengo coche?

—Imagino, se supone que ibas al volante.

—¿Y dónde está aparcado? ¿Y las llaves?

—Está en el depósito de la policía, imagino que podrás ir a retirarlo, lo que no sé en qué circunstancias te lo encontrarás, de todas formas, te repito que no voy a permitir que salgas de aquí hasta tenerlo claro.

—Yo me piro de aquí, pero ya, te lo aviso.

—A mí no me tienes que avisar de nada y lo mejor sería que te mantuvieras en calma.

—Claro, tú quieres que yo me quede para conceder una exclusiva de que me tienes aquí.

—Menos mal que te vas enterando de algo —bromeé.

—Una cosa Julián, a mí me han puesto de desayunar una mierda de desayuno y yo quiero una napolitana rellena de chocolate.

—Y yo una caja de *Ferrero Rocher*, ahora los pido por *AliExpress*.

—¿Llega rápido?

Ya me tuve que reír y se me quedó mirando con cara de no haberle hecho gracia que lo hiciera.

—¿Me has engañado?

—No, ahora voy a hacer que alguien te traiga una Napolitana.

—Y un libro, que me aburro.

—¿Lo ves?, eso me gusta más, pero tendrás que esperarte hasta mañana y te prometo que te traigo un libro, tengo cientos, así que dime que genero quieres.

—Quiero uno de cualquiera de los autores de, La Tribu.

—¿La Tribu? ¿Quiénes son esos?

—Si no lo has leído, es que no entiendes de literatura ni de nada.

—Ajá, luego investigo —le hice un guiño—. Ahora te traerán la Napolitana.

—Y un batido de chocolate. ¿Usted cree en Dios?

—Claro.

—Pues él, se lo pagará todo.

Salí de allí y le pedí a un compañero que iba para la cafetería que me comprara una Napolitana y un batido de chocolate.

Me puse a investigar lo de “La tribu” y pedí solicitud en el grupo, me aceptaron e incluso me dieron la bienvenida, de ahí miré los contactos y encontré a Ruth, pero tenía todo tan privatizado que ni los amigos, post, ni nada se podía ver, solo su foto de perfil, pero ni siquiera los comentarios.

Me chocaba mucho que se acordaba de cosas, pero nada que ver con su vida personal.

—Aquí tienes lo pedido, por cierto, investigué en Facebook sobre “La Tribu” y había un grupo, así que pedí solicitud, me aceptaron y mira por donde ya sé qué autores la componen, pero son de romántica y por ahora no leí de ese género.

—Pues con Aitor, me llevo genial y todos me encantan como escriben.

—¿Y qué hacías tú cuando hablabas con Aitor? ¿Dónde estabas?

—Yo que sé, imagino que por el móvil —nada, solo se acordaba de lo de fuera—. Por cierto, qué rica esta Napolitana. ¿Me traerás mañana otra?

—Claro —sonreí negando, vamos, que era normal que mis compañeros dijeran que era el curita del hospital.

La dejé desayunando, terminé de trabajar esa mañana y me fui directo a comer a casa de mi madre, pues me había dicho que nos había hecho a Judith y a mí, unas costillas en salsa que le salían de vicio.

Y tan de vicio, que aquello olía con solo abrir la puerta de la casa.

Mi madre me comió a besos e hizo que la cogiera en brazos, era tremenda, tenía una agilidad y una vitalidad, que ya la quisiera yo cuando llegase a sus sesenta y cinco años.

Mi hermana le contó lo del ex y lo que nos reímos fue poco, solo con la forma de explicarlo y esos gestos de cara, era para echarse a llorar de la risa.

Salí de allí casi a las siete de la tarde y es que ir a ver a mi madre tenía eso, sabía cuándo entrabas, pero no cuando salías.

Capítulo 2



No podía dejar de pensar en ese caso que teníamos en el hospital, el de Ruth.

Me tenía de lo más desconcertado, así que volví a mirar en su cuenta de Facebook, pero nada, no había manera de poder ver algo.

Solo me quedaba una opción, y esperaba que no me tildaran de loco al haber hecho semejante cosa.

Como ya era un miembro más de ese grupo que me había mencionado Ruth, abrí mi aplicación de Messenger y le mandé un mensaje de audio a Aitor. Esperaba que fuera un tío simpático, al menos, y que me pudiera ayudar.

—Hola, Aitor, buenas tardes. Lo primero, disculpa que me atreva a mandarte esto, soy nuevo en el grupo de La Tribu y es que...

Corté, porque parecía gilipollas sin saber qué decir. Vamos, a mis cuarenta años, había que joderse. Al menos no lo había leído aún, eso que me salvaba.

Pues nada, a empezar de nuevo.

—Aitor, disculpa el corte de antes. Soy el doctor Mario San Sebastián. Verás, como decía, soy nuevo en el grupo y el motivo de contactar contigo es porque tengo en urgencias a una chica que tuvo un accidente y, como me dijo, forma parte del grupo y os sigue a todos. Me comentó que hablaba mucho contigo, por eso mi atrevimiento a esto. He mirado su perfil, pero está privatizado y no encuentro nada de ella. La policía tiene un domicilio inexistente y no sé qué hacer. Si pudieras ayudarme, estaría muy agradecido.

Enviado, ahora a esperar que me contestara.

Me preparé un café, salí al jardín a tomarlo y en cuanto me senté, sonó mi teléfono. Si digo que me quedé alucinado cuando vi el nombre de Aitor en la pantalla, no exagero.

—Buenas tardes, Aitor —saludé cordialmente.

—Hola, Mario. Me has dejado preocupado con ese mensaje. En el grupo tenemos muchas chicas y, hablando con algunos de los compañeros autores, estamos todos en shock. ¿De quién se trata?

—Es Ruth.

—Te juro que me acabas de dejar de piedra por completo —se le notaba preocupado de verdad—. Hablé con ella hace un par de días. ¿Cuándo tuvo el accidente?

—Nos la trajeron ayer, y el problema es que se despertó sin saber ni su nombre, decía que era Isabel Pantoja —Aitor soltó una carcajada al otro lado.

—Es ella, sin duda. No Isabel, me refiero, sino Ruth. Es muy graciosa, pero también muy buena niña. Yo tengo su dirección, de los sorteos que hemos hecho en el grupo, lo habrás visto,

ahora mismo hay un par de ellos activos, de cuando le he mandado algún ejemplar. Hablo con ella y sé que vive sola, trabaja online desde casa para una empresa a la que le lleva las redes sociales. Luego te mando algunas fotos que tiene en el perfil, está en su casa, sola o con gente, así puedes enseñárselas para ver si recuerda algo.

—Claro, eso me vendrá genial. Muchas gracias.

—De nada, y, por favor, manténteme informado para poder ir contándole a los compañeros. Cualquier cosa que necesites, me dices.

—Por supuesto. Lo que quería pedirte es, si puedes enviarme algunos libros para ella, y si pudiera ser uno tuyo dedicado, se lo prometí —sonreí—. Yo te los pago, obviamente.

—No hay nada que pagar, hombre, es para nuestra niña, que está convaleciente. Yo te los mando.

Le di mi dirección, quedamos en mantenernos en contacto y entré para casa a preparar la cena.

No tardó en sonar la notificación de mensaje y al abrir encontré varias fotos de Ruth, que acababa de enviarme Aitor.

Le escribí para darle las gracias y decirle, una vez más, que le mantendría al tanto de las novedades.

Cené viendo un documental de medicina, cuando acabé me puse a leer un rato y entonces recordé el grupo del que ahora yo también era miembro.

Dejé el libro en la mesa, cogí la Tablet y entré en Facebook para echar un vistazo rápido.

Me reí al ver que, post en el que entraba, post que empezaba con un tema de conversación y acababa en otro diferente, normalmente, de comida,

entre las chicas y algunos de los autores que interactuaban en los posts. Se reían diciendo que de ahí sacaban varias opciones de menú para toda la semana.

La verdad es que se lo pasaban bien el tiempo que estaban ahí, no faltaban gifs de todo tipo, sobre todo, esos de los que se ve que se ríen a carcajadas.

Me dio buena sensación el grupo, eran personas de diferentes partes del mapa, tanto de España como del otro lado del charco, con dos cosas en común, la literatura y el buen sentido del humor que tenían todos y cada uno de ellos.

Muchos de esos posts eran de chistes a cuál, más malo, pero de los que te hacen reír quieras o no.

Parecía que cuando alguien del grupo, ya fuera uno de los once autores, entre los que había chicos y chicas, o una de las niñas, como solían llamarlas ellos, ponía un chiste malo, la mañana iba de esa temática, o el día entero, porque se podía ir de un post a otro leyendo chistes.

Yo estaba ahí como en la sombra, sin interactuar por el momento, pero se podía ver el buen rollo que había entre todos.

Si alguna de las niñas comentaba en un post que tenía un mal día, enseguida se ponían las demás a comentar para animarla, incluso los autores también hacían porque su día se volviera un poco mejor.

Me gustó mucho ser consciente de que, en ese grupo, llevaban eso de ponerse una sonrisa cada mañana por bandera.

En ese momento me saltó una notificación de que habían subido una imagen al grupo.

Fui a verlo y era de Marcos, uno de esos chistes gráficos en el que no tardaron de empezar a reaccionar y comentar.

Me reía no solo por el chiste, sino por cada comentario que iba apareciendo.

Desde luego, ese grupo era como una terapia, tendría que hablarle a mi hermana de él, por si le

picaba la curiosidad de leer a los autores y pasar un rato de risas con esas chicas que, por lo que ellas mismas decían, eran unas loquillas de lo más sanas.

Vi que en el grupo habían creado un álbum con las novelas de cada autor, así que eché un vistazo y había muchísimas, una gran variedad para escoger.

Ya me estaba picando el gusanillo y al final me veía leyendo novela romántica, aunque hiciera tiempo que dejé de creer en el amor de verdad, pero bueno, siempre me consideré un lector empedernido y, quién sabe, igual me acababa aficionando a esos libros.

Vi que en el post que puso Dylan para darme la bienvenida habían comentado muchas de las chicas, y algunas me hicieron reír con eso de que ya tenían un chico más en el rebaño.

Cuando me quise dar cuenta, eran casi las doce de la noche, apagué la Tablet y entendí a las chicas cuando decían que entrar ahí era adictivo, se te iban las horas volando y acababas con dolor de tanto reír.

Por lo que había visto en algunos posts, había alguna que otra que había tenido un pequeño percance en la cocina con la comida o la cena.

Eso me dejó en claro que no se me ocurriera poner aceite en un sartén al fuego y olvidarme de él mientras leía lo que se le ocurría a ese grupo.

Me fui a la cama y pensé en Ruth, en que ojalá al ver esas fotos que me había mandado Aitor, empezara a recordar.

Capítulo 3



Con el café en mano y recordando esa conversación que había tenido con ese escritor que me pareció de lo más buen hombre.

Tenía fotos que me había pasado y que yo no dejaba de mirar, no sé por qué, pero con Ruth había empatizado mucho y hasta con esa Tribu en la que chismeé unos cuantos posts y te hacían llorar a carcajadas.

Llegué al trabajo y antes de entrar compré un batido y una Napolitana en la cafetería, me daba lástima de que nadie pudiera estar visitándola, pero joder, es que no se acordaba de lo más mínimo.

Revisé todo lo que me habían dejado anotado y entré a ver a Ruth, que ya la había trasladado a planta y estaba sola en una habitación.

—Julián, no veas lo que lo eché de menos ayer.

—¿No me digas? —sonreí, arqueando la ceja, algo malo me iba a soltar.

—Desde luego que poco amor a tu trabajo, en vez de quedarte aquí a mi lado hasta que me recupere. Tener exnovios para esto...

—Bueno, para que me perdones te traigo tu desayuno favorito.

—Por tu culpa se me va a poner el azúcar por las nubes —le dio tal bocado, que se llevó media Napolitana.

—Traga bien, anda —reí negando. Le conté todo lo hablado con Aitor y ella escuchaba mientras absorbía la bebida.

—¿Entonces eres amigo de uno de mis escritores favoritos?

—Casi —sonreí—. Mira esta foto tuya y a ver si recuerdas quienes son las que están contigo.

—Vale —la miró—. Pues claro que sé quiénes son, la María del Monte y su modista —dijo tan convencida y solo me faltó persignarme.

Nada, que no quería recordar, que se había metido en el papel de la tonadillera y de ahí no se la sacaba. Lo peor de todo es que era muy joven para ella identificarse con esa artista, que, si me dice Shakira, como que es más convincente.

Le dije que le había encargado el libro y que llegaría en breve, nada de que Aitor le iba a mandar más y eso.

Esa mañana le hice varias visitas, la verdad es que me caía genial y era preciosa, para que mentirnos, que alegraba a la vista era obvio.

—Julián —al final se me quedaba ese nombre.

—Dime.

—¿Mañana me das el alta?

—Yo te lo daría, estás respondiendo bien, pero no mañana, al menos dentro de un par de días, antes me gustaría localizar a alguien que pueda estar pendiente a ti.

—Pues tú, Julián, que tienes todas las tardes libres —resopló, causándome una carcajada de esas que se debió de escuchar en los pasillos.

—Madre mía, qué mal te sentó el golpe.

—¿Qué golpe?

—Nada, nada —negué riendo.

Me despedí de ella hasta el día siguiente, por supuesto me pidió que volviera con su desayuno VIP como ella lo llamaba.

Y eso fue lo que hice al día siguiente, volver con su desayuno y la caja que me había enviado Aitor, el día anterior.

Se emocionó un montón, dentro contenía tres libros de él, firmados y uno de mi parte, además me llegó por Amazon Prime, un ejemplar de cada autor de La Tribu, eso independientemente al paquete que le mandó él personalmente y que aparte de las tres novelas, contenía una caja de bombones y un paquete con muchas clases de gominolas.

No fue solo eso lo que pasó, por la habitación apareció una chica que, tras pedir permiso para entrar, se fue hacia ella de lo más emocionada y la abrazó.

—Ruth, te he buscado hasta en la cárcel —dijo la chica, bromeando.

Pero no la reconoció, así que le pedí hablar con ella y salimos al pasillo.

Se llamaba Ana y era amiga de Ruth, desde hacía muchos años, cosa que me alegró pues ya comenzábamos a unir el puzle.

Ruth no tenía familia y, por lo visto, tenía una historia bastante triste de su vida, no me la quiso contar, pero me hizo referencia como que ella, era su máximo apoyo en todo.

La casa donde vivía es la que había heredado de su padre antes de morir, su madre lo hizo años atrás y vivía de su trabajo, que no le iba nada mal, al menos para cubrir sus gastos y guardar un poco tenía.

Bueno, de momento me dejaba más relajado que tuviese alguien en su vida.

Ana había venido para quedarse, no la pensaba dejar sola y más, cuando le conté que no recordaba nada.

Y no fue hasta tres días después que llegué con su desayuno como siempre y también para Ana, que me encontré con que ya recordaba casi todo, hasta del accidente, eso sí, el sentido del humor no lo perdía, decía que yo sería su Julián para toda la vida.

Al día siguiente le di el alta, le bromeé diciendo que la vería por “La Tribu” y que esperaba a que me enviara una solicitud de amistad. Me dijo que se lo pensaría, pero con su tono de humor y haciéndose la interesante.

La verdad es que le había cogido mucho cariño, me había dado tal panzada de reír esos días, que la verdad es que era de esas pacientes que recordaría por mucho tiempo.

Estaba comiendo en casa cuando me llegó una solicitud de amistad y era de ella, sonreí negando y viendo rápidamente su muro, ese que había estado cerrado para mí, hasta ese momento.

Era realmente preciosa, simpática, siempre con una sonrisa en su rostro y se veía que no era fingido para la foto, era el reflejo del estado que tenía en ese momento.

Lo demás eran todas publicaciones de los libros del grupo de los escritores, le hacían hasta videos de lo más currado, eran todas unas artistas unidas por las letras, me parecía algo precioso.

Llamaron a mi puerta y era el pedido de libros que hice, uno de cada autor, quería ver esa esencia de la que me hablaba Ruth y esas historias que tanto la atrapaba.

El primero por el que me decanté fue por Aitor, se lo debía por el trato que me había dado. Era

sobre un rancho en Texas, me llamó mucho la atención la portada y luego me encontré sumergido en esa historia que para nada me esperaba, un lenguaje de lo más coloquial, me chocaba, pero atrapaba, además, al ser en primera persona, pues como que te metías más en el personaje.

Me bebí esa misma tarde el libro, ni yo me lo podía creer, pero la verdad es que había merecido la pena, me había quedado encantado con esa otra parte de la literatura que yo no conocía, pero que me había sorprendido mucho y para bien.

Le escribí un privado para comentarle mi sorpresa y felicitarlo por hacer ese tipo de novelas tan amenas y que te hacen desconectar del mundo, vamos, le dije que ahora entendía a las chicas.

Estuvimos charlando un rato, y es que la verdad nos habíamos caído bien, además me contó un poco como comenzó con esto y como se fue forjando de compañeros que ya tenían La Tribu montada y que lo acogieron como a uno más. Habían formado toda una familia literaria donde sus chicas, las lectoras, eran el motor del día a día.

Me pareció fascinante y, además, como había vivido esos días lo del grupo, lo podía entender a la perfección y es que allí se respiraba un vínculo muy fuerte.

Capítulo 4



Nada más llegar al hospital me tuve que poner la bata a toda prisa para atender un trauma. Se había producido un choque múltiple en la carretera y comenzaban a llegar los heridos. Las primeras horas de la mañana se me pasaron entre un paciente y otro, algunos muy graves y con pronóstico nada bueno, pero si yo tenía algo, es que era muy optimista con cada persona que pasaba por mis manos.

Ver aquellos heridos me trajo a Ruth a la mente y, en cuanto tuve un descanso para el café, me fui a la sala y le mandé un mensaje.

Mario: *Hola, Ruth. Solo quería saber cómo estás, si tienes alguna dolencia, o síntoma que antes no tuvieras. Sufriste un accidente bastante fuerte.*

Cerré la aplicación, porque no pensaba que fuera a atenderme en ese momento y me tomé el café.

Hasta que me entró un mensaje...

Ruth: *¡Hola! Pues muy bien, Julianín, se nota que eres buen médico. ¿Tú, cómo estás?*

Aquello de “Julianín”, me sacó una sonrisa, y es que ya lo dije, yo siempre sería Julián para ella.

Mario: *Una mañana dura, no sé si te has enterado del choque múltiple...*

Ruth: *¿Están los heridos en tu hospital? Salieron en la televisión, las imágenes... Bueno, algunos vehículos han quedado directamente para desguace.*

Mario: *La gran mayoría sí, los hemos atendido aquí, otros han sido trasladados a hospitales dónde están más especializados en otras áreas.*

Ruth: *Ya imagino. Bueno, quitando eso, ¿tú estás bien?*

Me gustó que se interesara por mí, que era una tontería, pero oye, me había sacado otra sonrisa.

Le dije que sí y le comenté que había leído uno de los libros de Aitor, y que estaba barajando cuál sería el siguiente.

No tardó en recomendármelos todos, sin excepción, pues decía que cada autor ponía un poquito de su esencia en los libros, esa chispa alocada, romántica o atrevida que tenían.

Ruth: *Eso sí, no te quepa duda, que escriben con el corazón.*

Y no me cabía duda, pues, como le dije a ella, Aitor me había parecido un buen hombre.

Se me pasó el tiempo del café escribiéndome mensajes con aquella mujer que, con su gracia y salero, había alborotado a todo el personal de urgencias del hospital.

Me despedí diciéndole que, si algún día quería que charláramos, me podía enviar un mensaje, ahora que me tenía fichado con el Facebook, y quedó en hablarme.

No sabía si lo había hecho para que me callara, mandándome a tomar viento fresco de manera sutil, pero no creía que fuera ese el caso, puesto que, por lo que me había parecido mientras charlábamos, yo debía caerle bien.

Regresé al trabajo y acabé afrontando el resto de mañana con una sonrisa y una alegría, que no esperaba tener.

Ese debía ser el efecto Ruth, quien era lo más parecido a un huracán que podías encontrar en la tierra.

Mi hermana me mandó un mensaje, decía que no le apetecía cocinar y que se venía para mi casa, menos mal que en esos casos me avisaba, así me pasaba por uno de sus restaurantes favoritos y cogía la comida para llevar.

Cuando entré en mi casa, ya estaba ella poniendo la mesa. Sí, tenía copia de mis llaves y yo de las suyas, por si alguna vez nos pasaba algo que el otro pudiera entrar, no fuera a ser que los bomberos tiraran la puerta abajo y, hasta que el seguro pusiera otra, íbamos apañados.

—Huelo esa pasta desde aquí —sonrió.

—No creas que me apetecía cocinar a mí tampoco.

—Vaya dos, si mamá lo supiera...

—Le daba algo, así que, mejor que siga viviendo en la ignorancia en cuanto a este tema se refiere.

—Menos mal que cuando viene a casa de alguno, cocina y deja tupperes para toda la semana —dijo, mientras sacaba los recipientes con la comida para ponerla en platos.

—El día que se vaya de viaje un año entero, la vamos a echar de menos por la comida —reímos, pero es que era así, tal cual lo había dicho yo.

Nos sentamos a la mesa y le hablé del grupo de La Tribu, se quedó loca cuando le dije que estaba en él, que había entrado para poder saber algo de una paciente que, tras el accidente, no recordaba su nombre, pero eso sí.

—Yo quiero ver ese grupo —me cogió la Tablet cuando íbamos a sentarnos en el salón, y entró con mi cuenta, como tenía la sesión abierta no había tenido ningún problema.

Empezó a reírse y se acercó a mí para enseñarme algunos comentarios que se estaban haciendo en un post de Dylan.

La verdad es que se lo pasaban de escándalo en ese grupo.

—Oye, pues esto está muy bien. A ver si me invitas a entrar.

—Ayer me leí un libro.

Le enseñé el del rancho de Texas de Aitor y dijo que iba a leerse, que cuando me acabara el siguiente se lo leería ella, y así todos los que pasaran por mis manos.

Después del café, se fue para su casa, tenía algunos expedientes que revisar de pacientes que le había pasado un compañero y quería tenerlo acabado antes de la cena.

Me puse a preparar una ensalada de pasta para la cena y, a media tarde, salí a correr un rato.

Llevaba música y los cascos conectados al móvil, así que escuché que me llegaba una

notificación de mensaje.

Me paré un momento para verlo y ahí estaba, el nombre de mi paciente favorita.

Ruth: *Buenas, casi noches, Julianín. ¿Qué hace el doctor más simpático de la ciudad? Reír como un idiota, al leer aquello. No se lo escribí, no era tan idiota.*

Mario: *Corriendo un poco, ya de vuelta para casa.*

Ruth: *¡Uf! Correr, ¡qué pereza! A eso no me invites nunca, que no pienso aceptar. Era aquello una indirecta para que la invitara a, ¿una copa, tal vez? Bueno, mejor un café.*

Mario: *Vale, nada de invitarte a salir a correr, pero, ¿y, a un café? Pues ahora la pelota estaba en su tejado.*

Ruth: *Café, ¿cómo? O sea, quiero decir, ¿café para desayunar, después de comer, o en plan, merienda?*

Desde luego que, reír, me hacía reír lo que no estaba escrito.

Mario: *No sé, el que tú prefieras.*

Ya había dejado de correr, estaba volviendo a casa andando mientras me escribía con ella.

Ruth: *Pues no sé, ya lo vamos viendo. Te dejo que sigas corriendo. ¡Hablamos!*

Mario: *Cuando quieras, por aquí estaré.*

No volvió a escribir, así que acabé corriendo lo que me quedaba de camino de vuelta a casa. Me di una ducha, cené y escogí Pídemelo con flores, un libro de Ariadna, una de las autoras del grupo, para leer un rato.

Y lo que iba a ser un rato de lectura, se convirtió en parte de la noche, puesto que me había quedado en cada capítulo con ganas de saber más, y así hasta el final.

Cuando se lo contara a mi hermana, no me iba a creer.

Me preparé un té antes de acostarme, a veces lo hacía, para dormir un poco mejor.

En la cama se me vino la conversación que había tenido con Ruth por la tarde, y es que me habría gustado que aceptara tomar un café conmigo, pero si a ella realmente no le apetecía, no iba a forzarla a una situación que a lo mejor no quería que sucediera.

Si el destino quería que nos lo tomáramos, ya jugaría él sus cartas para que así fuera.

Capítulo 5



Me desperté con ganas de vivir, sí, de vivir, de sentirme guapo, de atraer, de comerme el mundo y de conquistar a esa mujer. Ruth, esa chica que había entrado en mi vida sin saberlo, que había dejado huella en mi corazón y quería buscar la manera de conquistarla, así me sentía, con ganas de enamorar a un corazón que un día llegó, no de la mejor manera, pero sí pisando fuerte.

Llegué al trabajo un rato antes y me pasé por la cafetería ¿Sabéis que me pedí? Un batido de chocolate y una Napolitana...

¿Así de tonto te volvían los latidos del corazón? Pues parecía ser que sí, así me habían hecho levantar y es que hacía tanto tiempo que no me sentía así, que hasta me gustaba.

En el momento que entré en mi despachó, me avisó la enfermera de que tenía una paciente que necesitaba hablar urgentemente conmigo, le dije que la hiciera pasar y...

—¿Ruth? —pregunté, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Julián, he pasado muy mala noche —dijo entrando con la mano en la frente, pero sin perder su toque de humor.

—A ver, qué te pasa —me acerqué a ella y le puse mis manos en sus hombros.

—Me duele, aquí, aquí, aquí, aquí y aquí —fue señalando con su dedo varios puntos de su cuerpo.

—¿No será que lo que te duele es el dedo? —bromeé.

—No, joder que me duele todo mi cuerpo.

—Es del accidente, aún tienes zonas que están delicadas —sonreí, mirándola como si el mundo se me fuera en ello.

—¿Y no las va a revisar? Encima que me he comprado un conjunto de lo más sexy para venir —negó y me causó una carcajada.

—A ver, enséñame esas zonas que te duelen.

—Ah no, a mí me tienes que invitar esta noche a cenar y lo hablamos tranquilamente, que es viernes y sé que mañana no trabajas, así que me tratas como una paciente VIP o me busco otro doctor que me atienda como me merezco.

—Mira, me parece una idea genial. ¿Dónde te apetece cenar?

—En tu casa, vamos, no va a ser en la mía, encima que soy la víctima del accidente, que, por cierto, la culpa no fue mía y me van a tener que pagar un pastón de dos pares. Realmente he venido por eso, necesito una baja por lo menos de dos semanas.

—Vaya —me reí—. Te quise dar la baja y me dijiste que, como eras autónoma, seguirías currando.

—Y lo haré. ¿Quién se va a enterar?

—Está bien, además, la necesitas y te corresponde, así que —le extendí el brazo para que se sentara e hizo lo mismo en mi sillón para preparársela.

Le di la baja y se levantó tocando las palmas.

—Bueno, Julián —y dale con el cambio de nombre—. Esta noche nos vemos en tu casa, pásame la ubicación.

—¿Qué te apetece cenar?

—A ti, bombón —me hizo un guiño y salió con esa sonrisilla que me había alegrado el día.

A ti, bombón... Esa frase se me quedó toda la mañana en la cabeza.

Salí de trabajar, le envié la ubicación y le pregunté a qué hora vendría.

Ruth: ¡Sorpresa!

Esa fue su respuesta, así que, conociéndome, a las siete la tarde lo tendría todo listo.

Me fui a comer algo a una tapería frente al hospital, un par de montaditos de solomillo con roquefort y listo.

Llegué al supermercado y aunque en mi casa tenía de todo, me faltaban algunas cosas como, aguacate, salmón ahumado y demás, quería preparar una ensalada con esos ingredientes y, además, comprar dos doradas que tenía pensado hacerlas al horno.

No me lo podía creer, Ruth había venido con todo su desparpajo a pedirme que la invitara a cenar, bueno, eso y la baja, aunque se la podría haber llevado porque estaba en su derecho y no era ningún trato de favor, pero no, quería también una cita.

Algo que hacía reír al recordarlo, es que estuve todo el tiempo con el corazón sobrecogido, cada vez que me saltaba un mensaje o me entraba una llamada me ponía malo, pensaba que era ella para decirme que al final no venía.

Terminé de hacer la compra en la que metí varias botellas de vino blanco. ¡Como si no tuviera en casa! O lo que es peor aún, como si nos fuéramos a beber todas.

Y es que, aunque las mujeres no lo crean, los hombres somos iguales que ellas, cuando sientes algo por alguien. Quizás no somos tan efusivos y mostramos tanto, pero por dentro llevamos nuestra penitencia, nuestros nervios y miles de preguntas como: ¿estará pensando en mí? ¿Le gustará lo que le voy a preparar? ¿Cómo irá la noche? Y para más INRI, hasta te imaginas cómo será la llegada, si nos miraremos con ese brillo de dos personas que comienzan a gustarse, aunque esa era mi gran duda. ¿Le gustaría lo suficiente como para tener algo conmigo?

La mente humana es muy traicionera y nos hace pensar más de la cuenta, queremos obtener respuestas del futuro, sin dejar fluir todo aquello a lo que nos llevará el presente.

Y este era mi presente, este era mi día en el que por fin iba a tener una cita. Antes ni la había buscado ni ganas tenía, pero fue verla a ella, en aquella camilla inconsciente y ya tenía algo especial que hasta entonces nunca había tenido, quiero decir desde que me separé. Sería de necio decir que por mi exmujer no sentí nada, cuando la amé hasta la saciedad.

Ruth, como decía, tenía algo y es que, con solo mirarla, se me dibujaba una sonrisa hasta en el peor de mis días. Ella era luz, brillo y ese carácter que tenía que se alejaba del mío a años luz, pero que tanto me atraía.

Descarada, deslenguada, sin seriedad cuando había que ponerse serio, así era ella y eso fue lo que me atrajo, su desparpajo natural con el que afrontaba todo.

Ruth me tenía conquistado y es que saber que vendría a mí casa, a cenar conmigo, algo tan personal como eso, me tenía dando saltos imaginarios en los que iba a terminar hasta con agujetas reales.

Siempre me gustaron las mujeres serias, con su punto de humor, pero sin pasarse, que no

llamaran la atención, que supieran comportarse y que fueran dulces como el caramelo.

Y ahí tenía a Ruth, salada como el mar, con su exagerado punto de humor, ironía y con un arte que no cabía en su cuerpo, encima con una lengua de esas viperinas. Hay personas que, si actuaran como ella, parecerían ordinarias, pero ella no, Ruth transmitía humor, risas...

¡Me había enamorado! Sí, sí, así mismo, Cupido había pasado por encima de mí y me había disparado con la flecha del amor, sin piedad y a conciencia.

Y es que yo, sabía diferenciar eso. Mi corazón palpitaba por esa mujer, no tenía ni la más mínima duda y sabía que mi sonrisa constante desde que la conocí, se la debía a ella.

Así me pasé la tarde, con una sonrisa que no se me quitaba. A las ocho, tenía lista la mesa y todo perfecto. Ahora tocaba esperar que Ruth, llamara al timbre de la puerta exterior y comenzara una de las cenas más deseadas de los últimos tiempos, y es que eso tenía el amor, todo lo hacía especial.

Capítulo 6



Las ocho y media en punto cuando sonó el timbre de la puerta exterior, la abrí y salí a recibirla, venía preciosa con un vaquero ajustado claro y una camiseta suelta.

—Buena casa tiene mi Julián.

—Hola, preciosa —sonreí—, no es para tanto.

—Pues mira, si no es para tanto me la regalas y verás que, para mí, sí lo es.

—Pasa —murmuré sonriendo y viendo que traía un bolso enorme, como de playa—. Se te va a caer el hombro.

—Ah no, ¿sabes qué pasa?

—Cuéntame —le mostré un vino y afirmo.

—Que he cogido ropa para el fin de semana porque menos a mi casa, me voy a cualquier sitio. Así que, cuando me eches, lo mismo me voy de camping o a casa de mi amiga, todo menos a mi casa.

—¿Y qué te hace pensar que te echaré?

—Ah, pues listo, hasta el lunes por la mañana no tengo prisa —murmuró con descaro y a mí me hacía sentir que estaba a unos metros por encima del suelo.

Serví las dos copas y con ellas en la mano le enseñé la casa, todo le gustó, además se le veía en la cara.

—Ahora, que lo que más me gusta es esa mesa preparada para la cena, tienes buen gusto —me miró con cara de pilla.

—Excelente, al menos cenarás cómodamente.

—Y el pescado huele que alimenta.

—Le quedarán unos quince minutos, pero si quieres vamos comiendo la ensalada.

—Perfecto, tengo un hambre que me muero.

Serví la ensalada en los platos, estaba preparada con mucho cariño, para mí era muy importante la presentación de la comida, no me gustaba servirla de cualquier manera, era una de mis manías.

Y menos en esta ocasión en que, con su presencia la casa brillaba con más intensidad que nunca, y es que ella, era un derroche de luz y color, eso, o que a mí me hacía vibrar como hacía tiempo que no vibraba.

—Y dime. ¿Te vas sintiendo mejor?

—Sí, el dedo lo tengo mejor —bromeó con lo que le dije en el hospital—, pero el resto del cuerpo hecho polvo, tengo tantos moratones que parezco un cristo, vamos, como para tener que pasar modelo y en bikini.

—Bueno, nada que un buen maquillaje no quite.

—Eso y que sea modelo —volteó los ojos, mientras asentía, bromeando.

—Bueno, tienes mejor aspecto que las modelos.

—Eres un poco pelota, ¿no?

—Vaya —me reí—. Te lo he dicho en serio.

—Va —paró, para terminar de mordisquear la ensalada—. Del uno al cien, ¿a cuántas mujeres le has preparado una cena así para llevarla a la cama?

—Llevo dos años en esta casa y quitando a mi madre y a mi hermana, la única mujer que ha entrado eres tú. ¿Te vale con esa respuesta?

—Ah, que vas a sus casas a que te lo pongan todo por delante, menos a mí, que estoy medio convaleciente —señaló su brazo, que tenía la escayola puesta.

—No he ido a casa de nadie desde que me separé —medio sonreí, arqueando la ceja.

—¿Y qué te hizo invitarme?

—¿Perdona? —me reí—. Te autoinvitaste tú, aunque yo, contento por ello. Lo hubiese hecho algún día, estaba deseando, cosa que con nadie antes me había pasado.

—¿Pero tú has olvidado a tu mujer o te quedó un trauma? —preguntó tan campante, causándome una carcajada.

—La única que tiene traumas y no mentales precisamente, eres tú, pero no, no me quedó ninguno —no podía dejar de reír—. Estuve tocado un tiempo, pero ya pasó, como todo pasa en la vida.

—Me alegro, no quiero ser el paño de lágrimas de nadie —me hizo una burla que me pareció, la burla más bonita del mundo.

—Tranquila, no era mi cometido —arqueé la ceja de forma expectante, algo me tenía que volver a decir seguro y es que las soltaba de dos en dos y a mí me encantaba.

—Yo estoy muy tranquila, fíjate si estoy tranquila, que me siento como en casa.

—Eso es genial —me reí negando, no podía con ella. ¡Era buenísima!

—Por cierto, yo duermo contigo, a mí no me mandes al cuarto de los invitados y me seas antiguo.

—Pero bueno —solté una carcajada—. Duerme dónde quieras, por eso no hay problema.

—A tu lado, que te tengo que vigilar.

—¿Por si me escapo de mi propia casa?

—Pues mira, me quedo de ocupa y no te deajo entrar.

—Pues sí que me tienes cariño —arqueé la ceja.

—Demasiado para las pocas Napolitanas que me llevaste —se encogió de hombros.

—Los días que duraste en el hospital...

—Ya me las podrías haber seguido llevando a casa.

—No caí en eso, pero lo tendré en cuenta.

—No, no, da igual, que tú entras muy temprano a trabajar y a esa hora, aún estoy roncando profundamente.

—Es bueno saber que roncas —sonreí.

—Como los cochinos, te vas a cagar.

—Vaya —fruncí la cara. Era un caso, pero me volvía loco.

Saqué el pescado y le preparé su plato, no paraba de gemir mientras lo olía y yo era escucharla hacer eso y...

Me volaba la imaginación y la podía imaginar en mi cama, desnuda y...

—Espero que te guste —quise quitar esos pensamientos de mi cabeza.

—Seguro que sí, por ahora me gusta todo lo tuyo, menos tú.

—Gracias —me eché a reír de nuevo, de esta iba a coger agujetas en los cachetes.

—No hay de qué, hombre, lo que no puede ser es que, con cuatro Napolitanas y unos batidos, ya me tengas conquistada, te lo tienes que currar y bien —decía, mientras desmenuzaba el pescado con una mano y es que no me dejaba ayudarla.

—Lo tendré en cuenta...

—Un desayuno en la cama, un amanecer en la playa, una cena con la mejor puesta de sol, unas flores... Cositas sin importancias que se ganan a una.

No podía dejar de reír, pero es que era sincera a más no poder, lo que le salía lo soltaba y es que era natural como ella misma.

Tras la cena nos sentamos en el sofá a comer un helado de café, que era una delicia, mi favorito, jamás podía faltar en mi congelador y hasta ella, me dijo que era la mejor crema de café helada que había comido.

Estuvimos charlando hasta la una de la mañana, pero a golpe de risas con las anécdotas que me contaba y como las contaba, es que me iba a dar algo con esa mujer.

A esa hora entró al baño con su bolsa y salió con un pijama de pantalón corto y una camiseta de tirantes, estaba para cogerla y no soltarla en una eternidad, era realmente preciosa.

—Chato, ya nos podemos ir a la cama —dijo, desde el pasillo.

—Vamos, chata —le contesté al igual que ella a mí y me hizo un guiño.

Entré al baño de mi cuarto a cambiarme y me puse un pantalón fino y largo con una camiseta interior, salí y ya estaba metida en la cama, móvil en mano y tapadita.

—Estoy vigilando a ver qué ponen en el grupo, que hay alguna que me cae como una patada en el estómago.

—Pero si hay muy buen rollo.

—¿Y?

—Bueno, pero por norma general hay buen rollo.

—Sí, pero donde hay un batallón de mujeres...

—Entiendo —sonreí.

Estuvimos leyendo el grupo desde su móvil, muertos de risa con uno de los autores "*Marcos A. C.*", ese hombre que ponía unos posts que te morías de la risa y es que tenía a las chicas revolucionadas, además, soltaba las cosas con una naturalidad arrolladora y los comentarios que le hacían no tenían desperdicios, era un no parar de reír continuo.

Después de un rato puso el móvil en la mesita de noche y...

—Dios te bendiga, Julián —me dio un besito en la frente y se giró a dormir.

—Buenas noches, preciosa —murmuré riendo.

Me encantaba, simplemente me encantaba...

Capítulo 7



No me quería ni mover para que no se despertara cuando se giró, abrió los ojos, estiró mi brazo y se echó sobre mi hombro a seguir durmiendo.

Muerto, me había quedado muerto, pero me encantaba esa naturalidad con la que hacía todo.

Luego de un rato ahí, se giró totalmente y me dejó libre, cosa que aproveché para levantarme sigilosamente e ir a la cocina a preparar un par de zumos, café, unas tostadas y hasta un batido de chocolate.

Lo puse todo en una bandeja que le salían unas patitas y la podía poner a modo de mesa en el sofá o en la cama.

Entré al dormitorio y murmuré un, buenos días que la hicieron estirarse.

—Hombre, Julián. ¿Cómo osas despertar a una bella dama sin un abrazo y un beso?

—Pensé que preferirías un buen desayuno... —sonreí, sentándome a su lado de la cama y sujetando la bandeja mientras se sentaba y la ponía sobre ella. Abrió los ojos como platos.

—Pues claro, quiero un buen desayuno —se frotó las manos y agarró el vaso de zumo cuando puse la mesita sobre sus piernas.

La miraba y era tan perfecta, tan bonita, que era un regalo del nuevo día, poder disfrutar de ella.

—Que aproveche... —sonreí, mirando cómo disfrutaba de ese primer trago del día.

—Si me vas a preparar estos desayunos, me pido venir todos los fines de semana a tu casa.

—Bienvenida eres.

—Y cuando termine el desayuno quiero el postre —me hizo un guiño con un descaro que, no sé si reía por lo que me hacía sentir, o por saber que había una parte de ese postre que lo decía en verdad.

—¿Un yogurt?

—Prefiero un griego —gimió, mordisqueando la tostada.

—¿Me estás intentando decir algo?

—Algo que se supone que ya deberías de entender, ¿no?

—Oh, me cuesta entenderlo —arqueé la ceja.

—Ay Dios, me parece que contigo hay que hacer las cosas con un manual de instrucciones —se puso la mano en la cara.

—El problema es que le ponemos nombres a cosas que ya lo tienen y entonces muchas de ellas, puede ser con doble sentido o no.

—Claro, claro —se chupó el dedo que se había manchado de mermelada, mientras miraba su mano y dándome la razón del loco.

—¿Te estás burlando de mí? —pregunté bromeando.

—Claro, claro.

—Ay Dios, que hoy tengo revuelta a la Pantoja.

—¿Quieres que te cante una canción?

—Venga —arqueé la ceja.

—Allá voy —hizo gárgaras con el batido— “*Es un gran necio, un estúpido engreído, muchas veces caprichoso...*”

—Perdone usted, Isabel, pero creo que esa canción es de la *Jurado*.

—Te voy a decir dos cositas, más vale que cojas el móvil y mires qué es un griego y vayas aprendiendo, eso lo primero y lo segundo: ¿cuántas horas aguantas con una mujer en la cama sin ponerle una mano encima? —sonrió y se volvió a chupar los dedos.

—La primera es que no me hace falta mirar nada para saber que “griego”, se le llama a la técnica de sexo anal.

—“*Cucha*”, con el Julián —afirmaba, bajando los labios y en señal de sorpresa.

—Y la segunda —reí—. Puedes estar completamente segura de que el amor se puede hacer hasta sin tocarse, así que me doy por satisfecho por la de veces que se lo hice anoche —bromeé, para buscarle la lengua.

—Pues qué pena es que te follen y no te enteres, vamos, nunca pensé que los médicos erais tan monjes, vamos, que yo pensaba que eras de esos empotradores que te cagas. Eso me pasa por leer a mis chicos de La Tribu, que luego pasa que dejan el listón tan alto, que ya cualquier cosa te parece poco y hasta te hace pensar que no diste con el hombre correcto. A todo esto —cambió el tema—. ¿Follaremos de verdad?

—Y lo peor de todo es que lo sueltas y ni siquiera te cambia el semblante, tan pancha que te quedas —reí negando.

—A ver si te lo voy a explicar cómo en matemáticas, dos por dos son cuatro, hijo, que ya tienes una edad —resopló—. Dos adultos en la cama, la noche, las horas, lo normal es que arda Troya, no que me duerma como Blancanieves, ¿o era Cenicienta? ¿O fueron las dos? Da igual —negó, volteando los ojos y a mí me encantaba escuchar esas locuras que le salían por la boca—. Lo que te quería decir ya se me olvidó, así que, desayune en paz Julián.

Le quité la bandeja y se me quedó mirando cómo asustada, ahora era cuando se venía abajo, cuando me iba acercando a ella y me miraba asustada, cuando mis labios encontraron los suyos y comenzaron a besarla con delicadeza para ir cogiendo más intensidad y ponerme estirado junto a ella, pegada a mí.

Ahora era cuando la iba desnudando de forma pausada, pero con intensidad. Echó su mano del brazo escayolado a un lado de su cabeza y agarré su pecho con mi mano, su piel era suave y delicada, la comencé a acariciar por completo mientras no dejaba de besarla, de mordisquearle los labios, de lamer cada recodo de su piel.

Y cuando sabía que iba a llegar al orgasmo, la agarré por las caderas, la elevé y penetré sin dejar de tocarla. Le gustó, pues esos gritos, esa respiración agitada y esos gestos, no podían ser fingidos. Seguí penetrándola sin dejarla descansar, eso la hizo vivir otro momento de lo más intenso.

—“*Mas*” matao...

—¿Segura? —murmure, mientras me dejaba caer sobre mis brazos encima de ella.

—Llama a una ambulancia, al final me hacen un carnet de socia —decía, con la respiración agitada.

—No veo el asunto tan grave para tener que hacerlo —le besé la frente.

—¿A ti te regalaron el título?
—Puede ser —reí negando y le mordisqueé el labio.
—Por cierto, ¿qué vamos a hacer hoy, novio mío?
—¿Novio tuyo? —reí, no podía con ella, simplemente me encantaba.
—Claro, hemos hecho el amor y todo.... —sonreía.
—Ahora lo llama hacer el amor —reí, mirándola. Simplemente era perfecta.
—Ah, pues si es solo sexo, son doscientos euros, puta, pero cara.
—¿Y qué quieres hacer hoy, mi amor? —Le eché el pelo detrás de la oreja.
—Ahí te he dado, eres de los tacaños que no se rascan el bolsillo.
—Ni yo soy tacaño, ni tú eres una puta para tener que pagar —me levanté sonriendo y fui hacia el baño.

No tardó en venir a darme el encuentro mientras me duchaba y se metió ahí conmigo. Era esa parte espontánea y natural que tenía, lo que tanto me gustaba, era todo muy fácil y divertido, era fresca y dulzura dentro de su brillante locura.

Cogió la esponja, le echó gel y comenzó a frotarme en círculos el pecho, por ahí comenzó, no se dejó ni un trozo por lavar, además con esa cara sugerente y con esa sonrisa que no se le quitaba, era tan perfecto todo, que me asombraba.

Terminamos haciéndolo ahí de nuevo, la pobre estuvo todo el tiempo con el brazo de la escayola hacia fuera y eso que se había puesto un plástico.

Me encantaba, ni con un brazo roto dejaba de ser ella, con uno se bastaba y se servía, además, no se quejaba de nada y dentro de su mundo de humor, había una chica con una ternura y un corazón muy grande, ese que casi podía tocar sin necesidad de poner mi mano en él...

Capítulo 8



Decidimos salir a tomar un vino con una tapita, la mañana estaba perfecta y nos apetecía salir a la calle un rato.

Nos fuimos en mi coche a un pueblo a treinta kilómetros, costero, con un paseo marítimo precioso donde estaba lleno de restaurantes y bares a pie de playa.

Nos pusimos en el exterior de una especie de taberna, un local muy chulo de bebidas y tapas, todo era de madera, como la terraza de fuera, además era muy acogedor.

Pedimos unas copas de vino, además de una tabla de queso y jamón.

—Julián...

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? —pregunté, arqueando la ceja y aguantando la sonrisa.

—Cuando me hagas el griego...

—Y dale —me reí.

—A ver, reconozco que eres bueno entre las sábanas, pero me da a mí que tú no has probado nada más fuera de lo común.

—¿Y qué es fuera de lo común?

—Verás que te voy a tener que hacer un cursillo, doctor.

—Puede que sí y puede que no...

—¿Te la das de misterioso?

—Para nada...

—A ver si al final me vas a sorprender y todo —mordisqueó el queso mientras miraba hacia el mar.

—Quién sabe —arqueé la ceja.

—Me gusta, le queda a usted menos de cuarenta y ocho horas para convencerme que no es un monje del Tíbet.

—Tienes muy mal concepto de mí —sostenía en mi mano la copa de vino, encima de mi rodilla, esa que tenía encima de mi otra pierna.

—Para nada, no fue mal comienzo, pero...

—Me estás retando.

—Siempre —me hizo un guiño que se me cayó todo al suelo, era bonita de todas las maneras.

Estuvimos un buen rato y luego nos fuimos a caminar por el paseo marítimo, no dudó en coger mi mano como si fuera mi novia de toda la vida y esas eran las cosas que me gustaban de ella, esa espontaneidad que hacía todo tan perfecto.

Terminamos en un muelle pesquero donde había un restaurante con una gran terraza mirando a los barcos, donde nos sentamos a comer, luego nos fuimos paseando de nuevo a mi casa, agarrado a esa mano que no me soltaba en ningún momento y feliz que me hacía.

Antes de llegar entré en una heladería y compré dos cubiletes de helados artesanales que estaban de vicio, así que los metí en la nevera para más tarde cuando nos apeteciera.

Se sentó en una esquina del sofá y yo aparecí con dos cafés, me senté junto a ella que se reía a carcajadas viendo un post de La Tribu, que había puesto Marcos, el descarado favorito de las chicas y es que las tenía revolucionadas, las tenía desmadradas completamente.

Nos tomamos el café viendo el grupo, luego la cogí y la subí a mi regazo, tenía ganas de ella, de besarla, de disfrutarla...

Y se dejaba llevar, eso es lo que más me gustaba, que no ponía peros, eso sí, su alma humorística estaba presente en todo momento.

La desnudé entre sugerentes besos que recorrían su cuello y pecho, mientras que a ella se le iba agitando la respiración y era la forma en la que pedía más.

Se giró y se me sentó encima, frente por frente, era de lo más sensual, se movía provocando que ahí sintiera que iba a haber una explosión inminente.

La rodeé con mis brazos, uno en sus nalgas y otro en la espalda y la ayudé a rozar ese placer que andaba buscando, se corrió sin necesidad de tocarla, fue un momento de lo más excitante.

Luego la eché hacia atrás y la penetré mientras sonreía, mordisqueándose el labio, era jodidamente sensual.

Tampoco es que pudiera hacer mucho porque tenía un brazo roto y no la iba a poner a cuatro patas ni agarrada a nada, pero simplemente el contoneo de sus caderas buscando mis movimientos, aquello ya era impresionante.

Fue graciosa, cuando terminamos de hacerlo me agarró la mano y me llevó hasta la ducha.

—Te toca lavar —dijo, dándome la esponja y poniéndose de espalda.

La fui enjabonando mientras jugaba con su cuerpo y con aquellas zonas a las que iba entrando con mis dedos mientras Ruth gemía de nuevo, de nuevo terminamos haciéndolo.

Tras la ducha nos fuimos a pasear y terminamos cenando en un restaurante italiano, pedimos unas brusquetas y unas pizzas finas hechas al horno, estaban impresionantes y crujientes, como me gustaban y parecía que a ella también.

Vino italiano, la mejor de las compañías y es que no podía pedir más para ese sábado y este fin de semana que me estaba alegrando la vida.

Nos reímos una cosa mala cuando le dio por hacerme un monólogo de las mujeres y cómo afrontan las cosas. Lo que me reí fue una cosa mala, el camarero no dejaba de mirar a nuestra mesa y sonreír, no era para menos, Ruth estaba en todo su esplendor y de lo más graciosa, ese Lambrusco también la ayudó bastante, pero es que no paró en toda la cena y yo tenía la mandíbula que parecía que se me iba a salir.

De ahí nos fuimos a tomar a una copa, nos estábamos moviendo cerca de la casa, así que no tuvimos ni que coger el coche.

La miraba y recordaba ese primer momento que entró en camilla inconsciente por el hospital y hubo algo en ella que ya me llamó la atención. Nada me hacía presagiar la chica llena de vida y humor que era, pero había sido todo un verdadero descubrimiento, el hallazgo de mi vida.

Por no decir el día que me dijo que era Isabel Pantoja y luego con la foto decir que eran María del Monte y su modista. Lo que era la mente, a pesar de no recordar nada era capaz de crearse una vida de lo que conocía de la realidad.

Ruth me había contado que era una enganchada de los programas del corazón y que por eso le debió de dar por ahí, ya que estaba muy puesta en los clanes familiares del mundo del cotilleo.

Estuvimos hasta bailando, Ruth se movía a ritmo de todos esos temas latinos que se sabía a la

perfección, además se le daba bien bailar y tenía mucho ritmo, era mirarla y es que me quedaba atontado. Era demasiado lo que me gustaba esa mujer, había llegado como ese rayo de energía que transforma tu vida de golpe.

Regresamos paseando entre risas, con ella no podía ser de otra manera, además fue todo el camino de mi mano, dando saltitos como una niña pequeña y encima recreando esas canciones infantiles de la época.

Llegamos a la casa y se fue desnudando por el pasillo mientras me miraba de forma provocadora y buscando que fuera a ella, eso hice, cogerla y ponerla contra la pared mientras yo iba jugando por todo su cuerpo hasta hacerla llegar a otro orgasmo y no la dejé libre hasta hacerlo ahí mismo, con ella sobre mi cintura y pegada a la pared.

Nos metimos en la cama sin dejar de besarnos, acariciarnos y abrazarnos.

Se echó en mi hombro y se puso a besarlo mientras yo le tocaba el pelo.

Y es que había entrado en mi vida de una forma que me hacía sentir que llevaba una eternidad con ella, estaba siendo todo tan intenso que nada parecía que hubiera sido reciente, todo lo contrario, sentía que la conocía de toda la vida y era esa persona que me faltaba en ella.

Capítulo 9



La música sonaba proveniente de la cocina, no solo eso, Ruth cantaba a toda leche sin importar que fueran las nueve de la mañana, me tuve que reír mientras me levantaba de la cama e iba al baño a lavarme la cara y dientes.

Aparecí por allí y me la encontré con un pañuelo a modo de diadema y con un lazo grande sobre la cabeza, bailando una canción de Luis Fonsi, con una camiseta de tirantes blanca mientras preparaba el desayuno, me quedé ahí mirándola que estaba de espalda, hasta que se giró y se asustó.

—¡Tus muertos! —Se puso las manos en el pecho—. Susto me has dado, pichita.

—Ya veo —me reí, no era para menos.

La pegué a mí y le di un beso con sus buenos días correspondiente, piropo incluido.

—Anda que no me vas a echar de menos a partir de mañana —me señaló la silla para que me sentara, ya que estaba poniendo el desayuno.

—Bueno, si me haces esos desayunos, está claro que sí.

—¡Serás! Te hago cosas muy buenas aparte del desayuno.

—Lo sé —arqueé la ceja mirándola, me encantaba—. Además, el viernes te tendré aquí de nuevo.

—Bueno, te lo vas a tener que currar esta semana.

—Vale, intentaré sorprenderte —le hice un guiño.

—¿Me vas a mandar Napolitanas? —sacó su lengua en plan burla.

—Una caja de Napolitanas.

—No, a mí me gustan recién hechas.

—Encima exquisita.

—Pues claro, a ver qué te piensas. Por cierto, ¿no te apetece algo de playa hoy?

—Pues sería buena opción, además, podemos comer en uno de los restaurantes de allí.

—¡Sí! Mola la idea que he tenido, capaz eres de dejarme aquí todo el día encerrada como un objeto sexual.

—Tienes delito...

—Calla, que tienes una cara de satisfecho que no puedes con ella —soltó, causándome una carcajada, lo que decía, era única.

Tras el desayuno terminamos en la cama dándonos otro homenaje de esos que eran inevitables y es que cuando dos polos se atraen...

Nos cambiamos, cogimos las cosas para la playa y listos para tostarnos al sol y pasar un día diferente.

Alquilé dos tumbonas del chiringuito donde íbamos a comer, colocamos las cosas y fuimos a darnos un baño, no sin antes ponerle en el brazo una bolsa de látex para que no mojara la

escayola.

La verdad es que para el trágico accidente que había tenido, estaba demasiado bien, en su cuerpo se podían ver algunos moratones que aún persistían y las señales de algunas raspaduras.

—¿Me vas a quitar la escayola esta semana?

—No, aún no, es muy pronto, al menos dos semanas más.

—Yo me corto las venas.

—Pues no serán las de ese brazo —bromeé, cogiéndola en el agua en mis brazos.

—Mira Julián, que gracioso es cuando quiere.

—Claro, señora Pantoja.

—Yo, soy esa —dijo a ritmo de la canción.

Estuvimos un rato bañándonos antes de recostarnos a tomar una cerveza en la tumbona que, por supuesto, estaba debajo de un sombrero de paja, de lo contrario, no había Dios que se la tomara con el solano que hacía ese día.

Cuando se ponía a contarme anécdotas del instituto, de su infancia y de todo lo que había sido su vida hasta ahora, me tenía que doblar de la risa, la reconocía en cómo era ahora.

Fuimos a la mesa que nos habían reservado en ese restaurante, pedimos pescado frito y pimientos, eso de los pimientos creo que se lo dijo al camarero como unas tres veces, como si el hombre no lo hubiera apuntado, pero me quedó claro que era algo que la volvía loca, los pimientos fritos.

Comimos tanto, que no podíamos casi movernos y nos reíamos por ello, pero bueno, no había prisa y a base de algún que otro chupito de orujo, aquello se fue suavizando y fuimos a darnos otro baño, el calor era intenso ese día.

Salimos del agua y Ruth quería irse al sofá, debajo del aire acondicionado, así tal cual, le dije que, sin problema, así que recogimos las cosas y nos fuimos de la playa directos para mi casa.

Fue llegar, meternos en la ducha, ponernos fresquitos y hacernos un café que nos tomamos en el salón donde la temperatura era perfecta.

Ruth no paraba de decirme que la iba a echar de menos, yo lo veía como una forma de querer llamar mi atención, como si no estuviera segura de que lo fuera a hacer, como si le diera un poco de tristeza el saber que quizás no pensaría en ella. Todo lo contrario...

Sabía que esos días siguientes serían un poco aburridos y diferentes sin ella en casa, es que solo con su presencia se hacía del lugar perfecto. Jamás me gustó estar tanto en casa como con ella, aunque yo era hogareño, pero ahora era diferente, había otra esencia que antes no se percibía.

Nos fuimos más tarde a la cocina a preparar unos sándwiches austríacos, que decía ella.

—No, a mí no me digas que tú le llamas a esto sándwich austríaco, cuando es uno de pollo de toda la vida.

—Una cosa así lo vi yo en unas recetas austríacas. Desde luego, que manera de desmontar mi cocina multicultural.

—Sí, multicultural, capaz eres de decir que la ensaladilla rusa es española.

—Pues claro. ¿Dónde se come? En España, pues hala, yo misma te lo contesto.

—Y te lo preguntas —me reí.

—Yo todo, me lo guiso, me lo como, lo vomito, pero oye, que este sándwich es austríaco, palabrita de Chanel.

—No te veo muy de Chanel.

—Pues por eso —me tuve que reír, estaba sembrada, aunque reír lo hacía desde el primer

momento, con ella no se podía estar de otra manera.

Tras la cena estuvimos un rato mirando el grupo de La Tribu, la verdad es que eso era otra terapia de risas, pobre Marcos, la red social no dejaba de bloquearlo por mal hablado, la verdad es que el chaval se la jugaba mucho y al final, pasaba lo que pasaba.

Y las chicas tristes que se quedaban, indudablemente era el rey de la fiesta y según lo que me contó Ruth, había llegado el último, pero había arrasado con su gracia y desparpajo.

Nos fuimos a la cama cerca de la una de la madrugada, eso era muy tarde para mí cuando al día siguiente trabajaba, ya que me gustaba ir bien descansado y sin sueño, pero bueno, un día era un día y más cuando era una ocasión tan especial como era estar a su lado.

Y claro, una vez que vas a la cama los cuerpos se atraen como imanes y eso pasó con nosotros, que terminamos de nuevo juntando nuestros cuerpos y dando rienda suelta a esos instintos que nos desataban.

Luego, cómo no, se giró y me exigió con toda su gracia, que le hiciera la cucharita.

—Yo te hago la cucharita, la tetera, el plato hondo y el tenedor.

—Hostias, te sabes la canción de la taza... —se echó a reír.

—Pues qué te crees, anda que no se la cantan las madres a los niños en urgencias para que dejen de llorar.

—Desde luego, qué peligro tienes, seguro que te has ligado a todas las madres de los chiquillos.

—Qué pesadita eres con el tema —le hice cosquillas.

—Una que no se chupa el dedo...

—Sabes que no es así y te expliqué todo...

—Bueno, déjame dormir que al final me rayas y mañana toca despedida

—No seas tonta, que el fin de semana que viene ya está aquí —le besé el cuello.

—Bueno, déjame montarme mi drama.

Así era ella, pero lo repetiría un millón de veces, simplemente me encantaba...

Capítulo 10



En mi vida me había costado tanto salir de la cama un día entresemana para ir a trabajar. Sobre todo, en estos dos últimos años desde que me divorcié.

Y es que había pasado un fin de semana de esos que no quieres que acaben nunca, con la mujer de la que me había enamorado hasta la médula.

—Buenos días, preciosa —murmuré, besándole la frente a Ruth, cuando noté que se movía entre mis brazos.

—¿Buenos días? Aún es de noche.

—Son las seis, tengo que prepararme para ir al trabajo, pero antes voy a llevarte a casa.

—Hum... —Se removió— Cinco minutos más.

—Te dejo dormir, el tiempo que tardó en darme una ducha.

No dijo nada, solo asintió y a mí me sacó una sonrisa.

Salí de la cama y me puse en marcha, tocaba empezar nueva semana, sí, pero, a diferencia de las últimas en estos años, sabía que esta sería la mejor de todas, porque tenía a Ruth para hablar con ella y, con solo pensarla, sonreír como un loco.

Un loco enamorado.

Acabé de ducharme y hasta me vestí, la hice salir de la cama y que se aseara, mientras yo preparaba el desayuno.

Cuando entró en la cocina, fue como si los rayos del sol atravesaran los cristales, le dio a la estancia esa luz que solo ella sabía desprender.

—Qué hambre tengo —murmuró.

Sonreír y le puse un café, pan tostado, mantequilla, mermelada, zumo y algo de fruta.

Desayunamos entre sonrisas, miradas y alguna que otra caricia mientras entrelazábamos las manos, estábamos los dos de lo más melosos en ese momento.

—Gracias por este fin de semana, Mario —dijo, cuando subíamos a mi coche—. Lo he pasado muy bien.

—Yo también, como hacía tiempo que no disfrutaba de mis días de descanso.

El trayecto lo hicimos en silencio, pero sin dejar de cogernos de la mano, esa que yo besaba mientras la observaba de reojo.

Llegamos a su edificio y a punto estuve de llamar al hospital y cogirme unos días de vacaciones para estar con ella.

—Vas a llegar tarde —sonrió, al ver que no le soltaba la mano.

—No quiero irme.

—Huy, que el doctor Julián quiere hacer novillos en el curro —aquello me sacó una carcajada. La atraje hasta mí y la besé.

—Dime que nos volveremos a ver el viernes —le pedí.

—Claro que sí, de mí no te libras tan fácilmente.

—Cuídate ese brazo, ¿estamos?

—Sí, doctor. Anda vete, que al final...

La vi salir del coche y, cuando entró fue cuando me marché, aunque me habría quedado allí, sin lugar a dudas.

Llegué al hospital y la mañana se pasó rápida, entre unos pacientes y otros, además de esos mensajes que nos estuvimos mandando Ruth y yo, mientras me tomaba el café en el descanso.

Mi hermana me dijo que me invitaba a comer, eso quería decir que necesitaba hablar conmigo de algo que la estaría agobiando, así que le dije que yo llevaba el pan, un vino y pasteles para el café.

Me salió una carcajada cuando me mandó un gif de esos dándome las gracias mientras la persona lloraba. Mi hermana era un caso aparte.

Continué con el trabajo y Ruth no se me iba de la cabeza, esa chica se había colado por completo en ella, y en mi corazón, ese que pensé que nunca más latiría por otra persona.

Como le había dicho a Judith, me pasé por la panadería por el pan y los pasteles, y poco antes de llegar a su casa compré el vino.

—¡Hermanito! —Se tiró a mis brazos como si llevara un siglo sin verme, por poco no acabó la botella en el suelo.

—A ver, ¿qué te pasa? Porque, cuando me invitas a comer...

—Es mi ex, no puedo más, de verdad. Me dijo que no podía esperar a la cita y lleva estos días mandándome mensajes para desahogarse. ¡Qué agobio!

Me dijo, mientras íbamos a la cocina para servir la comida y me sorprendió con un guiso que había dejado preparado el día anterior.

Nos sentamos y siguió contándome las andanzas de su ex, así hasta que nos pusimos a tomar café.

—Y me dice que está doblemente triste porque no solo perdió a su mujer, sino que su puta, que así se refirió a la chica, no está yendo a trabajar. Hasta me mandó una foto de ella, mira.

La vi trastear en el móvil y, cuando lo giró para enseñarme a la chica en cuestión, casi me caigo de la impresión, para mi suerte estaba sentado.

—No puede ser... —fue lo que acerté a decir en ese momento.

—¿Qué pasa? ¿La conoces? Hermanito, no me digas que has recurrido a los servicios de la chica en alguna ocasión.

—No, Judith, no es eso —a ver cómo cojones le explicaba a mi hermana pequeña que, la chica a la que su ex contrataba para follar, era con la que...— Dios, esto no me puede estar pasando.

Sentí un nudo en la garganta, una presión en el pecho y un malestar que, porque sabía que no eran síntomas, sino, estaría pensando que estaba sufriendo un infarto.

—Mario, por favor, habla que me estás poniendo de los nervios.

—Esa es Ruth, la chica del hospital, de la que te hablé —se me estaban saltando hasta las lágrimas y no me atrevía a mirar a mi hermana a la cara—. La que conseguí saber más de ella por eso que me dijo del grupo de Facebook. Con la que he pasado este fin de semana en mi casa.

—¡Qué dices! ¡No me jodas! Mario...

Me llevé las manos a la cabeza, las enredaba en el pelo, me frotaba el cuello. Aquello tenía que ser un mal sueño, un puto mal sueño o una broma macabra que me estaba gastando el destino, el karma o lo que fuera.

—Mario, respira que me estás asustando.

Miré a mi hermana por fin y, cómo me estaría viendo, que fue ella la que empezó a llorar y me abrazó. Había que joderse, yo era el mayor, el que la debía cuidar, proteger y animar y, ahí estaba ella, haciendo eso conmigo por segunda vez en mi vida.

—¿Qué cojones le hice a la vida, para que me haga esto, Judith? —murmuré, porque si hablaba más alto, acabaría llorando como un niño pequeño.

—A lo mejor no es ella.

—A ver si te crees que soy imbécil, y no sé con quién me he acostado. Bueno, si soy realista, ahora mismo no sé quién era la chica con la que pasé el fin de semana, porque de su profesión tenía entendido otra cosa.

—Mario, ¿y si tiene una hermana gemela? Puede ser, ¿eh? Venga, vamos a pensar que esa no es Ruth.

—Es ella, Judith, no tengo ninguna duda.

Me levanté y salí al jardín, necesitaba respirar un poco y reunir fuerzas para lo que tenía que hacer en ese momento.

Mario: *Tengo que hablar contigo. Nos vemos esta tarde en la puerta de tu casa.*

No quería ponerle nada más en el mensaje, porque sabía que esa no era forma de hablar de aquello. No tardó en contestar.

Ruth: *Qué serio está mi doctor. ¿Te encuentras bien? ¿Qué quieres que hablemos?*

Mario: *A las seis estoy allí, te espero abajo.*

Cuando volví a entrar, Judith me preguntó qué iba a hacer, le dije que hablaría con ella, me dio un abrazo, un beso y me marché a casa.

Necesitaba tiempo para pensar y asimilar aquello de lo que acababa de enterarme.

Capítulo 11



Salí de casa de mi hermana para encerrarme en la mía, y así poder pensar y asimilar todo de lo que me había enterado, ¿verdad?

Pues no, no lo asimilaba por más que lo intentaba, de verdad que no.

Eso me había cogido por sorpresa, desprevenido por completo, y es que, joder, uno no piensa que la mujer que le ha gustado, de la que se ha enamorado de golpe y por sorpresa, sea...

Cerré los ojos y me apoyé en el cabecero del asiento, una hora llevaba sentado, en el coche, al final de la calle de Ruth, mirando la puerta de su edificio. Quien me viera, pensaba o que era un detective privado, o un acosador. Mientras no llamaran a la policía, no iba mal el asunto.

Mi hermana me mandó un mensaje diciéndome que, una vez que hablara con Ruth, fuera a su casa para contarle cómo había ido todo.

No sabía decir cómo podría ir aquello, y es que no terminaba de creerme que fuera Ruth, esa chica con la que pasé el fin de semana, la que aparecía en la foto.

Miré el reloj por enésima vez, quedaban cinco minutos para las seis y, en ese momento, vi que alguien salía con el coche de un aparcamiento justo frente a la puerta, así que aproveché y dejé el mío ahí.

Ruth salió con una sonrisa, vino hacia mí y me rodeó la cintura con el brazo que tenía sin escayolar.

—Oye, me gusta que me des estas sorpresas. Lo de hablar conmigo era una excusa para vernos, ¿a qué sí?

—Tenemos que hablar —contesté.

—Qué serio estás, Mario. ¿Qué ocurre?

—¿Tienes algo que contarme, Ruth?

—No sé a qué te refieres —frunció el ceño.

—Puedes ser sincera conmigo, creo que te he dado la suficiente confianza como para que me cuentes la verdad.

—¿Qué verdad, Mario? No entiendo nada.

—O no quieres entender, que es diferente. He venido para hablar, sí, pero quiero ver si me cuentas lo que sé por ti misma, o tengo que sonsacártelo.

—¿Qué es lo que sabes? De verdad, no te entiendo Mario.

—Da la casualidad que mi hermana es psicóloga, y está tratando a su expareja, Pedro —arqueé la ceja y, vale que en el mundo habrá millones de Pedros, pero que ella, al escuchar ese nombre, abriera los ojos y tragara saliva, me dio indicativo de que sí, le conocía—. Veo que sabes de quién hablo.

—Mario, yo...

—No te dedicas a llevar las redes sociales de ninguna empresa, ¿verdad? Ni eres autónoma

trabajando para ellos. Tal vez por eso la policía tenía una dirección tuya que ni siquiera existe.

—No es lo que crees, de verdad que no.

—¿Entonces? Porque, déjame decirte que Pedro le ha dicho a su psicóloga que su puta —me partía el alma decirle aquello— no está yendo a trabajar. Y no me hables de eso del secreto médico-paciente, ni nada parecido, que mi hermana acabó harta de su ex, y ahora la está hartando de nuevo. Pero es que cuando vi tu foto...

—Sí, ¿vale? —gritó— He trabajado en la prostitución porque no tenía ni para comer, lo pasé muy mal durante mucho tiempo y eso es lo que tuve que hacer para salir adelante yo sola. Sí que soy autónoma, pero no en tema de redes, yo lo que hacía era captar clientes selectos en ellas, esa era mi vida hasta el día del accidente.

Se le habían saltado las lágrimas y yo estaba entre las ganas de abrazarla y consolar ese llanto que tenía, y las de marcharme, porque no me esperaba ni que mi hermana me contara aquello, ni que ella lo confirmara.

—Mario, dime algo, por el amor de Dios —suplicó llorando, pero yo no sabía ni qué decir, ni qué hacer, ni cómo actuar en ese momento.

Sentía el mismo nudo en la garganta que cuando vi su foto, me estaba costando respirar y me daba la sensación de que todo el peso del mundo caía sobre mis hombros.

Joder, para dos veces que Cupido me lanzaba la puta flecha, se había lucido el jodido Querubín.

No dije nada, tan solo negué con la cabeza mientras notaba que se me saltaban las lágrimas.

Entré en el coche y salí de allí tan rápido que, si no hubiera sido por los buenos reflejos, me habría chocado contra el coche que acababa de saltarse el stop.

Me puse a conducir sin rumbo, y es que no tenía ni la menor idea de a dónde ir, porque, por extraño que pudiera parecer, me habría encantado que esto no hubiera pasado y haberla visitado por sorpresa, como Ruth pensaba, y pasar la tarde con ella.

Paré en una gasolinera en mitad de la carretera, miré el cartel y me eché a reír yo solo, había llegado hasta el pueblo de al lado y sin darme cuenta, conduciendo de manera automática mientras en la radio sonaba una canción romántica tras otra.

Joder, hasta la emisora del coche me acompañaba en este mísero día.

Llené el depósito, compré una botella de whisky y volví conduciendo hasta mi casa.

No hice nada más que abrir la puerta del garaje, y ya tenía a mi hermana en la calle.

Era tarde, casi la hora de cenar y sí, me había estado llamando y mandando mensajes, pero no quise hablar con ella aquel momento. Ni siquiera en ese instante me apetecía.

—Vete a casa, Judith, quiero estar solo —dije, cerrando el coche, ya que mi hermana se había colado en mi garaje.

—Solo, para qué, ¿para ahogarte en esa botella? —Señaló mi mano y resoplé.

—Tengo cuarenta años, puedo beber, ¿lo sabías?

—No seas necio, Mario. Este no eres tú. No vuelvas a hace años.

En algo debía darle la razón, cuando me enteré de lo de mi ex, hubo alguna que otra noche que me quedaba en casa, solo, bebiendo.

Eso fue hasta que la vendimos, claro está, porque, ni ella quería la casa en la que, según dijo, no había sido feliz los últimos meses, ni yo el lugar en el que la recordaría en cada maldito rincón.

—En serio, vete a casa.

—No me pienso ir, imbécil —me quitó la botella de la mano antes de que pudiera evitarlo, la

abrió y le pegó un trago que, así, sin hielo y a palo seco, ni los más acostumbrados a esa bebida lo habrían soportado—. Y ahora, entra en casa que nos emborrachamos juntos.

—Pues vas a estar buena tú mañana para atender pacientes.

—Anulo las citas, me tomo el día de asuntos propios.

Se sentó en el sofá, cruzada de piernas y con los pies encima de la mesa, como si estuviera en el salón de su casa, vamos.

En el fondo así era, porque siempre le dije que, lo mío era suyo, y por su parte también era así.

—Trae dos vasos con hielo, que esto así me ha quemado hasta las entrañas.

No quería ni mirarme al espejo, pero acabé riéndome a carcajadas por lo que acababa de decir, y no era para menos.

Fui por hielo a la cocina, saqué dos vasos de whisky y regresé con ella, me senté a su lado, los llené y le di uno.

—Por las sorpresas que nos da la vida —dijo ella, levantándolo.

—¿Aunque sean malas? —Arqueeé la ceja.

—Hermanito, te voy a decir una cosa —me señaló, mientras seguía con el vaso levantado—.

En esta vida, hasta las sorpresas malas nos pueden traer cosas buenas con el paso del tiempo.

Tenía sentido, así que acerqué mi vaso al suyo, brindamos y, entre una copa y otra, nos dieron las dos de la mañana en ese sofá.

Capítulo 12



—Buenos días —saludé a mi hermana, que estaba tomándose un café en la cocina.

—No grites —me pidió, cerrando los ojos y levantando la mano—. Por favor, la próxima vez que me veas con una botella de whisky en la mano, quítamela.

—Te recuerdo que fuiste tú, la que me la quitaste a mí —sonreí.

—Y mira cómo hemos acabado.

—Tómame una pastilla, anda.

La besé en la frente y preparé el desayuno para los dos. La verdad es que la noche anterior se nos fue un poquito de las manos, pero al menos yo no me había levantado tan mal.

Después de desayunar, Judith regresó a su casa para ducharse y meterse en la cama, así, tal cual, decía que estaba muriéndose, y yo salí para el hospital.

Tocaba afrontar la realidad de lo que había pasado, por muy duro que fuera.

Tenía que olvidarme de Ruth, esa era la verdad, olvidarme de esa mujer que se me había metido en lo más hondo de mi ser.

—Buenos días, doctor —me saludó Gladys, una de las enfermeras de mi equipo, cuando entré en la sala.

—Buenos días. ¿Cómo está el chico que entró ayer?

—Mejorando.

Revisé expedientes, hice la ronda de visitas para ver la evolución de los que habían pasado allí la noche, pasé a algunos a planta y estuve el resto de la mañana atendiendo las urgencias que fueron llegando.

Pero no me quitaba a Ruth de la cabeza y cada vez que me entraba un mensaje en el móvil, mi subconsciente se ilusionaba pensando que era ella.

En el descanso para el café entré en mi cuenta de Facebook y miré el perfil de Ruth. ¿Por qué lo hice? Por la sencilla razón de que seguía necesitando saber de ella.

Había puesto un post esa mañana, solo la foto de un jardín, sin más.

No sabía que significaría para ella, pero a mí me vino a la cabeza el de mi casa.

¿Sería por eso? Seguramente no, pero en el fondo me gustaba creer que sí.

Mi hermana se pasó a verme justo en ese momento, con eso de que se había cogido el día libre, estaba de lo más feliz.

—Vengo a que nos vayamos a tomar un café.

—Lo podemos tomar aquí.

—Mira, yo no sé cómo llamas café a eso que tenéis en las máquinas de ahí fuera.

—No me refería a esos, sino al que tenemos aquí.

—Nada, quiero sacarte de este sitio, que veo que al final te tenemos de nuevo encerrado en ti mismo.

—¿Te tenemos? —Arqueé la ceja— No le habrás contado nada a mamá.

—No hijo, no soy una cotilla de pueblo. Si le quieres contar algo, pues se lo cuentas tú y ya está. Por cierto, vamos luego las dos a comer a tu casa.

—Pues que no se te escape nada de lo de Ruth —arqueé la ceja.

—Ni una palabra.

Salí con ella a la cafetería que había enfrente del hospital, desayunamos y quedamos en vernos en mi casa a la hora de comer.

Pasé el resto de la mañana trabajando y procurando no pensar en ella, en Ruth, y en lo que se había callado, algo tan importante como a lo que se dedicaba realmente.

Fue entrar en casa, y llegarme el rico olor de la comida que había llevado mi madre. La abracé como hacía tiempo no la abrazaba, necesitando ese cariño que solo una madre puede darnos cuando estamos mal, y en ese momento la necesitaba.

—¿Qué tal en el hospital, hijo?

—Bien, ya sabes, mucho trabajo y algo de estrés.

—Bueno, pues los fines de semana a descansar y recuperarse.

Sabias palabras, como las de cualquier madre.

Comimos los tres juntos, como tantas otras veces, y mi hermana hablaba de su trabajo, contándole a mi madre lo de su ex, que la traía loca.

En ningún momento comentó algo sobre Ruth.

Después del café se marcharon y yo me quedé solo, como quería estar, me senté en el sofá con el móvil y entré en el grupo de La Tribu.

Lo primero que me encontré fue un post de Ruth.

«Me regalaron la luna y después me la quitaron»

Lo acompañaba con una imagen de una chica contemplando la Luna desde una ventana.

Había cientos de comentarios en el post, las chicas la animaban, decían que no se preocupara, que quien hubiera sido se acabaría dando cuenta de lo que había perdido.

Incluso había algún que otro comentario de esos que solían poner para sacar las carcajadas, diciendo que, si tenían que ir a la guerra, estaban listas para hacer las maletas y llevar cuchillos. Desde luego que ese grupo era una buena terapia para quien tuviera uno de esos días tontorrones.

Ella comentaba al final del todo, con varios emojis tristes y dándoles las gracias por haberla sacado más de una risa y por los ánimos.

Dejé el teléfono en la mesa y me puse a leer, necesitaba distraerme un rato y, en vez de coger alguno de los que tenía, elegí a una de las autoras de La Tribu, Alma, y es que el título me había llamado la atención, “Los líos de mi vida”.

Se me pasaron las horas volando y, antes de darme cuenta, me estaba preparando la cena y escogiendo otro libro de los autores de ese grupo. Le tocó el turno a ¡Puedo contigo!, de Carlota.

¿Qué por qué estaba leyendo por orden alfabético a los autores? Pues porque eran once y me había propuesto leerlos a todos.

De nuevo las horas se me fueron entre las páginas, y es que esas historias, tan reales como la vida misma, te hacían adentrarte en ellas, como si formarás parte de los personajes.

Entré en el grupo y de nuevo vi un post de Ruth que me llegó al alma.

«Hasta para sobrevivir, sé es juzgada»

Dos posts, y dos que, sin lugar a dudas, eran por mí.

Las chicas de nuevo comentando y animando, vitoreaban ese post y le decían que no se viniera abajo, que ahí estaban ellas para levantarles el ánimo.

No la escribí, aunque podría haberlo hecho, pero ni siquiera me veía con el ánimo de hacerlo, al menos en ese momento, con todo tan reciente.

Me encantaría alejarme de ella, que es lo que debería hacer porque me había engañado, con algo que, si lo hubiera sabido antes, si me lo hubiera contado ella, quizás no habría hecho ciertas cosas ni llegado tan lejos como lo hice.

Sé que debería alejarme, pero me enamoré de ella como juro que pensaba que no volvería a enamorarme, con todas mis fuerzas.

Por eso me pasaba a mirar su perfil y en el grupo cada vez que podía, entraba en las imágenes guardadas y veía las fotos que Aitor me envió de ella.

Me quedaba perdido en el brillo de sus ojos y en esa preciosa sonrisa que lucía.

Toda ella era el motivo por el que no podía alejarme por completo. Ruth, me había devuelto las ganas de reír con cada una de sus ocurrencias, y es que era una mujer maravillosa, a pesar de no haberse sincerado conmigo desde el principio.

Fui a prepararme un té antes de acostarme, quería descansar en condiciones y, conociéndome, sabía que no sería nada fácil.

Me metí en la cama con ella rondando en mi cabeza, con el sonido de su voz, y el de su risa.

Capítulo 13



Miércoles de locura en el hospital.

Tres traumatismos, dos que entraron graves y a las puertas de no salir de aquello, y un niño que se había caído de lo alto de la caseta de un tobogán.

Así fue mi jornada aquella mañana.

En descanso volví a mirar en el grupo, donde Ruth había puesto un nuevo post.

«La gente solo ve, lo que quiere ver»

No dejaba de poner ese tipo de mensajes que, si bien nadie en el grupo sabía a quién iban dirigidos, yo sí.

A mí.

No dejaban de comentar que tenía toda la razón, que había gente que solo veía lo que a ellos les interesaba.

Sabía que ella estaba dolida, pero, ¿se había puesto en mi lugar?

Era yo el que me había enterado por terceras personas, de que estaba con alguien que resultó no ser quien decía.

Ya es que hasta dudaba de si Ruth era su nombre de verdad, o con el que la conocían en su trabajo.

Yo no estaba bien, era el segundo palo que me llevaba en cuestiones de amor en mi vida.

No es que Celia fuera la primera, habían pasado algunas mujeres por mi vida, más o menos tiempo, pero las había habido.

Hasta que llegó mi ex para hacerme caer en la tentación y casarme.

Estaba guardando el móvil cuando me entró un mensaje de mi hermana, decía que me invitaba a comer fuera, que estaba hasta el moño de su ex, que no dejaba de escribirle para contarle sus penas y necesitaba una buena dosis de chocolate. Lo que, para ella, se traducía en uno de los postres de su restaurante favorito.

Acepté y le dije que nos veríamos allí, seguí con mi trabajo y traté, sin éxito, de quitarme a Ruth de la cabeza.

—¡Viva la madre que te parió! —gritó Judith, nada más verme, sonriendo y dando palmas.

—Calla, no seas escandalosa.

—A ver si no voy a poder decir que mi hermano es un bombón, vamos, lo que me faltaba.

—Vamos a pedir, que tengo hambre.

Reí y llamé al camarero, nos tomó nota y después volvió con el vino que habíamos pedido.

—En qué hora Pedrito me pidió cita para que lo tratara, tenía que haberle dicho que no y mandarle a uno de mis amigos.

—Mándale al carajo.

—Ganas no me faltan, te lo aseguro. Ahora me viene con que...

Empezó a contarme lo de su ex, y yo sonreía o reía cuando lo hacía ella, le prestaba atención, sí, pero mi cabeza estaba en otro, sitio.

Con ella...

Después de comer con mi hermana, fuimos a tomar café a casa de nuestra madre, visita que a ella le encantó y nos puso un pedazo de pastel de queso que había hecho.

—Yo necesitaba chocolate, pero rematar con este ya... me quita la angustia —soltó mi hermana, haciéndonos reír a los dos.

Nos despedimos de ella y nos marchamos para casa, cada uno a la suya, que había que hacer cosas y descansar para trabajar el día siguiente.

Esa noche, antes de acostarme, volví a entrar en el grupo y vi un nuevo post de ella.

«*A veces solo basta con saber escuchar*»

No podía negar que aquello era cierto, pero también lo era que, a veces, lo mejor es ir con la verdad desde el primer momento.

Jueves, y estaba deseando que llegara el viernes para acabar la semana de trabajo y descansar el fin de semana.

Una semana que, si no recordaba mal, el lunes yo había pensado que sería la mejor de todas desde hacía mucho tiempo, por el simple hecho de que Ruth estaba en mi vida.

Iluso de mí, no sabía lo que cambiaría ese mismo lunes el rumbo de la semana.

Había sido, sino la peor, de las peores con diferencia.

Me costaba dormir, solo pensaba en ella, quería alejarme, pero me era imposible hacerlo, la amaba, la quería a mi lado, quería estar con ella y verla sonreír.

Pero ahora, aun teniéndola tan cerca, la sentía más lejos que antes de conocerla.

Todo era una mierda, esa era la verdad.

Que pensara que Ruth había aparecido en mi vida para cambiarla, no era en este aspecto, vamos, que yo me decantaba porque habiéndome devuelto la sonrisa y el sentirme ilusionado por alguien, que mi corazón diera un vuelco cada vez que la veía o hablara con ella, aunque solo fuera por mensajes, era lo mejor que me había pasado y que ella sería la mujer que ocuparía un lugar importante en mi mundo.

No que la realidad me diera una patada en el estómago y me dejara con cara de idiota.

Me preguntaba qué habría pasado si mi hermana no me hubiera llamado para ir a comer ese día o, al menos, si no me hubiera hablado de las sesiones por mensaje con su ex.

¿Cuándo me habría enterado de la verdad de Ruth? Si es que lo hubiese hecho en algún momento.

¿Me lo habría contado ella misma? La duda seguía en el aire.

Tomé el desayuno rápido en casa, salí para el hospital y me pilló un atasco, así que tuve que avisar de que llegaría tarde.

Por la radio informaban de que se había producido un accidente a unos pocos kilómetros de donde yo estaba, así que de ahí venía el atasco.

Cambié de emisora y, ¿dónde acabé? Sí, en la que solo ponían canciones románticas.

—*Y ahora, os dejamos con una canción que, sin duda, es una declaración de intenciones. Te espero aquí, de Pablo López* —dijo la presentadora del programa de radio.

Escuché la canción y me sentí muy identificado con esa letra. Porque sí, yo no había perdido

nunca el sueño por cualquiera, quería volver a verla y tenía la duda de si me había ganado la prisa con ella.

Llegué al hospital y atendí a varias personas que habían resultado heridas en el accidente que me había hecho retrasarme.

Acabé con ellos, hice mi ronda de visitas a los que habían pasado la noche en urgencias y la mañana se me pasó volando.

—¡Hijo! Qué sorpresa —dijo mi madre, al abrirme la puerta.

—¿Tienes un plato de comida para un hambriento?

—Anda, bobo, pasa, te voy a dar yo a ti hambriento...

Sonreí, la besé en la mejilla y fuimos al salón, puse la mesa y enseguida vino ella con la olla de puchero que había preparado.

—De aquí me sale para que luego te lleves unos tappers para ti, y tu hermana.

—Si no fuera por ti, algunos días nos moríamos de hambre —volteé los ojos y ella soltó una carcajada.

Estuve a punto de hablar con ella sobre Ruth varias veces, pero me echaba para atrás en el último momento.

Sabía que me entendería, que sabría ponerse en mi lugar y que, como madre, me aconsejaría de la mejor manera.

Pero tenía miedo de que, al contarle todo lo sucedido, pudiera cogerle manía y si la cosa entre nosotros cambiaba...

¿Cómo podría cambiar? Me había mentado, no había confiado en mí para contarme algo que formaba parte de su vida.

Joder, que me había enamorado de la mujer con la que mi ex cuñado había estado acostándose, a saber, durante cuánto tiempo.

—Bueno, espero que vengas pronto a visitarme de nuevo, ¿eh? —dijo mi madre cuando me marchaba para casa, después de tomar café.

—Claro, y prometo avisar por si no tienes comida.

—Hijo... sabes que siempre hago de más para poder llevaros.

Me despedí y fui para mi casa, le dejé a mi hermana los tappers, charlamos tomando un café, se interesó por cómo estaba y si había hablado con Ruth.

Se preocupaba por mí, y es que, de no haber sido por ella, yo seguiría viviendo en la ignorancia.

Aunque a veces vivir en ella es lo mejor.

Pasé la tarde recogiendo la casa, ni siquiera tenía ganas de leer o de ver una película.

Cené una ensalada y me fui temprano a la cama.

No es que me fuera a quedar dormido enseguida, pero al menos intentaría no pensar.

Capítulo 14



—Mujer, treinta y cinco años, ingesta de barbitúricos —es lo primero que escuché al ver al chico de la ambulancia y cuando la vi a ella...

—¡¡¡A quirófano ya, llamen al doctor Carrascosa!!!

Ayudé con la camilla para llegar lo antes posible, no podía ser, ella no, joder. ¡Qué cojones había hecho!

Tenía los signos vitales muy débiles y estaba convulsionando, me temblaban las manos, gracias a que estaban mis compañeros y les dije que era una persona muy importante en mi vida y entendieron mi estado, me ayudaron a sacarla de ese estado en el que estaba y le tuvimos que hacer un lavado de estómago.

La miraba, negando constantemente y entre lágrimas, me preguntaba una y otra vez, por qué había hecho eso, me partía la vida verla ahí.

Se consiguió que todas sus constantes se normalizaran, dentro de lo que cabe. Permanecía sedada y la llevamos a cuidados intensivos.

Me pasé el resto de mañana a su lado, mis compañeros cubrieron todo mi turno y al terminar mi hora, bajé un momento a comprarme un sándwich, no pensaba moverme de allí hasta que ella saliera del hospital que, por lo pronto, no iba a poder ser en unos días.

Despertó sobre las cinco de la tarde, yo estaba sentado a su lado en un sillón, además, había hablado con el hospital para coger unos días de asuntos propios a partir del lunes, con lo cual hasta dentro de diez días no trabajaría, quería estar a su lado al cien por cien.

Cuando fue abriendo los ojos y me vio a su lado, comenzaron a brotarle las lágrimas.

—Ruth, tranquila, estás a salvo.

Esas palabras, no sé por qué, le causaron que llorara con más intensidad. Yo, le sostenía la mano, ella no hablaba, además le debía de doler un poco la garganta por el lavado de estómago.

Dejé entrar a su amiga que estaba destrozada, decía que esa semana la había visto muy tocada por lo nuestro y con todo lo que había pasado en su vida, ya no tenía ganas de vivir, eso le transmitió esos días.

Unas horas tardó en hablar, unas horas en las que estuvo mirando hacia la ventana con la mirada perdida, ni siquiera contestaba a los compañeros que entraban para verla y que hablaban conmigo, siempre mi opinión para ellos era importante.

—¿Cómo estás? —le pregunté sobre las diez de la noche, que se quedó mirándome fijamente.

—No debería de estar aquí, no pedí que nadie me salvara.

—Tu amiga está destrozada, te encontró tirada en el piso y no digas que no se te debió salvar, nadie va a permitir que te vayas.

—No me hables... —su tono era triste, no dejaba de llorar.

—Sí, sí te hablo.

—No tienes derecho, además, no quiero que estés a mi lado.

—No pienso marcharme.

—Que sepas que, cuando salga por esa puerta, no me vas a poder controlar las veinticuatro horas y la próxima vez no dará tiempo ni a que me traigan al hospital.

—No va a pasar eso.

—Sí, te lo digo —lo decía convencida y con rabia, le notaba rabia.

—Ruth, quiero que te tranquilices, tenemos mucho tiempo para hablar.

—Eres un egoísta, no tienes corazón, me has juzgado por algo que no tienes ni idea lo que me costó hacer, me dejaste tirada por algo que no fue un gusto. Fue una necesidad lo que me llevó a ello y sí, fui puta, pero fui puta para no verme con el piso de mi madre embargado por no tener para pagar luz, agua, contribución y mil recibos que venían. Comía gracias a mi amiga, así que, vete a la mierda, personas como tú que lo han tenido todo muy fácil, jamás entenderán lo que otras personas debimos de pasar para enfrentarnos sola a la vida.

Eso hizo que me entrara un dolor en el pecho increíble, mis ojos se inundaron de lágrimas. ¿Qué decía ante eso?

—Ruth, lo siento, me porté muy mal contigo, pero no supe digerir aquella información.

—No quiero verte, de verdad, eres quien más daño me has hecho en esta vida, tú sí que me has tratado literalmente como una puta cuando te fuiste dejándome así, sin darme opción a explicarme, sin importarte lo que me dolió que me dijeras aquellas palabras. No te quiero ni ver, Mario, no te quiero ni ver.

—Ruth, no es momento, primero recupérate y luego hablaremos lo que quieras.

—Contigo no hablaré más. ¿Sabes? Ni esos malditos clientes que pagaban por sexo me trataron tan mal como tú.

Eso me hizo un daño brutal, esas palabras fueron directas al corazón, de eso que te da un zarandeo y te das cuenta de lo injusto que fuiste, así me sentí, la traté mal, me marché dejándola ahí como si no tuviera valor, como si ya por el simple hecho de haber tenido que hacer algo así ya no tuviera sentimientos.

Me fui hacia la ventana, tenía que llorar, soltar esas lágrimas que no podían contenerse y soltar esa rabia de saber que había sido el ser más deleznable del planeta.

Esa noche apenas pegué ojo, la miraba, observaba que todo estuviera bien, lloraba mientras ella dormía y sentía que era la vez que más me había comportado como un canalla, eso me mataba.

Por la mañana le subí una Napolitana y un batido de chocolate, me lo rechazó, se tomó solo lo que le habían traído de desayuno del hospital. No me hablaba, se ponía con el móvil a poner estados en el Facebook que me causaban un daño increíble, pero me lo merecía, yo se lo había hecho a ella y lo que más me mataba era saber que fui el que le ocasionó esas desganas de seguir luchando, eso no me lo iba a perdonar en la vida.

Se pasó todo el día sin hablarme, cuando me miraba lo hacía con asco y desprecio, eso era lo que veía en ella, algo que me estaba haciendo un daño increíble, pero repito, me lo merecía.

El domingo se levantó diciendo que se quería ir, tuve que llamar al psicólogo y a otro compañero para que la convenciera de que esperara hasta el día siguiente, a mí no me escuchaba y solo me hablaba para insultarme, estaba llena de rabia y lo estaba pegando con la persona indicada, conmigo.

Consiguieron convencerla, ella dejó clarísimo en todo momento que era libre de hacer con su vida lo que le diera la gana, que una vez que saliera por la puerta iba a hacer eso que le habíamos

impedido.

Mi compañero me recomendó que por la gravedad del asunto debería ir a psiquiatría y sin posibilidad de salir hasta que no razonara, yo no lo iba a permitir y así se lo hice saber, les dije que me había pedido unos días libres y que me encargaría de ella.

Ese día le quitaron la escayola, fue un acuerdo para quedarse hasta el día siguiente, así que, aunque faltaban al menos cinco días, tomamos la decisión de que sí, se le quitó y la verdad es que pintaba bastante bien y la placa había sido buena.

Se pasó la noche, antes de dormir, soltando de todo por la boca, diciendo que yo me creía guay por estar ahora a su lado, después de arrojarla al precipicio, además de decir que le había hecho sentir más puta que nadie, que era un ser despreciable y que la había engañado de forma premeditada.

Causaba mucho dolor escucharla, demasiado, pero sabía que tenía razón, que ella se sintió así ese día que la dejé sin terminar de hablar y desahogarse. Ahora me tenía que aguantar, por mucho dolor que me produjera.

Capítulo 15



Eran las siete de la mañana y ya estaba vestida, sin querer desayunar y de pie junto a la ventana esperando a que le trajeran el alta.

Le pedí a una enfermera que fuera a hablar con el doctor y se la firmara ya, no tardó en aparecer con ella.

Salió como alma que lleva al diablo y yo detrás, en la calle la cogí en brazos a pesar de las patadas, la metí en el coche, no le iba a permitir que fuera a ningún sitio y llevara a cabo eso que tenía en mente.

Gritaba, me pegaba puñetazos, pero me daba igual, bloqueé su puerta y entré. Me la llevaría conmigo, quisiera o no.

Llegamos a mi casa sin que sus gritos no dejaran de cesar, me amenazaba con llamar a la policía, con echar a arder la casa, pero me daba igual todo, no la iba a dejar ir por nada del mundo, no iba a permitir que volviera a hacer nada.

—¿Qué cojones quieres de mí? —preguntó, cuando cerré la puerta y se echó a llorar con un dolor que me traspasó el alma.

—Perdóname, Ruth, perdóname —la abracé con fuerza, a pesar de que ella se quería soltar.

—No quiero estar aquí contigo, me hace más daño. ¿No lo entiendes?

—Vámonos adónde quieras, tengo la semana libre y un mes de vacaciones que puedo añadir, si no quieres estar en la casa dime adónde nos vamos, estoy dispuesto a llevarte donde te vaya a hacer bien.

—Me quiero ir de la vida y, por supuesto, no quiero que me acompañes en ese viaje —decía con tristeza, ya echada sobre mi hombro mientras yo le acariciaba la cabeza.

—No te puedes ir, tienes todo por delante para ser feliz.

—No tengo nada, estoy sola, no soy feliz, no encuentro un trabajo porque no tengo estudios, soy una mierda pinchada en un palo que solo sobrevive.

—No digas eso, por Dios, no digas eso —se me caían las lágrimas y el corazón me dolía como jamás antes me había sucedido.

—Deja que me vaya, por favor, quiero estar sola.

—No, no te dejaré ir, vamos donde quieras, pero sola no te voy a dejar.

—Soy una puta, eres un médico y como bien vi en ti, no tengo nada que ver con lo que tienes como concepto de vida.

—No vuelvas a decir eso, por favor.

—Me voy...

—No, te he dicho que no te voy a dejar ir, así te ate a una silla, no estás en condiciones de hacerlo y no lo voy a permitir por nada del mundo.

—No puedo mirar a ningún lado, esta casa me mata.

—Hago las maletas ahora mismo, vamos a tu casa, haces las tuyas y nos vamos a alguna parte.

—No quiero ir contigo a ningún sitio.

—Ruth, unos días, por favor —le imploré entre lágrimas.

—No, quiero irme a mi casa.

—Te lo pido por favor, vamos de viaje y si a la vuelta no quieres saber más de mí, te prometo que no te buscaré. Solo una semana, pasa conmigo en algún lugar del mundo una semana.

—No tengo mucho dinero y menos para gastar tontamente, no me fui acostando con todos los que surgían, lo hacía para mantenerme y no me dio lugar a ahorrar mucho.

—No necesitas dinero.

—No voy a ir de prestada.

—Ruth, te lo pido con el corazón en la mano, hazlo por lo que quieras, vámonos una semana, vamos a intentar hablar desde la tranquilidad. Sé que fui un cerdo, un cobarde y que no me puse en tu lugar, pero créeme que te valoro, creo y te veo como una persona que merece la pena.

—No merezco nada, soy una mierda que no tiene más que una amiga y una asquerosa vida sin futuro.

—No digas eso, por favor —rompí a llorar como un niño chico.

—Bueno, no llores así —noté que le daba pena verme en ese estado—. Te doy una semana, luego quiero que continúes con tu vida y yo ya veré qué hago con la mía, pero no llores.

—Ruth, te hice mucho daño y no te lo merecías, pero créeme que para mí no eres nada de eso y que reconozco que, ni estuve acertado, ni te merecías ese trato que te di, pero, por favor, no pienses que te veo como algo no valido, todo lo contrario, devolviste a mi vida una felicidad ese fin de semana que jamás había vivido de esa manera.

—No me hables de lo que pasó entre nosotros, por favor.

—Está bien —la abracé entre lágrimas y se dejó abrazar.

Preparé mi maleta y nos fuimos para su casa, ella estaba en silencio, yo había roto todo aquello bonito que hubo entre nosotros, esa persona bromista que me hacía sacar carcajadas tras carcajadas, yo lo había roto todo.

Mientras ella preparaba la maleta y se aseguraba de tener el pasaporte en regla, yo encontré un viaje que pensaba que podía ser uno de los más bonitos que podíamos vivir en nuestras vidas, el problema es que salía al día siguiente, así que, sin decirle el destino, pero sí que echara mucha ropa de playa, nos montamos en el coche y nos fuimos a Madrid que es de donde salía el vuelo al día siguiente.

El trayecto lo pasó leyendo un libro de Dylan y Janis, iba en silencio y en más de un momento soltaba una carcajada impresionante por lo que leía, yo me alegraba que así fuera. La verdad es que yo tenía un sentido de la culpabilidad increíble.

Ana me mandó un mensaje diciendo que no le dijera nada, pero que me daba las gracias por no haberla dejado sola y me encargara de ella, que me creía y sabía que era un buen hombre, eso me emocionó muchísimo.

Comimos por el camino y llegamos sobre las cinco al hotel al lado del aeropuerto, así que nos metimos en la habitación, dejamos las maletas y ella se echó en la cama a seguir leyendo, yo me puse con el móvil, pero no, realmente quería pensar y es que todo había sido muy fuerte, jamás pensé verla entrar por el hospital de aquella manera.

Estuvo toda la tarde en silencio, por la noche bajamos a cenar y no me miraba, le costaba hacerlo, me contestaba con monosílabos y es que sabía que no me veía igual, no confiaba en mí y tenía puesto un escudo que parecía infranqueable, pero yo le iba a dar su tiempo.

Tras la cena regresamos a la habitación y ella se puso a leer el grupo, yo estaba tumbado a su lado en silencio. Sentía una sensación extraña, ganas de abrazarla, de volver a llorar y de decirle que era mi persona favorita, aquella que quería tener en mi vida y cuidarla como antes no había sabido hacer, pero no podía, no podía hacerlo y que ella se sintiera agobiada, necesitaba su tiempo y su espacio. Había sido muy fuerte la decisión que tomó y ahora se veía al lado de la persona que la lanzó al precipicio y es que yo era el culpable. Esto me iba a costar mucho superarlo.

La amaba, como solo se amaba una vez en la vida, como lo supe en ese momento que la vi en la camilla por segunda vez entrando por urgencias. La amaba como solo se podía amar de verdad, con el corazón y el alma...

Capítulo 16



Desperté y ella me estaba mirando con tristeza, lo pude percibir de sopetón, bajó su mirada cuando abrí los ojos.

—Buenos días, Ruth. ¿Cómo te sientes?

—Buenos días... —ignoró la pregunta.

—Pido el desayuno y salimos en dos horas, ¿vale?

—Vale.

Se levantó y fue para la ducha, yo pedí el desayuno y me fui a duchar cuando salió ella, lo hice rápido. Al salir ya lo habían traído y Ruth, lo había colocado en la mesita auxiliar que había a un lado.

Desayunó mirando al descampado que había delante del hotel, no hablaba, estaba en el más absoluto de los silencios.

Solo esperaba que ese viaje lo disfrutara y que me perdonara un pequeño olvido que no le dije, no íbamos por una semana, me la llevaba dos, una por la isla de Jamaica y otra por la de Cuba, así que solo deseaba que cogiera toda la energía que pudiera y viera la vida de otra manera. Estaba convencido de que un viaje le podía cambiar la vida, siempre que nos sumergimos en uno, no volvemos a ser los de antes...

Eso siempre me lo decía mi madre y cuando comencé a viajar me di cuenta de que tenía razón, cada viaje transforma, de alguna manera u otra, lo hace y este esperaba que lo consiguiera con ella, se lo merecía y la quería volver a ver reír a carcajadas por las cosas que se le ocurrían y no solo por leer algo de La Tribu, que sí que le hacía bien, pero sus carcajadas eran por otros y ella se merecía reír por ella, por esa actitud que siempre tenía a pesar de a saber el dolor que escondería dentro.

—¿Jamaica? —preguntó mirando aquel cartel.

—Jamaica... —sonreí, poniendo las maletas en la cinta de facturación.

—¿Eso no está en África? —Hasta la azafata nos miró aguantando la risa.

—No, preciosa, está en el Caribe.

—¿Yo me voy al Caribe?

—Sí, conmigo—sonreí y pensé que lo que se le debía estar pasando por la cabeza a la chica que nos estaba emitiendo las tarjetas de embarque, debía ser monumental.

Se quedó en shock, no dejaba de pensar mientras íbamos pasando por los controles policiales, aún no sabía que luego iríamos a Cuba, así que mejor eso que lo descubriera en el último momento.

El vuelo me lo pasé explicándole que en Jamaica está enterrado Bob Marley, que es la cuna del Reggae. Poco a poco, situándose y se le dibujaba una sonrisa en su rostro, se iba imaginando esas aguas cálidas y esos resorts que ella decía que eran de ensueño y sí, se veía que al menos se iba

dejando llevar por el momento. Me iba hablando, sin mirarme a la cara, no lo hacía en ningún momento y eso me partía el alma, pero la entendía y, sobre todo, sentí que necesitaba su tiempo, era demasiado fuerte por lo que había pasado.

Durante el vuelo durmió algunos ratos, otros, leía al igual que yo, e incluso vimos una peli de las que ponían en las pantallas individuales que teníamos en nuestro asiento.

Apenas hablábamos más que cualquier tontería, fueron diez horas de vuelo en las que apenas llegamos a cruzar alguna palabra. Creo que ninguno de los dos, sabíamos que decir, además, no quería resultarle pesado o molesto, quería que, poco a poco, ella fuera dejando fluir todo.

La quería cuidar y era mi propósito para esos días en los que quería volver a sacar a aquella chica con el carisma más impresionante del mundo. Me daba mucha lástima verla así, con esa tristeza que se le dibujaba en su rostro.

Llegamos al aeropuerto de Montego Bay, donde una bofetada de humedad fue el recibimiento a esa isla caribeña.

Un coche privado nos recibió en la terminal para hacernos el traslado al resort. La verdad es que el chico era muy amable, yo iba charlando con él y le traducía a Ruth, que no se enteraba de nada, pues estaba en su mundo, mirándolo todo. Le llamaba la atención aquellas calles sin asfaltar, todos esos colores, sus gentes, estaba conectando desde el silencio y la impresión que se veía que le daba todo aquello.

Entrar en el resort fue para ella, impresionante. Como que abrió la boca y no la podía cerrar, miraba hacia todas partes, yo ya había estado en sitios así y, aunque me encantaba, no me llegaban a asombrar tanto como esa primera vez que es un choque impresionante.

Fuimos a la habitación a colocar las cosas, alucinó con la cama de matrimonio que era doble, con la terraza, el baño, el minibar lleno de bebidas y aperitivos, estaba como una niña pequeña el Día de Reyes.

Nos duchamos y fuimos a cenar, el cambio de horario era mortal, aquí eran las nueve de la noche, pero en España era de madrugada, así que estábamos muertos de cansancio.

Nos sentamos en una terraza de los innumerables restaurantes que había en el resort. La música de Bob Marley, iba sonando en todos los rincones y hacían la magia del lugar.

Elegimos uno de especialidad en mariscos, nos pedimos una langosta cada uno y una ensalada tropical, era un “todo incluido”, pero de lujo, así que todo estaba hecho de manera muy elaborada y con una presentación impresionante.

Ella no dejaba de hacer fotos a los platos y subirlos a Facebook, estaba revolucionando a todas las chicas que le pedían que subiera más y más.

Yo lo veía desde mi móvil y la miraba, ella lo notaba y sonreía levemente, no cruzábamos la vista, no dejaba de mirar hacia abajo. Muy pocas veces eran las que nuestros ojos se encontraban y yo podía ver en ellos que la había decepcionado, que le había hecho mucho daño y que, en cierto modo, le costaba volver a confiar en mí, ni siquiera un poco podía.

Tras la cena fuimos a dar una vuelta por todos aquellos jardines en primera línea de mar, además, había una piscina impresionante con varios bares acuáticos separaba de la arena del mar, todo en plan isletas, una maravilla para los ojos.

Terminamos en un chiringuito de la playa, tomando un coctel que estaba buenísimo y que era granizado, con esencia de fresa, el sabor era una delicia para el paladar.

Ella se sentó sobre una hamaca con las piernas recogidas y cruzadas, en plan Buda, mirando hacia el mar, yo me puse al lado, mirando también al frente y respetando ese silencio que sabía que ella necesitaba.

—¿Qué piensas? —preguntó en voz baja y sin dejar de mirar hacia el agua.

—No pienso, me siento triste y decepcionado conmigo mismo.

—Puede que yo me haya acostado con hombres a cambio de dinero, pero eso no significaba que no tuviera sentimientos, que no tuviera ilusiones, que no luchara por una vida mejor...

—Siento haber actuado tan cobardemente, no hay nada que pueda hacer para remediar ese dolor que te he causado, pero yo sabía que tú tenías sentimientos, el problema fui yo, que sentí en esos momentos cosas que no me hicieron bien. Te creo en todo y no soy nadie para juzgarte, es más, si tuviera que hacerlo ahora, te felicitaría por las agallas y el coraje que tuviste en hacerlo.

—Creo que piensas que, porque me haya acostado con hombres a cambio de dinero, soy más sucia o valgo menos que otras que se hayan acostado con muchos más, pero sin cobrar. Creo que ese es el problema de la mente humana, que hay que decorarle las cosas y diferenciar donde no hay diferencias.

—Tienes razón, pero para mí vales mucho como mujer, como persona, como todo.

—Pues no lo parecía...

—Ya, te repito que no tengo perdón y haría cualquier cosa por enmendar lo que hice.

—Me cuesta mirarte a la cara, me cuesta asimilar que el hombre que me hizo sentir tanto amor en tan poco tiempo, se marchara de mi vida como si yo fuera un despojo humano, como si no valiera nada.

—Lo sé —las lágrimas volvían a comenzar a caerme.

—Te agradezco que me hayas traído, que te hayas preocupado por mí, que te quedaras a mi lado en el hospital, te lo agradezco todo y, si algún día necesitas algo y estoy viva...

—No digas eso —murmuré con rabia.

—...estaré para lo que necesites, pero no podré mirarte nunca más como lo hice un día. Eres la única persona que realmente me hizo sentir una puta...

Esas palabras se me clavaron en el corazón, fueron como una puñalada sin previo aviso y que te abren en canal, además, lo decía con todo el dolor del mundo. Ella también lloraba de tristeza, me había cargado todo lo que había llegado a mi vida y que sí que merecía la pena.

Nos fuimos a dormir unos minutos después, en silencio, ella se acostó mirando hacia fuera y dándome la espalda, esa que me merecía sin dudas, no me había portado bien, no había sido un hombre y ahora tenía lo que me merecía...

Capítulo 17



La sentí salir a la terraza y abrí los ojos, había dejado todo oscuro de nuevo para que yo no me despertara.

La vi de espaldas al separar las cortinas, sostenía en sus manos un cigarrillo que fumaba mientras miraba hacia el mar. Me impresionó verla fumando, pero tampoco era momento de ponerme a darle lecciones de salud, ni mucho menos, además si eso le valía para relajarse un poco, hasta lo prefería.

Salí y me puse a su lado.

—Buenos días, Ruth.

—Buenos días, Mario —echaba tanto de menos que me llamase Julián, eso hubiera sido una señal de que iba calmando a su corazón.

Pero al menos me había contestado, aunque siguiera me miraba, era algo que me hacía mal, pero que me tenía merecido.

—Debe ser muy temprano...

—Las seis y media de la mañana.

—Es lo que tiene el cambio horario, hasta que nos vayamos estaremos madrugando y por las noches cansados.

—Bueno, es más bonito vivir el día, este lugar es un paraíso.

—Lo es, el Caribe tiene algo especial...

—Si quieres podemos ir a tomar un café y luego más tarde a desayunar.

—Sí, por favor —se giró para apagar el cigarrillo en el cenicero que había sobre la mesa de la terraza.

Entramos y nos cambiamos, se puso guapísima con un bañador rosa claro, que le hacía una figura espectacular, por encima se echó un vestido blanco tipo camiseta y ancho, con un hombro caído que se lo dejaba al descubierto, iba preciosa.

Nos sentamos en un par de hamacas delante de uno de los tantos bares que había por el jardín y que era precioso, estaba cerca de la piscina y abierto las veinticuatro horas. Nos pedimos los cafés y nos lo trajeron, cuadraba hacia el Lobby del hotel, ese que era impresionante, la recepción era al más puro estilo caribeño y ahí tenía ella la mirada perdida.

Se encendió un cigarrillo, parecía que tenía ansiedad, la notaba muy triste, cabizbaja, con la mirada perdida y en modo pensativo.

—Ruth. ¿Estás bien?

—Sí —asintió, mirándome por una vez, triste, volvió a bajar la mirada.

—¿Quieres que salgamos hoy a visitar algo de la isla o prefieres quedarte en el hotel?

—Me da igual...

—Bueno, preferiría que no te diera igual, algo tendrá que apetecerte más.

—Lo que me apetece no puedo hacerlo ahora mismo —intuí a lo que se refería y no podía con ese dolor que me provocaban aquellas palabras.

—Vamos a pasar el día disfrutando del hotel y mañana iremos a un sitio muy chulo.

—Vale.

Me levanté y me senté junto a ella, noté que se puso nerviosa.

—¿Me puedes mirar un momento? —Le acaricié la mejilla.

—No me toques, por favor —se le saltaron las lágrimas.

—Ruth, mírame, por favor.

—¿Qué quieres? —preguntó, levantando la mirada y formándose en sus ojos unas lagunas de lágrimas.

—No quiero que llores ni sufras, sé que te hice mucho daño con mi actitud, esa que me reprocharé cada día, pero no te quiero ver así, quiero verte sonreír de nuevo y que tú te provoques tu propia carcajada como antes hacías.

—Estoy muy mal —rompió a llorar, tapándose la cara y apoyando sus codos sobre sus piernas que tenía cruzadas, una encima de la otra.

Me levanté y me puse en cuclillas delante de ella, la abracé fuerte, pegándola a mí. Ella seguía con sus manos en la cara, pero refugió esta en mi hombro mientras le salían esos quejidos de dolor, esos que salen del corazón.

—Yo no lo hice por querer tener lujos, lo hice para no estar pidiendo limosna para comer y pagar los recibos —lloraba con una pena que me desgarraba.

—Lo sé, Ruth, lo sé, de verdad que lo sé. Perdóname, no estuve acertado, tuve un mal comportamiento, pero te veo como una gran mujer y no como piensas.

—Me vi recogiendo comida en lugares de donaciones y no me importaba, necesitaba comer, pero también tenía que pagar, no me arrepiento de nada, no tenía otra opción.

—No llores más ni te justifiques —la abrazaba bien fuerte contra mí—. No tienes que hacerlo, soy yo el que en vez de ir a ti y hablarlo, fui un cobarde y me fui.

—Sé que tienes un futuro brillante, que estás educado y formado académicamente, jamás busqué que me pidieras matrimonio, ni me veía teniendo algo formal contigo, porque sabía que no estaba a tu altura, pero te amé más que a nada en este mundo desde el día que me empezaste a cuidar en el hospital y ese fin de semana para mí fue el más bonito de mi vida. No me merecía que me trataras como lo que era, si otros no lo habían hecho, no tenías derecho tú, no tú, lo que más me dolía del mundo —tenía el corazón encogido y la pobre lloraba con un dolor sobrecogedor. Había sido un maldito cerdo por haberla hecho sentir así.

—Ruth, abrázame —le pedí, sin yo dejar de hacerlo.

—No, me da miedo.

—No tienes que tenerme miedo, a mí no, cariño.

—No me llames así —hablaba como una niña pequeña enfadada.

—¿Sabes? Ese viernes que apareciste por el hospital, te juro por mi vida que, si te hubiera pasado algo, me habría quedado muerto en vida.

—Si me hubiese ido, ya no estaría sufriendo.

—No digas eso, mi vida.

—No soy tu vida, soy la puta —dijo riendo y me quedé helado, no sabía si reír, llorar o que decir, pero me hizo feliz verla reír.

—No —le hice cosquillas, ella seguía llorando, pero a la vez riendo por lo que había dicho—. No vuelvas a decir eso, eres Ruth, una gran mujer con un corazón impresionante.

—Impresionantemente dañado, viejo y arrugado de tanto sufrir, mi corazón es una mierda y para una vez que palpitaba, era en la dirección errónea.

—No lo hizo en la dirección errónea, me equivoqué, pero me arrepentiré todos los días de mi vida.

—Tú no me tienes ni el más mínimo cariño y estuviste en el hospital por sentimiento de culpabilidad, al igual que me has traído aquí, por lo que hice, por eso te sientes culpable, pero no tienes la culpa. No pensé que llegaría al hospital y me vieras, no debió de llegar Ana en ese momento ni la esperaba. Quítate ese sentimiento y deja de fingir, tú no sabes lo que es quererme ni un poquito —se levantó con rabia llorando y se fue hacia la orilla.

—Yo te amo con todas mis fuerzas —murmuré entre lágrimas y sabiendo que no me escuchaba, ya estaba lejos de mí, de espaldas...

¿Cómo se arregla un corazón destrozado? ¿Qué se puede decir para transmitir que lo que sentía era de verdad y me había matado hacerle daño a alguien que era y es tan importante para mí? ¿Cómo cojones le hacía entender que, si ahora mismo me pidiera lo que fuese, lo haría por ella? ¿Cómo demostrarle que me había enamorado de verdad y que no me imaginaba una vida en la que no estuviera?

Fui caminando hacia la orilla hasta llegar a ella, le eché las manos por los hombros y la abracé por su pecho, sabía que no tenía derecho, pero también sabía que, si no lo hacía y la dejaba ahí sola sufriendo, estaría fallando a los dos, a ella porque estaba sola y pasándolo fatal y a mí, porque necesitaba intentar calmarla como fuera.

—Yo jamás te hubiese hecho algo así a ti, si me hubiera enterado de algo del pasado que no me gustara, lo habría hablado contigo, te daría mi opinión, pero jamás me habría ido.

—No llores más, sé que tú no hubieras actuado como yo, pero te juro y te repito que me arrepiento de verdad y de todo corazón.

—Lo que más me duele es que no te creo —decía a lágrimas tendidas.

—A mí, eso me mata...

Capítulo 18



Unos largos minutos habían pasado desde que se hizo ese silencio en el que solo se escuchaba el ruido del mar, de la naturaleza...

Ella no dejaba de llorar sin hacer ruido, pero no dejaba de hacerlo, no la solté en ningún momento, no quería y algo me decía que ella tampoco quería que la soltara.

—¿Vamos a desayunar? —pregunté, cuando noté que se calmó un poco.

—Sí —murmuró afirmando con la cabeza.

Se giró y le dejé una mano sobre el hombro mientras caminábamos.

Nos sentamos fuera del restaurante principal, era buffet, solo te traían la bebida, así que entramos a coger pan, bollos y demás.

—Te pido disculpas por mi actitud, prometo que no te daré más el viaje, ya que estamos aquí, al menos intentemos ser feliz —murmuró, con tristeza mientras se untaba la mantequilla.

—No, Ruth, no tienes que pedirme disculpas y no me das el viaje, solo me da pena verte sufrir y yo ser el culpable.

—No tienes la culpa de mi pasado, solo te juzgo por tu actitud por lo que yo era —me gustaba que hablara en pasado.

—Tengo la culpa de mucho, pero te juro que no te miento cuando te digo que me importas más de lo que imaginas.

—Bueno, te he pedido disculpas, no significa que te vaya a creer, Don Julián —sonrió con tristeza, pero me encantó que me llamara así—. Vamos a disfrutar del viaje y de esta semanita que nos queda por delante —semanita...

—Gracias, verás cómo nos llevamos un bonito recuerdo de estos días de viaje.

—No debí haber hecho aquello, en el fondo me alegro de estar viva.

—Claro, Ruth —le acaricié el brazo.

—Mis dos últimas tragedias y has estado tú salvándome, verás que me pongo de parto y eres el único médico del hospital —dijo riendo y sacándome una de esas carcajadas que echaba tanto de menos.

—Bueno, creo que no se me daría mal —carraspeé.

—Quita,quita, no quiero ni imaginarlo —reía.

Me encantaba esa sensación que me daba ver cómo sonreía y carcajeaba. Esa era ella, a pesar de ese dolor y ese sentimiento que yo le había dejado de desprotección, de soledad. Me juré a mí mismo, que le iba demostrar que no era ese hombre miedoso que se marchó un día de manera tan cobarde.

Nos pusimos a charlar y estuvimos un buen rato, la verdad es que se veía que ya había soltado mucha de la rabia contenida y eso la hacía relajarse más, a pesar de esa inseguridad que ahora yo le daba, esa que esperaba hacer desaparecer en esos días que nos quedaban por delante.

Estuvimos un rato en la playa después del desayuno y nos dimos un baño mientras ella no dejaba de decir que le encantaba esa sensación de bañarse en el mar y no sentir frío. Era lo que tenía el mar Caribe, te podías bañar sin esa sensación que tanto cuesta en un principio al adentrarte, pues aquí no, aquí te adentrabas y la notabas a la temperatura de tu cuerpo.

Después nos fuimos a uno de los bares que había dentro de la piscina, eso de ella sentarse sobre el agua mientras tomaba algo, como que le gustaba. Me dio su móvil para hacerle unas fotos y las subió al grupo.

La música animaba esa mañana que tenía un sol espectacular, pero ahí en ese rincón de la barra acuática, se estaba de lujo. Ella miraba a todos lados mientras cantaba esas canciones que sonaban, en ese rincón todo era latino, en otras barras acuáticas, el Reggae era lo que predominaba como en todo el resort.

—Me encanta esta canción —decía, mientras la tarareaba y se reía, una risa rara, de esas por nada, pero me hacía muchas gracias.

—Y a mí verte más relajada.

—Me pasa algo contigo...

—A ver, cuéntame.

—Es como que, al ser médico, es como si me estuvieras analizando lo que tomo, como, me fumo —se echó a reír.

—Pero si me estoy tomando lo mismo que tú y como igual —sonreí negando.

—A ver, no sé si me explico...

—Sí, te explicas, pero tranquila, por ahora fuera del hospital no me has dado ningún susto —arqueé la ceja.

—Pues tengo que confesarte algo...

—A ver, suelta, prometo ser bueno.

—Ahora cuando fui al baño y he tardado... —se echó a reír y no sabía por dónde me iba a salir.

—Dime.

—Te vas a enfadar, pero me da igual —echó otra carcajada.

—A ver, suelta, prometo entenderte.

—Me he fumado un porro —murmuró en mi oído.

—¿De dónde lo has sacado? —Me entró de todo por el cuerpo, pero quise mantener la calma.

—Había dos españolas fumándose uno de hierba de aquí que le habían comprado a un trabajador del hotel y cuando pasé dije que olía bien, me ofrecieron uno y me lo fumé con ellas —soltó otra carcajada—. Estamos en Jamaica —se encogió de hombros.

—Vale, no pasa nada, pero, ¿estás bien?

—Muerta de risa, ¿no me ves? —no dejaba de reír—. Una cosa, tengo unas ganas de dulces...

—Eso era un síntoma de ello, el azúcar por los suelos y había que darle algo.

—Vale, no te muevas de aquí, ¿prometido?

—Te lo juro por mi vida —eso sí que me daba miedo escuchar, sobre todo, por su vida.

—Ahora vengo.

Salí de la piscina y me fui al buffet, a la zona de postres, cogí un Brownie y luego le puse una bola de helado al lado, también había una parte de chuches para los niños y cogí unas gomitas.

Antes de irme le hice un gesto al camarero de que la echase un ojo y me sonrió, me daba miedo que se cayera o algo, aunque estábamos solo en esa barra, así que se habría dado cuenta.

Me fui con el plato hacia donde estaba ella en la barra de la piscina y se lo puse delante.

—Muero de gusto —dijo mirándolo y comiéndolo, como si no hubiera un mañana.

Yo lo único que pensé es que menos mal que no la llevé a Colombia, no querría ni pensar lo que hubiera hecho allí.

Se comió todo en un abrir y cerrar de ojos, el chico le retiró el plato riendo por lo limpio que lo había dejado, yo solo esperaba que se le pasara ese efecto y no le diera una bajada de tensión.

—Noto que todo está ralentizado.

—Pues no sería comiendo —reí.

—En serio, noto todo muy lento —soltó una carcajada y ahora no era capaz de pararla.

Me tenía que reír, no me quedaba otra, además no le iba a cortar el punto, la prefería riendo a no queriéndome ni hablar ¿Quién le habría mandado a fumar nada?

—Vamos a la habitación un rato, allí con el aire acondicionado seguro que te sentirás mejor.

—¿Mejor que ahora? —lloraba de la risa y se daba palmadas en su pierna al son de la carcajada—. Eso es imposible, vamos antes de que se me pase el efecto y me vaya a buscar otro.

—No, por favor —le pedí con una media sonrisa, pero de súplica.

—No tienes derecho sobre mí, dejaste de tenerlo el día que te enteraste de que fui puta y me dejaste, digo que fui porque no hice más nada después del accidente, pero vamos, que me dejaste por puta, reputa —dijo, riéndose y yo solo di gracias al universo de que el camarero no hablaba español.

—No eres ninguna puta —murmuré con gesto medio enfadado.

—Tú eres médico porque ejerces la medicina y yo fui puta porque ejercí la prostitución, no es mi problema que no lo quieras asimilar, ni me importa —madre mía cómo le había sentado aquel cigarro jamaicano, menos mal que al menos se reía.

—Bueno, ¿vamos a comer?

—Sí, que quiero arrasar con todo el buffet, que lo que me trajiste ya está en el tobillo.

—A ver si te va a dar un dolor de barriga, no te pases.

—Voy a hacer lo que me dé la gana —me sacó la lengua en plan burla y cogió su bolsa y salimos de la piscina.

Fuimos al buffet y juro por mi vida que jamás vi comer a nadie como lo hacía ella: patatas fritas, huevos, carne, langostinos, más dulces, helados y dos horas en aquella silla pidiéndole, por favor, que parara. Era como hablarle a la pared, me sacaba el dedo y se iba a coger más.

—Ahora nos vamos a la habitación a descansar —dijo, levantándose y cogiendo la bolsa—. Creo que me duele un poco la barriga.

—Pues no entiendo por qué —murmuré, con una ironía que ella pilló y se echó a reír.

—Tampoco fue para tanto... —sonrió, también con ironía.

—Por supuesto que no, yo creo que ahora en una hora haces hueco y puedes volver a comer otro poquito más —tenía claro que, a partir de ahora, le iba a seguir el rollo en todo.

—No llego hasta la habitación, esto no es más grande porque sería ya un abuso, pero me muero —levantó la mano y paró a un empleado que iba con un carrito de toallas y le pidió que nos llevara, me tuve que montar, no la iba a dejar sola para que se cayera o algo, pues aquello no tenía puerta.

—Gracias —me despedí del chico mientras la ayudaba a bajar.

—Escuche usted —dijo ella, girándose y dirigiéndose al chico—. Sobre las nueve iré a cenar, por si nos quiere recoger.

—Gracias —repetí, como diciendo que no le hiciera caso y se fuera.

—Julián, llévame en brazos —la miré y estaba pálida.

—Ahora mismo —la cogí rezando porque no se viniera abajo.

La eché sobre la cama y le di una botellita de agua de la nevera para que se hidratara, ya fue cogiendo mejor color, pero me tenía con los huevos de corbata, nunca mejor dicho.

¿Cómo se me ocurrió traerla a un lugar así? La miraba y no podía dejar de hacerlo, no por ser médico se está menos nervioso ante estas cosas, cuando hay cosas que unen la situación se vuelve un poco inquietante.

Fue cogiendo mejor color y se echó a dormir, era para verme, con disimulo le cogía el pulso y la tocaba para ver su temperatura corporal. Me pasé una hora en vilo hasta que la vi dormida plácidamente. Intenté dormir un poco, pero me desvelaba inquieto.

Cuando se levantó le dolía la barriga así que fui a por una manzanilla y yo me pillé un sándwich, ella no podía comer nada, ni ganas tenía, además no debía.

Estuvo en la cama reposando de forma relajada y yo me puse a leer un libro mientras la vigilaba, un rato después volvió a quedarse dormida, yo vi una película antes de dormir, quería asegurarme de que no se despertaba y que iba a mejor.

Capítulo 19



La sentí ir a la terraza y me levanté de seguida, sonrió, volteando los ojos al verme.

—No vuelvo a comer de esa manera.

—Buenos días —sonreí, mirándola y negando.

—Dime que no estás enfadado... —Puso cara de niña buena.

—Claro que no —sonreí—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, como si nada hubiera pasado, pero ayer fue duro, tuve unas sensaciones extrañas y no te quise decir nada, pero yo te veía azul.

—Eso, encima yo era el pitufo.

—¿Vamos a tomar un café?

—Claro.

Salimos de la habitación y estaba amaneciendo, no eran ni las siete de la mañana, era una sensación perfecta andar por allí a esas horas.

Ruth estaba simpática, como ella era, parecía que esa rabia que echó el día anterior con aquellos reproches, le vino bien y yo me alegraba. Me partía en dos verla sufrir y no poder hacer nada por consolarla, la amaba con toda mi alma y solo me sentía bien cuando la veía sonreír.

Tomamos el café en la playa, mirando al agua, en ese precioso silencio que era interrumpido por el ruido del mar que se escucha perfecto y eso que era en calma, pero se escucha esa orilla y daba una bonita sensación.

—¿Te imaginas que hubiéramos venido a este viaje cuando éramos felices? —preguntó como la que no quiere la cosa, pero a mí me dejó sin saber que contestar.

—¿Y quién dice que no podamos volver a serlo?

—Ni muerta, puedo desearte con toda mi alma, pero no volveré a estar contigo como antes —dijo con un tono de humor que me hacía dudar si lo decía en serio o no.

—Eso nunca se sabe...

—Yo sí lo sé —se quitó la camiseta y se adentró en el agua para darse un baño.

Me quedé mirándola desde dónde estaba sentado, era preciosa, era la mujer más perfecta que había visto en mi vida, de cuerpo y de corazón, de eso no me cabía la menor duda.

Desayunamos y fuimos a coger las cosas a la habitación, ese día nos íbamos en taxi a recorrer algunas zonas de la isla, le tenía varias sorpresas preparadas que ya tenía vistas.

Lo primero que hicimos es ir a unas cataratas preciosas que desembocaban en el mar, disfruté allí de un baño en el que se hizo mil fotos, ya comenzaba a pedirme que me pusiera con ella y eso me gustaba, en más de una ocasión se echó en mi hombro mientras caminábamos y yo le echaba el brazo por el suyo, no me rechazaba y eso era un paso muy grande para mí.

Luego fuimos al mausoleo de Bob Marley, allí alucinó en colores, nada más entrar te obsequiaban con un té de Marihuana. La miré advirtiéndole que no y me puso cara de, por favor,

la cogí en brazos y seguimos hacia dentro, no se lo iba a permitir, al menos iba a intentarlo, pero no quería que volviera a pasarlo mal como el día anterior.

Fue emocionante ver la tumba mientras un jamaicano, amigo de la familia de Bob y de este hasta que murió, cantaba canciones de él, a capela. Fue muy emocionante y un momento de esos que sabes que se te van a quedar grabados para siempre.

El taxista sonrió al vernos, veía en nuestras caras que habíamos disfrutado de esa visita de Nine Milles, que era ese lugar.

De allí fuimos a comer a un restaurante en una cascada, el chofer la verdad es que acertó con esa recomendación y estaba Ruth tan emocionada ese día, que todo merecía la pena.

Regresamos al hotel a las nueve de la noche después de llevarnos incluso al mercado de Negril, un lugar lleno de esencia jamaicana y de objetos artesanales que eran unas verdaderas obras de arte. Compré dos caretas de madera talladas con unas caras de personas jamaicanas, una para ella y otra para mí.

Cenamos en el hotel antes de subir a la habitación, ella estaba que se caía de sueño, los días eran muy largos por la hora que nos levantábamos, pero el día había estado de lo más aprovechado.

Se quedó dormida nada más ducharse y tumbarse en la cama. Lo más gracioso fue, que se echó en mi hombro y me pidió que le tocara el pelo.

Me la hubiera comido a besos, la habría estado besando toda la noche, pero no, quería ir a su ritmo y, poco a poco. Si tenía que ser para mí, lo sería, pero no quería obligarla a nada, como me dijo, quería pasar unos días bonitos, quizás por eso tenía esos gestos conmigo, pero su corazón, tal vez, estaba completamente cerrado y es que lo había pasado verdaderamente mal.

Por la mañana estaba tirada encima de mí, literal, encima y abrazada a mi cuello, me daba hasta cosa moverme.

—Buenos días, Julián...

—Buenos días, preciosa.

—Creo que has cargado conmigo toda la noche.

—Entonces fue una buena noche.

—No te me pongas tontorrón que lo tienes crudo —me dio un beso en la mejilla y se levantó riendo.

Nos fuimos a tomar café a la playa donde estuvimos un buen rato y luego a desayunar al buffet, ese día estaba de lo más graciosa y no paraba de decirme que se iba a ligar a un jamaicano.

—No te lo voy a permitir.

—Ni que fueras mi padre —reía.

—No, no soy tu padre, pero tú tampoco deseas hacer eso.

—Oye que una alegría para el cuerpo no me vendría mal —me hizo un guiño.

—Pues si la quieres, solo lo tienes que pedir.

—Tus ganas —soltó una carcajada.

—No seas mala...

—¿Yo mala? Un angelito.

—Pues a ver, angelito. ¿Hotel o turismo? —pregunté por lo que le apetecía hacer ese día.

—Hotel, hotel...

—No te dejaré ir sola al servicio —carraspeé, recordándole el episodio del cigarrillo.

—Qué pasa, ¿qué quieres probarlo tú también?

—No, no, pero me tengo que asegurar de que no lo vuelvas a hacer.

—No eres mi padre...

—Ni tú mi hija —sonreí mirando lo bonita que estaba.

Ese día lo pasamos en la piscina, literal, el chico de la barra acuática ya era amigo nuestro y aunque con Ruth no se enteraba de nada, yo hacía de traductor y se partía de la risa.

No fuimos a la habitación en todo el día, lo pasamos genial bromeando y desafiándonos con miradas que me hacían presagiar que en cualquier momento ella lo iba a hacer, algo me decía que me iba a besar y yo lo esperaba con todas las ganas del mundo. Deseaba que llegara ese momento en el que, de nuevo, todo volviera a ser como antes.

Esa noche se echó sobre mi hombro y comencé a acariciarle el pelo, me dio un beso en el cuello mientras me daba las buenas noches y me susurraba que me estaba cogiendo hasta cariño, eso me sacó una sonrisa y la abracé con fuerza. Sí, me arriesgué a hacerlo y ella respondió a ese abrazo.

—En estos momentos te besaría, pero sé qué si lo hago, de nuevo habrás ganado.

—No eres un juego para mí.

—Pues, bien que jugaste a la oca, ahí te quedas porque te toca —se rio—. Algo así hiciste.

—Bueno, dejemos eso atrás, ¿vale?

—Ya veré —apagó la luz, me dio un beso en los labios y se giró.

Yo me pegué a ella sin pensarlo y la rodeé con mi brazo, necesitaba sentirla, aquel beso me había dejado con una sonrisa que salía de lo más profundo de mi ser...

Capítulo 20



—Julián, despierta que me quiero ir a tomar un café —me daba cachetadas en la cara.

—Te lo has buscado —la cogí por la cintura y la subí encima de mí.

—Creo que estoy notando... —apreté los dientes.

—Dame un beso.

—Ni de coña, te lo di ayer y es porque aún tenía los efectos de todo lo que me bebí y fumé desde que llegué.

—Dame el beso...

—No y no me mires con ese tono amenazador, que como me hagas cosquillas, te hago una mega putada.

—Cinco, cuatro, tres —se reía nerviosa, intentando deshacerse de mis brazos—, dos... —Y me besó, rápidamente, pero me besó.

—A sido por tu culpa, pero yo no te lo pensaba dar.

—Eso no fue un beso de verdad —arqueé la ceja y le apreté la nalga.

Fue acercando su cara lentamente y me besó, nos besamos, nos dejamos llevar por eso que sabía que no podía haber muerto entre nosotros, nos deshicimos de la ropa y nos entregamos en cuerpo y alma. Aquello no fue sexo, era mucho más que eso, era tocarnos el corazón y expresar corporalmente nuestros sentimientos, era el modo de resurgir de aquello que quedó truncado.

—Me volviste a engañar...

—No —sonreí, abrazándola bien fuerte tras hacerlo.

—¿Qué has sentido sabiendo que te acostabas con una puta?

—Que no era una puta cualquiera, era mi puta —le hice un guiño y soltó una carcajada—. Bueno, fuera de bromas, dime que me has perdonado un poquito —la miré haciendo un puchero.

—Ah no, ni perdón ni leches, solo que una no es de piedra y tenía que desahogarse y eres el único que tenía a mano —se despegó de mí, mordisqueándose el labio y se fue para vestirse.

Me podía decir lo que quisiera, pero su mirada y esa preciosa sonrisa me dejaba entrever de que no, no lo había hecho por lo que decía, lo había hecho porque sentía como yo, porque a pesar de hacerme ver lo contrario, yo sabía que esa chica palpitaba por y para mí, de la misma forma que yo lo hacía por ella.

Nos fuimos a tomar ese primer café viendo el amanecer en la playa, sonrientes, intentando dejar atrás todo aquello que nos llevó hasta aquí y disfrutando de lo que teníamos ante nosotros.

Estaba sentado detrás de ella, la tenía entre mis piernas y con mi cabeza sobre su hombro, no podía sentir mejor sensación que esa.

—¿No te da la sensación de estar en una vida paralela viviendo algo que necesitabas en tu vida?

—Claro, viajar transporta.

—Reconozco que esta isla me sorprendió mucho, una cultura muy diferente a la nuestra, es todo tan distinto e igual a la vez.

—Sí, entiendo lo que quieres decir —me salió una sonrisa y es que la entendía de verdad, era una mezcla de sensaciones, en este primer largo viaje que era para ella.

Yo esperaba que este viaje fuera el comienzo de algo que perdurara en el tiempo, de algo que nos uniera en una vida que nos llevara por un camino donde nuestras manos se entrelazaran y nuestros corazones se hicieran uno. Eso es lo que yo esperaba, lo que deseaba, lo que de verdad necesitaba.

Fueron unos días preciosos los que tuvimos en Jamaica, a partir de ese momento, ella se dejó llevar por esos sentimientos que nos unían y que eran tan fuertes como indestructibles, a pesar de todo, pero algo había en nosotros que sabíamos que hubo un punto y aparte, donde quedaba atrás cualquier cosa que no fuera fruto del amor que nos teníamos el uno hacia el otro.

Cada mañana íbamos a tomar ese primer café a la playa, donde nos quedábamos mirando el mar y todo ese espectáculo de color que nos regalaba el universo. Era una maravilla ese cielo transformándose en un nuevo amanecer, a veces nos dejaba sin palabras, simplemente nos transportaba, nos envolvía y nos atrapaba.

Luego estaban esos días que pasábamos por el hotel donde nos reímos como si no hubiera un mañana. El chico de la barra de la piscina era vernos y echarse a reír, y es que, aunque no entendiera a Ruth, sabía que ella tenía una chispa especial.

Otros días nos dedicamos a recorrer la isla y esos rincones tan maravillosos que tenía, al igual que conocimos Kingston y la casa en la que vivió Bob antes de morir.

A ella le encantaban esas comidas picantes, las disfrutaba, para mí eran demasiado fuertes, aunque las probara.

Volvieron todos esos momentos de complicidad entre nosotros, momentos en los que nuestros cuerpos daban paso a la pasión, a esos deseos contenidos que resurgían continuamente a lo largo de los días.

Llegó la hora de irnos de Jamaica y ella tenía una pena que no podía con su cuerpo, se le notaba la tristeza y las pocas ganas de volver, pero no tenía ni idea que el viaje no había acabado aún, que faltaba el plato fuerte, ese que la haría resurgir como el Ave Fénix y es que yo ya lo tenía todo preparado.

Vinieron a la habitación por nuestras maletas para llevarlas hasta el coche que nos esperaba para trasladarnos al aeropuerto, ella me miró poniendo cara de tristeza y yo le hice un guiño.

—No me hagas un guiño, que parece que estás feliz por irnos —se cruzó de brazos.

—Te hago un guiño porque quizás la vida te tiene preparado algo mucho mejor que esto.

—No, mejor que estar aquí, no —se rio negando y muy triste.

El camino hacia el aeropuerto iba mirando por la ventanilla y resoplando, yo aguantaba la risa y cuando me miraba hacia un gesto de tristeza y ella me ponía cara de puchero.

Cuando nos bajamos del coche y nos dieron las maletas, se encendió un cigarrillo.

—Quiero disfrutar de mis últimos momentos en el Caribe —dijo con tristeza, sin saber que ahora comenzaban otras vacaciones de las que estaba seguro, iban a ser mucho más impresionantes que estas.

—Tranquila, fúmatelo tranquila. Bueno, no estés triste, que seguro que podremos volver al Caribe alguna vez.

—No, seguro que no, estas cosas solo pasan una vez en la vida.

—Pero tú siempre me dijiste que querías ir a Cuba, a conocer a las chicas cubanas de La Tribu.

—Sí, pero sé que es una ilusión y no la cumpliré.

—Se dice, es un sueño —me reí y ella negó, dando una calada—. Los sueños están para cumplirlos.

—Pues me tendré que buscar un novio con dinero —me miró, sonriendo.

—Pensé que ya tenías novio...

—No, novio será el día que me lleve a Cuba —me hizo una burla.

—¿Segura?

—Completamente segura.

—Entonces, si un día decido que nos vayamos de viaje a Cuba, ¿seremos novios en ese momento?

—Sí, cuando esté con las maletas facturando y asegurándome de que cojo ese vuelo, ese día estaré comprometida contigo o con quien me lleve —se rio.

—No permitiré que nadie corra esa suerte.

—Pues espabila, porque yo no me lio con nadie más de tres meses seguidos —se encogió de hombros.

—Anda, vamos para adentro —cogí las dos maletas y fuimos para facturar.

Su cara se quedó a cuadros cuando vio que me acercaba al mostrador que ponía “La Habana”.

—Los pasaportes de mi prometida y mío —le dije a la azafata.

—Esto es una broma, ¿verdad?

—Ninguna broma —dije cogiendo las tarjetas y cogiéndole la mano para dirigirnos a embarque...

Capítulo 21



Lloraba de la emoción al saber que íbamos para Cuba, estaba como una niña pequeña el Día de Reyes. Todo el trayecto me estuvo dando las gracias y me prometía que iba a ser la novia más buena del mundo, todo eso con su desparpajo y es que era de lo más adorable.

Me pasé un vuelo de lo más feliz viendo la emoción en sus ojos, esos que tenían un brillo especial, esos que me cautivaron para siempre.

Ella decía que le iba a escribir a las niñas al día siguiente para verlas, lo que no sabía es que estarían esa tarde esperándola en la Plaza de la catedral.

Aterrizamos en La Habana y solo le faltó besar el suelo cuando salimos de la terminal.

—¿De verdad es cierto esto? —preguntaba, encendiéndose otro cigarrillo.

—Claro que lo es, todo por ser tu prometido —carraspeé.

—Eso es trampa, esto lo tenías previsto desde que salimos de España.

—Bueno, suerte la mía, pero ya te tomo la palabra.

—Esto me parece tan diferente estando tan cerca de Jamaica...

—Es el polo opuesto, aquí predomina por todos los rincones la salsa, el carácter es diferente, el idioma es el nuestro. Todo es diferente, la arquitectura, los lugares...

—Estoy flipando en colores, chaval, flipando en colores... —dijo, haciendo un gesto para ir a montarnos en uno de los tantos taxis que había.

Miraba por la ventanilla y sonreía, sacaba la cabeza mirándolo todo, cuando íbamos entrando en la ciudad hasta se le saltaron las lágrimas, me apretó la mano y sonrió, era una forma de darme las gracias por ese momento que estaba viviendo.

Llegamos a un hotel de los muchos que había en el Malecón, cerca de la parte vieja de la ciudad.

Nos dieron la habitación y al entrar lo primero que hizo fue abrir las ventanas y mirar hacia ese Malecón, como me decía que había leído tantas veces en los libros de Ariadna Baker, una de las autoras de La Tribu.

—Ahora la entiendo, ahora comprendo el amor que transmite en esas novelas, su amor hacia este lugar y, como bien dice ella, que una vez que vienes, una parte de ti se queda aquí.

—Pero si aún no nos hemos echado a la calle —sonreí, agarrándola por detrás y abrazándola.

—Fue poner un pie en el aeropuerto y sentirlo, esto se palpa y no quiero ni pensar cuando pise esos lugares que describía.

—Pues vamos a ello —sonreí, besando su cuello.

Salimos a pasear y ella, seguía viviendo ese momento en el que la veía totalmente conectada a ese lugar donde todo le fascinaba y le sacaba una sonrisa.

Nos fuimos a comer a un restaurante de La Plaza Vieja, Ruth se levantó a bailar al ritmo de unos músicos que amenizaban ese lugar. Uno de los músicos la cogió y comenzó a bailar con ella

salsa, la grabé con el móvil y le tiré fotos, era un momento único de esos que daban alegría vivir y ver como ella estaba disfrutando desconectada de todo.

Se sentó emocionada por ver ese video y fotos que le había hecho, sonreía viendo ese momento que había quedado grabado para siempre.

—Muero por este sitio y aquí cerca está La bodeguita del Medio.

—Ahora vamos a tomarnos el que dicen que es el mejor mojito del mundo.

—¡Sí! —Levantó las manos emocionada.

Y eso hicimos, tras la comida nos fuimos a ese lugar tan emblemático de Cuba, al entrar sonaba la canción “Lágrimas negras”.

Nos tomamos ese mojito charlando con el chico de la barra, le recordaba tanto a momentos del libro de Ariadna, que no dejaba de decírmelo, estaba plétórica, estaba viviendo uno de sus mejores momentos.

De allí nos fuimos a la Plaza de la Catedral, donde ya nos esperaban las chicas, cuando ella llegó y vio ese cartel dándole la bienvenida, y comprobó de quienes se trataba, casi se me cae en redondo al suelo.

Estaban todas, hasta sus dos mejores amigas, Zulema y Claudia, esas que también salían en las novelas de Ariadna y que eran de ese grupo de lectura que conectaba a personas de todo el mundo.

Pasamos toda la tarde con las chicas, cenamos con ellas y nos dieron las tantas tomando copas en el Malecón, allí cantaron, bailaron, se rieron y se emocionaron al recordar tantos momentos vividos en aquel grupo.

Quedamos en volvernos a ver otro día antes de regresar, ahora nos tocaba disfrutar de esta isla donde quería llevarla a conocer muchos lugares que tenían mucho que ver con la historia de Cuba y con lo que atraía de aquel rincón tan especial del Caribe.

Esa noche lo hicimos con una gran sonrisa de oreja a oreja, y es que sus emociones eran las mías y ver cómo había disfrutado ese día, no tenía precio.

Por la mañana desayunamos en el hotel bien temprano y luego nos fuimos a las playas de las afuera de la ciudad, queríamos pasar el día fuera de todo lo turístico y vivir un día de playa a lo cubano y eso hicimos, irnos a donde ellos iban y disfrutar de esos cocos que nos iban vendiendo los chicos que pasaban con sus carritos.

Ruth estaba resplandeciente, fuera de aquella tristeza y desolación en la que se vio sumergida por mi culpa, algo que sabía que jamás me iba a perdonar, pero iba a conseguir que ahora fuera feliz cada día de su vida.

Al día siguiente fuimos a conocer la Plaza de la Revolución, Miramar y el emblemático y reconocido Cementerio de Colón, ese que era un museo al aire libre y que cada lapida tenía algo especial. Ahí te encontrabas un mundo diferente, un lugar donde las almas descansaban transmitiendo historia. La verdad es que aquello dejaba sin palabras, como el resto de todo lo que se iba palpando en La Habana, cada rincón tenía algo...

Esos primeros días fueron todo un descubrimiento, cada día tenías más ganas de salir a la ciudad cuando te levantabas y seguir conociendo más y más.

Aquellos días eran tan bonitos junto a ella, que todo brillaba con más intensidad; esos besos, abrazos, miradas, gestos...

Esas noches en el Malecón, charlando mientras tomábamos una copa de las botellas que comprábamos. Era una maravilla poder vivirlo mientras muchos cubanos cantaban, charlaban, reían, nos hablaban, eran tan especiales esas noches, que nos hacía ir a repetir al día siguiente.

El cuarto día quedamos con Zulema y Claudia, la verdad es que echamos un día con ellas impresionante y nos llevaron a lugares de esos que el turista no sabría llegar ni conocer, si no fuera de la mano de alguien de allí como eran ellas, cubanas hasta la medula.

Ruth ese día disfrutó mucho, ya que tenía mucha complicidad con esas chicas y es que lo que no unía ese grupo, no lo hacía nada, era algo espectacular esa conexión y complicidad que tenían.

Esa noche al llegar a la habitación puso cara de puchero y me abrazó.

—Quedan solo tres días para irnos y quiero detener el tiempo.

—Quedan tres días para la cuenta atrás de lo que será otro viaje en otra época, me encantaría recorrer el mundo de tu mano.

—Pues como me dejes en tierra por irte con otra, me engancho a tu cuello y no hay Dios que me suelte.

—Eso no podría ser, no quiero otra mano que no sea la tuya.

—¡Al final me enamoras! —bromeó, saltando sobre mí para que la cogiera.

¿Enamorar? Eso que sentía por mí era amor, por mucho que bromeara...

Capítulo 22



Y aunque tú, me has echado en el abandono...

Cantaba una mujer en la plaza de La Catedral, mientras bebíamos un mojito.

—Muero, de verdad que muero mañana cuando nos tengamos que ir de aquí.

—Bueno, pero te llevarás en el corazón un gran viaje que te hará ver la vida de manera diferente.

—Y a ti —murmuró, con esa sonrisa tímida que le salió del corazón.

—Espero que sea para bien.

—No lo dudes — agarró mi mano, se la llevó hasta sus labios y la besó—. Te doy las gracias porque no solo me hiciste revivir, sino que me has enseñado que hay personas luchando más que yo. Entre Jamaica y Cuba, me llevo una lección muy grande, no es más rico el que más tiene, sino quien es capaz de serlo con lo que posee.

—Me gusta que te quedes con eso.

—Claro, como a ti no te falta de nada —se echó a reír y es que así era ella, cambiaba de lo que le salía del corazón a lo que se le ocurría en aquella maravillosa y divertida mente.

—Ni a ti te faltará mientras yo viva —le hice un guiño.

—Uy que intenso estás, Julián —se puso la mano en la frente y, seguidamente, a moverse a ritmo de aquel montón de estrellas que sonaba del cantante ya desaparecido Polo Montañez.

De allí nos fuimos a pasear por las calles de La Habana vieja, que estaba llena de gente, turistas de todo el mundo dejándose enamorar de aquello que teníamos ante nuestros ojos, esa ciudad colonial que era imponente, la miraras por donde la miraras. Se sentían un montón de sensaciones de esas que te ibas aguardando para quedártelas en un rincón de tu corazón.

Ruth estaba resoplando a cada momento, y es que no quería que se acabara ese día, el que sería el último en aquella isla y es que daban ganas de quedarse más, pero ya era hora de finalizar un viaje de dos semanas en que no solo nos había unido más, se había afianzado y confirmado esos sentimientos que teníamos el uno hacia el otro.

Paseamos todo el día, tomamos mojitos, comimos en lugares nuevos y disfrutamos del final de aquella aventura, donde todo había salido a pedir de boca.

Por la noche fuimos al Malecón donde nos estaban esperando Claudia y Zulema, queríamos despedirnos de ellas y pasar ese último momento del día junto a esas dos chicas que tenían un encanto especial, se las veían buenas personas y ya hasta yo les había cogido cariño.

Nos acompañaron hasta el hotel donde nos despedimos con un abrazo bien fuerte y prometiendo que algún día volveríamos aquí y la visitaríamos.

—Házmelo por última vez en Cuba —dijo, tirándose desnuda en la cama, cuando salió de la

ducha.

—Qué pasa, ¿que mañana por la mañana cerrarás las puertas? —pregunté, poniéndome encima de ella.

—No lo sé, pero lo que sí sé, es que es la última noche.

—Pero no el último amanecer —le mordisqueé el labio.

Eso me llevó a que tras ese momento pasional hubo otro más tal como nos despertamos, y es que tenerla pegada a mí, era inevitable no encenderme.

Bajamos a desayunar a la terraza del hotel, ella no dejaba de poner pucheros y a mí me daban ganas de hacer una locura y quedarnos una semana más, pero iba a ser todo muy precipitado y también tenía ganas de llegar a España y comenzar a vivir esa relación de otra manera. Me sentía con todo bien afianzado y con los cimientos de nuestra unión bien fuertes.

Dimos un paseo por la ciudad esa última mañana y es que hasta por la tarde no nos llevaban al aeropuerto, el vuelo era nocturno así que la llevé de nuevo a la Bodeguita del Medio, a tomar otro mojito.

Fuimos al mercado artesanal y compramos un montón de cosas, ya lo habíamos hecho antes, pero es que todo nos gustaba, las decoraciones en madera, cuadros pintados a mano, era todo, así que nos llenamos de bolsas y recuerdos que nos harían sonreír cuando los viéramos en nuestra casa y es que yo pensaba tener una vida en común con ella, lo tenía claro, estábamos a un paso de ello y lo íbamos a lograr.

Cuando íbamos hacia el aeropuerto, vi cómo lloriqueaba en aquel coche que nos llevaba, yo le sujetaba la mano y se la besaba, sabía que era emoción y tristeza por irse, pero a la vez alegría por haber conocido aquel lugar con el que tantas veces había soñado.

Facturamos las maletas y entramos a la zona de embarque, sonreía y se ponía triste a partes iguales, como una niña pequeña feliz y con nostalgia. Me encantaban esos cambios que tenía, era adorable.

Nos montamos en el avión y cuando despegó decía que le daban ganas de tirarse por la ventanilla y regresar a la isla, yo me reía de escucharla, además, se montaba unos monólogos de los más buenos.

Un rato después, nos dieron de cenar y apagaron la luz del avión, era de noche y comenzábamos un vuelo nocturno que nos llevaría de regreso a nuestra vida, esa que ahora iba a cambiar por completo.

Antes de quedar dormido se me pasó por la cabeza todo, desde esa primera vez que entró por las puertas de urgencias, hasta ese fin de semana, ese día en el que fui a pedirle explicaciones que me llevaron a actuar sin razón, y esa otra llegada a urgencias de la forma más dolorosa que la podía recibir, saber que se había intentado quitar la vida...

Luego este viaje, cada día, cada momento que compartí con ella, ese principio que no me lo puso fácil y que me lo tenía merecido, ese primer beso que me dio y me hizo abrazarla durante toda la noche.

Los días en Jamaica que fueron divertidos, los días en esta isla en la que disfrutamos con el corazón, ese que se llenaba de todos esos momentos que pasamos perdidos por la ciudad y disfrutando de ella.

Me la llevaba conmigo para mi casa, lo tenía claro, quería seguir estando a su lado y es que las vacaciones no podían terminar aquí, tenían que durar el resto de nuestras vidas.

Capítulo 23



Me desperté y la observé. Estaba tan bonita dormida, que incluso así me sacaba la sonrisa.

Solo de pensar que la podía haber perdido para siempre, por haberme comportado tan mal con ella como lo hice, me mataba.

Pero esos días juntos me habían servido para volver a conquistarla, ganarme, poco a poco, su corazón y no perderla de nuevo.

Empezó a moverse entre mis brazos, se acurrucó un poco más en mi pecho y la abracé con fuerza.

Sí, me aferraría a ella cada día de mi vida para que no se marchara de mi lado, y me aseguraría de hacerla feliz. Quería verla sonreír siempre de la misma forma que lo había hecho en ese viaje que hicimos, donde la sorprendí conociendo a esas chicas de La Tribu, que estaban al otro lado del charco.

Le acaricié el pelo cuando noté que volvía a moverse y, al fin se despertó.

—Buenos días, dormilona —le besé la frente.

—Buenos días.

—Vamos a darnos una ducha y a desayunar.

—Sí, por favor, que tengo un hambre...

Solté una carcajada al verla frotarse la barriga, es que era tremenda.

En la ducha caímos en la tentación, y es que cuando estábamos juntos era imposible no hacerlo.

La llevé al límite con caricias, besos y esos toques en los puntos que ya me conocía bien, para hacerla gemir de placer.

Se lo hice como sabía que le gustaba, con esa mezcla de amor y pasión que me hacía sentir por ella.

Nos vestimos y fuimos a la cocina para preparar el desayuno.

Y sí que tenía hambre mi niña, sí, porque sacó de todo lo que encontró.

Fruta, jamón, tomate, pan, mantequilla, bollos...

—¿Quieres otra tostada? —pregunté, cuando se acabó la tercera.

—No, ya estoy llena.

—Me sorprendería que no lo estuvieras, con todo lo que has comido.

—Tenía hambre, hijo, que a mí el que me des lo mío y lo de la vecina, me da hambre.

—Pues, teniendo en cuenta que la vecina es mi hermana... —Arqueé la ceja.

Y, como si mi querida hermana pequeña supiera que la acababa de mencionar, empezó a sonar mi teléfono.

—Buenos días, señora psicóloga —dije al descolgar.

—Señorita psicóloga, por favor, que sigo soltera.

—Joder, cómo nos hemos levantado de tiquismiquis hoy, ¿no?

—Oye, tú, que me tienes contenta. A ver, ¿cuándo vuelves de tu luna de miel, hijo?

—Judith, no me fui de luna de miel —reí, y en cuanto Ruth me escuchó decir aquello, me miró con los ojos muy abiertos.

—Casi, porque me da a mí que te has puesto las botas, como el gato, mojando el churrín con tu chica.

—No voy a hablar de eso contigo, señorita psicóloga.

—Vale, quien calla otorga. En fin. ¿Me vas a decir cuándo vuelves?

—Te invito a comer en mi casa.

—Espera, ¿ya estás aquí?

—Regresamos ayer.

—Yo te mato. Y ni siquiera me has invitado a desayunar. Tener hermano para esto...

—No estoy solo —sonreí.

—Oh.

—Sí, oh. Bueno, que te espero en casa para comer, ¿vale, petarda?

—Huy, lo que me ha dicho. Mira que no voy.

—Pues te pierdes la paella.

—A la mierda mi ensalada César. Mucho mejor tu paella.

—Luego te vemos.

—¿Te vemos? ¿Me vas a presentar a mi cuñada? —le notaba la sonrisa en el tono de voz.

—Ajá, y a mamá. Voy a llamarla ahora.

La cara de Ruth pasó de la sorpresa al miedo en cuestión de segundos, pero es que quería que las dos mujeres más importantes de mi vida, conocieran a la mujer de la que me había enamorado como nunca antes.

—Venga, pues llevo un vinito y unos pasteles.

—Y pan, ya que te pones.

—Joder, cómo pide el hermano mayor. Anda, luego te veo. Te quiero, petardo.

—Y yo, petarda.

Colgué y ni tiempo le di a Ruth a decirme nada, cuando ya estaba llamando a mi madre para invitarla a comer.

—Me muero de vergüenza, de verdad te lo digo —Ruth, se tapó la cara con ambas manos y me acerqué a ella.

—Vergüenza, ¿por qué, preciosa?

—Porque le vas a presentar a tu familia, una exprostituta. ¿Cómo crees que se lo van a tomar?

—A ver, partiendo de la base de que mi hermana ya lo sabe, que me soportó esa semana desde que te dejé de aquella manera, y que a mi madre sé que le vas a encantar y que no le importará lo más mínimo tu pasado —me coloqué entre sus piernas y la abracé—, repito, ¿por qué vas a tener vergüenza?

—Pues porque quiero caerles bien.

—Y lo harás, estoy segurísimo de ello.

Le besé la frente y me puse a recoger lo del desayuno para preparar la paella de la comida.

Ella me ayudó, por más que le dije que se estuviera quietecita, pero nada, que no podía quedarse cruzada de brazos.

Y llegó la hora de la verdad, el momento en que mi madre y mi hermana conocerían a la mujer que me había robado el corazón desde el minuto uno en que la vi.

Hay quien dice que los flechazos no existen, que el amor a primera vista no es algo que de verdad ocurra, pero lo es, porque cuando dos almas están destinadas a encontrarse, lo primero en lo que se fijan es en la mirada de la otra persona.

Llamaron al timbre y sabía que eran ellas, Ruth se puso aún más nerviosa y casi me da un ataque de risa cuando me preguntó:

—¿Estoy bien así, o me pongo más discreta?

—Estás perfecta —le hice un guiño.

Llevaba unos pantalones vaqueros cortos, con una camiseta blanca que le quedaba caída de un hombro, y unas deportivas, también blancas.

Abrí la puerta y ella se quedó en la cocina, decía que no quería que la vieran nada más entrar. Ruth y su vergüenza...

—Pero qué guapo estás, hijo. Te sentó bien el viaje que hiciste —mi madre me dio un abrazo y un beso.

—Gracias, mamá.

—Y a mí no me llevó, ¿qué te parece? Vaya un hermano.

—Anda, pasa y no te quejes, que te he traído una cosa.

—¿Solo una? Mejor me lo pones. Bueno, ¿dónde está mi cuñada?

—En la cocina.

Y ahí fuimos. Ruth se giró al escucharnos entrar y sonrió ampliamente.

—Soy Ruth, encantada —les tendió la mano.

—Es más guapa que en la foto, hermanito —dijo Judith, haciéndonos reír a todos.

—Gracias —contestó Ruth, con las mejillas sonrojadas.

—Así que tú eres la novia de mi hijo.

—Pues, eso parece —sonrió cuando la abracé.

—En ese caso, tenemos mucho de lo que hablar. Ven, vamos al salón mientras mis hijos ponen la mesa.

Mi madre se colgó del brazo de Ruth y ella, muerta de vergüenza, me miró con miedo.

—Ve, que no te va a morder.

—Tampoco come, así que, tranquila, cuñada —mi hermana le hizo un guiño y ella sonrió.

Desde la cocina pudimos escuchar la conversación, yo pensaba que no se atrevería a contarle nada a mi madre, pero, la confianza que le mostró a Ruth, la hizo sincerarse.

—Todo el mundo, en algún momento de su vida, ha tenido que hacer lo que no le gustaba para salir adelante. Así que, mi querida niña, no te sientas mal por el pasado que tienes. Es eso, pasado, y ahora estás con un hombre que, sé a ciencia cierta, que te va a cuidar el resto de su vida.

Me quedaba con esas palabras de mi madre, y con el abrazo que le dio a mi chica cuando empezó a llorar.

—Le ha gustado, así que ya le estás poniendo ese anillo en el dedo que sé que tanto deseas, hermanito. Ella es la definitiva, lo sé.

Miré a mi hermana, sonreí y la abracé, besándole la frente.

Nadie me conocía mejor que ella, ni siquiera nuestra madre, y es que Judith, como dije, era mi mejor amiga y ese paño de lágrimas que estuvo en mis peores momentos.

Capítulo 24



Había pasado una semana desde que volvimos del viaje, y nos iba todo bien.

Me sentía el hombre más feliz y afortunado del mundo, y eso era lo que quería sentir cada día de mi vida. Lo tenía claro.

Llevaba una mañana de lo más tranquila en el hospital, así que aproveché para hablar con Aitor. Le mandé un mensaje para ver si estaba disponible para charlar, me contestó que sí y lo llamé.

Me sinceré con él, le conté todo desde el principio. De lo que me contó mi hermana, el modo en que la dejé, cuando se sinceró conmigo... Todo, absolutamente todo. De cómo me había enamorado de esa chica que entró en mi vida por casualidad.

—Puede que sí, que fuera por casualidad. O, tal vez, el destino unió vuestros caminos, como tenía planeado —me dijo.

—Lo que sea, hizo que no pudiera olvidarme de ella ni siquiera cuando quería alejarme.

—Deja que te diga, amigo, que así es el amor. Cuando nos golpea, lo hace con fuerza.

—Bien lo sabes tú, que escribes sobre eso.

Nos reímos y le di las gracias por haberme contestado aquella primera vez que me puse en contacto con él, en cierto modo su ayuda fue parte de que, a día de hoy, me estuviera replanteando muchas más cosas con esa mujer.

—Mario, respecto a lo del trabajo de Ruth...

—No tiene, aquello lo dejó.

—Sí, lo imagino, pero, quería proponerte algo.

Escuché lo que me propuso, y no podía creerme que, ese hombre que a mí no me conocía de absolutamente de nada, estuviera dispuesto a aquello por una chica que le seguía como lectora y con la que había hablado en algunas ocasiones.

Le dije que se lo comentaría a ella, nos despedimos y tras acabarme el café, volví al trabajo.

Pacientes con algunas roturas, un par de traumas de accidentes, pero nada grave y un niño que llegaba con un cólico fuertísimo.

En cuanto llegó la hora de salir, le mandé un mensaje a Ruth, para avisarla que iba de camino.

Cuál fue mi sorpresa cuando, al salir por la puerta de urgencias, la vi a lo lejos con un hombre, y parecían estar discutiendo.

Según me acercaba, pude reconocer al susodicho, que no era otro que Pedro, el ex de mi hermana.

—¡He dicho que me dejes! ¡Olvídame! —gritaba ella.

—Te quiero en exclusiva, y sabes que puedo pagarte bien.

Eso me encendió, y mucho. Y no, nunca me consideré una persona violenta, pero, cuando Pedro cogió a Ruth por la muñeca para acercarla a él, y tratar de besarla, juro que me empezó a

hervir la sangre.

—¡Suéltame!

—¿Es que no la has oído, gilipollas? —Di dos pasos y ya estaba apartando a Pedro de mi chica de un empujón.

Le pilló tan de sorpresa, que acabó cayendo de culo.

—¿Mario? Esto no te incumbe, es entre ella y yo.

—Te equivocas, claro que me incumbe —contesté.

—Mira —se levantó limpiándose la ropa—, sé que como médico temes que le pueda hacer daño, pero no te preocupes, que es mi puta y siempre la traté con cariño.

¿Puede una persona entrar en combustión espontánea? Porque juro por mi madre que, en ese momento, mi cuerpo ardía en llamas.

—La vuelves a llamar puta y te parto la cara, desgraciado —lo cogí por el cuello de la camiseta y me quedé mirándolo fijamente.

—No la he insultado, es a lo que se dedica. Es puta, Mario, y de las caras.

Repito, nunca fui un hombre violento, pero eso me terminó de cabrear.

Le solté un puñetazo en el pómulo izquierdo, que lo hizo trastabillar. Me miró mientras escupía sangre y supe que, al menos, le había roto algún diente.

—¿Se puede saber qué mierda te pasa, tío? He venido a recuperarla, no me puede dejar así de la noche a la mañana.

—No vas a recuperar nada, porque nunca fue tuya. Le pagabas por sexo y ya, asúmelo, era un mero trabajo para ella.

—Ruth, dile al gilipollas de mi excuñado, que te vienes conmigo —dijo, mirándola.

—No, ella no me va a decir nada, porque te vas a ir tú solo, Pedro. Ruth es mi mujer, así que, búscate a otra que caliente tu cama.

Cogí a Ruth de la mano y nos marchamos de allí mientras Pedro, gritaba que eso era imposible, que había ido a recuperar a su puta, y se iba a ir de ahí con ella.

Me paré en seco, respiré hondo intentando calmarme, pero no pude.

—Mario, por favor —me suplicó, pero no le hice caso.

Volví a por él, le di otro puñetazo y de nuevo estaba en el suelo, escupiendo aún más sangre.

Me dolía la mano, pero ese imbécil no iba a seguir detrás de mi chica ni un solo día más.

Ruth, empezó a gritar que parara cuando me vio cogerlo por la camiseta y levantarlo, no pensaba volver a pegarle, solo decirle algunas palabras, pero me frené en cuanto los de seguridad del hospital vinieron, alertados por los gritos.

—Doctor San Sebastián, ¿qué ocurre? —preguntó uno de ellos.

—Es un ex de mi mujer —me giré para mirarlos— que ha venido a incordiarla, pero ya se iba —lo miré de nuevo a él— ¿Verdad, Pedro? —Él, asintió—. Perfecto. Y, por tu bien, más te vale no volver a molestarla, ni a buscarla, ni a querer nada con ella. Porque esos dientes rotos y el moratón en la cara, te parecerán cosquillas —susurré, antes de soltarlo.

No dijo una sola palabra, se limitó a ir hacia urgencias a que le atendieran.

—Mario, yo no sabía... —empezó a llorar.

—¡Eh, preciosa! No llores, que no tiene importancia.

—Me estaba vigilando, me ha seguido hasta aquí y...

—Ya, Ruth, no pasa nada —la abracé, besé su coronilla y dejé que llorara en mi pecho— ¿Qué hacías aquí?

—Venía para darte una sorpresa y comer juntos —contestó, le sequé las mejillas y la besé.

—Pues vamos a comer, preciosa.

Fuimos a un restaurante cercano y, nada más sentarnos, soltó una de las suyas.

—Así que, soy tu mujer. Pues, perdona que te diga, maridito mío, pero... ¿Y el anillo pa' cuando? —Arqueó la ceja levantando la mano, mientras movía los dedos, y me eché a reír, es que era tremenda.

—No sé, lo pensaré.

—¡Huy, lo que ha dicho! Ten marido para esto. Anda, vamos a comer, que tengo hambre.

—¿Y cuándo no, preciosa?

—Te quedas sin duchas mañaneras los fines de semana de los próximos seis meses, ¿eh?

—¿Amenazas a mí?

—Hombre, y tanto.

Pedimos y, mientras tomábamos un vino esperando para comer, le comenté que había hablado con Aitor.

—¿En serio me estás contando, que sabe todo? Pero, ¿todo, todo?

—Sí. No te enfades, pero ese hombre me ayudó a saber de ti y que tú recobraras la memoria. Esos once autores te aprecian mucho, y las chicas también. Te recuerdo que vi los posts que pusiste en el grupo durante aquella semana y el apoyo de las niñas —sonreí.

—Me quiero morir...

—No, no te mueras anda. Espera a menos a saber lo que me ha propuesto.

—Verás.

—Quiere que trabajes con ellos, llevando el tema de publicidad en las redes, como el resto del equipo que tienen los once detrás.

—¿Qué? ¡No fastidies! Ahora sí que me caigo muerta, vamos.

—Si decides aceptar, solo tienes que mandarle un mensaje a Aitor y hablarlo con él.

—Pues ahora mismo le escribo —cogió el móvil que tenía encima de la mesa, y se puso a teclear.

—Ya sé que los conoces a ellos mucho antes que, a mí, pero, que me dejes plantado mientras comemos, por otro hombre... —Arqueó la ceja.

—Huy, que eso ya lo hizo tu ex —se llevó la mano a los labios y acabé riendo.

La respuesta de Aitor no tardó en llegar, dijo que la llamaría para hablar con ella al día siguiente.

Ruth, sonrió de una manera tan bonita, que me encantaba verla así de feliz.

Capítulo 25



—Hombre, cincuenta y dos años, accidente de tráfico, inconsciente y con los signos vitales estables —escuché al chico de la ambulancia cuando pasaba por el mostrador de información, en el que estaba entregando el informe del último paciente.

Una de mis enfermeras le llevó al chico a la sala y ahí me dieron el informe completo.

Aunque muchas de las heridas que presentaba eran visibles, al igual que la rotura de la pierna. Esa mucho me temía que sería insalvable, pero sabía que el equipo haría lo imposible por evitar ese final.

El resto de la mañana fue de lo más ajetreada, llegaron dos pacientes más del mismo accidente además de otros.

Me tomé el café mientras hablaba con Ruth por mensaje, estaba de lo más contenta y es que llevaba un par de días dedicándose al tema de las redes sociales de La Tribu, y aún seguía sin creerse que Aitor, le ofreciera ese trabajo.

Terminé la jornada y me fui para casa, antes pasé a comprar un ramo de flores, quería darle una sorpresa a Ruth, sin duda eso no se lo esperaba.

Pero la sorpresa me la llevé yo, en cuanto entré en mi casa y escuché las voces de mi madre y mi hermana.

—¿Teníamos comida familiar y no me acordaba? —Arqueé la ceja, a sabiendas de que no era así.

—Hijo, vine a tomar un café con Ruth, me llamó tu hermana para invitarme a comer, le dije que estaba aquí y...

—Nos hemos autoinvitado a comer con vosotros, hermanito. No vas a tener a la chiquilla para ti solo.

—Judith, te recuerdo que Ruth, es mi novia, la tendré que tener para mí solo, ¿no crees?

—Venga, vamos a comer anda.

Otra que era tremenda, menuda hermana me había tocado en el reparto, aunque no la cambiaba, de verdad que no.

Ruth, había preparado un guiso de carne que olía que alimentaba. Nos sentamos a comer los cuatro juntos y mi hermana nos estuvo contando que Pedro, seguía mandándole mensajes.

—Está muy mal, pero de la cabeza, digo —volteó los ojos—. Dice que le has quitado a su chica.

—¿Pedro la conocía? —preguntó mi madre, un poco extrañada.

—Sí, Lidia, de cuando, ya sabes... —contestó Ruth.

—Vaya con Pedrito. Se quedó sin su mujer y, en vez de buscar una novia, recurría a ti.

—Se obsesionó con ella, por lo que yo he deducido —dijo mi hermana—. Tened cuidado, que no quisiera que ese tonto te hiciera algo.

—Tranquila, que no va a pasar nada. Quedó bien advertido cuando la siguió.

—Vale, pero no le subestimes, que me da que está un poco inestable, hermanito.

Tras la comida, tomamos café y mi madre les sugirió a las chicas ir al centro comercial a pasar la tarde. Ruth me miró como extrañada, y mi madre se echó a reír.

—Hija, que no te va a prohibir que vengas.

—Lo sé, Lidia, pero no sé si tiene planes.

—Preciosa, vete con ellas y te despejas un poco —le hice un guiño, me levanté y la besé—. Yo voy a salir a unos recados.

Me despedí de mis chicas y las dejé que disfrutaran de esa tarde, las tres juntas.

Recados, lo que se dice recados, pues no tenía que hacer ninguno, pero no quería que Ruth sintiera que tenía que estar constantemente conmigo si no veía a su amiga. Además, tanto mi madre como mi hermana, le habían cogido mucho cariño y por eso querían pasar tiempo con ella.

Fui en coche hasta el centro, a una de las mejores joyerías que había allí.

Estaba decidido a lanzarme, por segunda vez en mi vida, pero sabiendo que, en esa ocasión, sí era la definitiva.

Entré y busqué el anillo que le pondría en el dedo, ese que ella había preguntado cuándo llegaría, si supuestamente ya era mi mujer.

Podría esperar más tiempo, un año, o tal vez dos, como cuando me casé la primera vez, pero no había motivos para ello, la quería, y ella a mí, así que, ¿por qué esperar cuando sabes que lo que sientes por una persona es tan fuerte que nada podría romperlo?

Hay parejas que han estado juntas durante años, incluso décadas, se han casado y, tras un par de años, se han ido cada uno por su lado. También las hay que duran hasta la vejez, claro está.

Pero igual, hay personas que conectan desde el primer momento y saben que no quieren a nadie más en su vida y, tras unos meses, dan el gran paso.

Lo vi, estaba ahí, en la vitrina, brillante y reluciente, fue como si me llamara, como si susurrara mi nombre y me dijera, “soy para Ruth”.

Le pedí al dependiente que me lo enseñara y fue como si pudiera ver la mano de mi chica con ese anillo.

—Me lo llevo —sonreí, pagué el pastizal que valía y salí de allí con la idea en mente de cómo quería que fuera el momento de pedirle que se casara conmigo.

Eso sí, iba a necesitar un poco de ayuda, así que tendría que hablar con mi hermana.

Cuando llegué a casa, Ruth aún no había vuelto, así que lo escondí bien para que no lo encontrara y me puse a preparar la cena.

—Ya estoy aquí —me giré cuando la escuché desde la puerta de entrada, fui a recibirla y la vi con varias bolsas— ¿Sabes que ir de compras con tu madre y tu hermana, es un peligro? —Arqueó la ceja mientras levantaba ambas manos.

—Ya lo veo, ya. ¿Te lo has pasado bien?

—¡Oh, sí! Genial. Son las dos un amor, de verdad que sí —me abrazó y la besé.

—Me alegro de que te lleves bien con ellas. Son las mujeres más importantes de mi vida. Y ahora, lo eres tú.

—Anda, no seas bobo. No puedes anteponer a una recién llegada, al amor que sientes por tu madre y tu hermana.

—Bueno, ellas saben que las quiero con toda mi alma, pero a ti... —La agarré por las caderas mientras me inclinaba a besarla— A ti te amo con todo mi ser —murmuré, con los labios pegados a los suyos.

—Yo también te amo, Mario —me rodeo la cintura, con las bolsas aún en las manos, y me abrazó con fuerza.

—Deja todo eso en la habitación y vamos a cenar.

—Sí, que traigo un hambre...

—Lo raro, preciosa, sería que no la tuvieras.

—¡Qué grosero!

Se giró ofendida y me eché a reír.

Así era ella, la mujer de la que me había enamorado, a la que quería tal como la había conocido, con sus locuras, sus divagaciones, con esa parte inocente y con otra tan sensual.

No la cambiaba por nadie, por eso me había encomendado a todos los santos que conocía para que, cuando le pidiera que se casara conmigo, me dijera que sí.

Capítulo 26



Tres días, ese era el tiempo que había esperado para lanzarme a hacer aquello que tanto quería. Viernes, tenía el fin de semana por delante y quería hacerle la pregunta esta noche.

Para ello necesitaba la ayuda de mi querida hermana, por lo que en cuanto le dije, qué pretendía hacer, se puso como loca a saltar de alegría y a planearlo todo.

Judith me dijo que había hablado con Ruth, para quedar a comer juntas, después pasarían la tarde de tiendas y la llevaría a la peluquería, a que la pusieran bien bonita para esa noche.

Además, había planeado vestirla para la ocasión, por lo que no me quedaba la menor duda de que ella sería mi mejor compinche.

La mañana en el hospital fue un no parar, ni siquiera cogí mi tiempo para el descanso, me tomé un café rápido mientras terminaba un informe.

Ya tenía la lista con todo lo que necesitaba para la cena y para ambientar la casa. Sí, no iba a ser una cena cualquiera, iba a tener de todo un poco, algo que, esperaba, le gustara y sorprendiera a Ruth.

Salí de mi turno y fui a la cafetería que teníamos enfrente a comer algo rápido. Judith me mandó un mensaje diciendo que había recogido el paquete, me tuve que echar a reír cuando vi el gif que me mandaba, un perro disfrazado de mensajero con una caja. Vaya ideas tenía mi hermanita.

Me tomé el café y empecé mi tarde de compras. Anda que no hacía años que no me iba por ahí de tiendas solo, ya lo compraba todo por Internet para que me llegara a casa. Uno, que se había vuelto un poco comodón con los años.

Primera parada, la floristería. Un par de rosas y dos bolsas de pétalos naturales. Esperaba que me quedara bien el invento que se me había pasado por la cabeza, porque, como no fuera así, me daba dos tiros directamente.

Siguiente parada, una tienda especializada en velas aromáticas, además de geles y sales para el baño.

Y, por último, la comida. Pescado, unas verduras y una botella del mejor vino, además de champán.

Este último podía servirme para dos cosas, celebrar que me dijera que sí, o emborracharme y olvidarme de esa boda.

Lo primero que hice nada más llegar a casa fue poner a enfriar las botellas, empecé a preparar las verduras y el pescado para meterlos en el horno, y después monté todo tal como tenía pensado.

No es porque lo hiciera yo, pero me quedó muy bien ambientado.

Una ducha, vestirme para la ocasión y...

Judith: *El paquete está en la puerta. Mucha suerte, hermanito, aunque no la necesitas, esa mujer está coladita por ti. Te quiero.*

Respiré hondo, fui hacia el salón, iluminado solo por las velas que había comprado, y esperé ahí a que mi chica hiciera su aparición.

Escuché las llaves en la puerta y juro que me puse de lo más nervioso, el corazón me iba a mil por horas.

—Ya es... —se quedó callada y supe que había visto la nota en el cesto donde dejábamos las llaves.

«Bienvenida, mi querida Ruth. Por favor, sigue los pétalos de rosa hasta la siguiente nota»

El sonido de sus tacones rompía con el silencio de la casa, escuché que dejaba bolsas en el suelo un poco después y continuó caminando.

La segunda nota, estaba en la cocina.

«Quería tener un detalle contigo, así que te he preparado la cena. Sí, es pescado, el aroma del horno me ha delatado. Continúa, hasta dar con la siguiente nota»

Volví a escucharla caminar y era como si pudiera imaginármela con ese contoneo de caderas, deambulando por la casa, siguiendo los pétalos de rosa que había esparcidos por el suelo.

La tercera nota estaba en el pasillo, a unos metros del salón, donde yo esperaba con la puerta cerrada.

«Hoy, puede ser una fecha que se quede grabada en nuestras mentes para siempre. Por favor, quédate aquí hasta que escuches la música. Te espero en el salón»

Encendí el equipo de música y comenzó a sonar una canción que, después de escuchar cientos de ellas, fue la que supe que estaba escrita para nosotros. ¿El título? “Qué más puedo pedir”, del grupo Dvicio.

Me levanté y me quedé delante de la mesa, esperando que la puerta se abriera y apareciera la mujer que me había robado el corazón.

Cuando lo hizo, la vi con los ojos vidriosos por las lágrimas, además de preciosa con el vestido negro entallado que llevaba, el pelo recogido en un moño despeinado que le sentaba genial, maquillaje en tonos negros y grises y los labios rojos.

Me acerqué a ella y la cogí para bailar, no era una canción lenta, así que me venía genial para dar unos pasos, algunos giros y, en el momento oportuno, con esas dos frases que se me habían quedado grabadas en la cabeza, arrodillarme con la cajita abierta entre mis manos.

*«No sé si será tu mirada o tu sonrisa apasionada.
Pero aprendí a ser feliz desde que te conocí»*

—Mario... —murmuró, tapándose la boca con ambas manos.

La canción seguía sonando de fondo, pero a menos volumen. Sonreí, y me lancé a por eso que tanto quería. El sí de Ruth.

—Preciosa, sé que puede parecerme una locura, pero la vida está hecha de esos pequeños momentos locos que vivimos a diario. Llegaste a mi vida como un huracán, te metiste en mi

cabeza y en mi piel. Nos distanciamos por mi culpa, pero conseguí reconquistarte y, a partir de hoy, quiero que me dejes amarte, cuidarte, hacerte feliz y encargarme de que nunca dejes de sonreír. Te quiero, como jamás pensé que pudiera querer después de lo de mi ex, pero conseguiste que volviera a creer que el amor existe y, como me dijo un buen amigo nuestro, cuando nos golpea, lo hace con fuerza. Ruth, ¿me harías el hombre más feliz del mundo, casándote conmigo?

Estaba llorando a lágrimas tendidas, no decía una sola palabra, tan solo me miraba.

Hasta que, por fin, asintió.

—Sí, Mario —se secó las mejillas, apartando las lágrimas, pero seguían saliendo más—. Claro que me caso contigo.

Le puse el anillo, lo miró y cuando la rodeé por la cintura, me abrazó con fuerza y nos besamos.

Al fin respiré aliviado, me había dicho que sí, y hasta yo me puse a llorar en ese momento, abrazándola con todas mis fuerzas contra mi pecho.

—Creí que habías preparado la cena.

—Y lo he hecho —me aparté y le mostré la mesa, donde había puesto las dos rosas en el centro.

—Está todo precioso, Mario.

—Me alegro que te guste, cariño.

Le retiré la silla, se sentó y la besé en la mejilla antes de sentarme con ella.

Mientras cenábamos, no dejaba de mirarse el anillo, de sonreír y secarse las lágrimas.

—Así que, dentro de algún tiempo sí que seré tu mujer.

—Ya lo eres, porque realmente no se necesita ningún papel para que yo te considere así, pero quiero casarme contigo. Eso sí, tiene que ser por el juzgado, ya me casé una vez por la iglesia y...

—No pasa nada, me puedo poner un vestido de novia igualmente.

—Pues ve buscando uno, porque nos casamos dentro de un año.

—¿De verdad esto es real? ¿Me voy a casar con el hombre que me salvó la vida dos veces?

—Sí, y ten por seguro, que te salvaría todas las que fueran necesarias. Pero, por favor, evitemos que eso pase, ¿sí?

—Tranquilo, que ya no me vuelves a ver por urgencias para atenderme, en la vida.

Nos echamos a reír, terminamos de cenar y, tras brindar con el champán, la cargué en brazos y fuimos a la habitación, donde nos esperaban varias velas más, además de ese corazón de pétalos de rosa que me había currado sobre la cama.

—Ay, mi Julián... qué romántico es.

—Esto es lo que provoca mi querida Isabel, que sea todo un romántico.

Capítulo 27



Me desperté y la vi con el móvil en la mano y una sonrisa de lo más bonita en el rostro.

—Buenos días, mi preciosa prometida —la abracé.

—Buenos días, mi atractivo prometido.

—¿Qué haces?

—Poniendo un post en el grupo, les doy la buena noticia. Alucinadas las tengo con el anillaco que me ha regalado mi chico —rio.

Hacía una semana que estábamos prometidos, y aún no lo había contado en el grupo, increíble, pero cierto.

—Te habrán dado la enhorabuena también, supongo.

—Pues claro, las niñas son un amor y los jefes y jefas, que ya me han comentado los once.

—A los jefes, les mandaremos un puro y, a las jefas, una cajita de bombones, por nuestra boda.

—Eso, que nos acompañen ese día, aunque sea virtualmente.

Me fijé y estaba poniendo un comentario en su post, que me hizo soltar una carcajada al ver las respuestas, que no tardaron en llegar.

«Os dejo, que mi prometido quiere desayunarme»

Lo acompañó de un emoji guiñando el ojo y con la lengua fuera, anda que no tenía guasa mi niña.

Pero es que lo que le contestaban... tampoco tenía desperdicio, esas chicas, así como los jefes y jefas, eran unos loquitos.

¿Me desayuné a mi prometida? Sí, obviamente.

Besé y toqué cada rincón de su cuerpo, para después hacerla alcanzar el cielo sin moverse de la cama.

Esas fueron sus palabras exactas.

Tenía turno de noche en el hospital, así que decidimos salir a hacer algo de compra, visitamos a mi madre, que nos dio tupper con comida para nosotros y para mi hermana, y volvimos a casa para que yo pudiera descansar un poco antes de irme, ella se quedó trabajando y charlando con las chicas del grupo.

Recibí un mensaje de Aitor, felicitándome por la gran noticia, le di las gracias y él...

Aitor: *¿Estás seguro de dónde te estás metiendo?*

La pregunta iba acompañada de un emoji pensativo y otro de un hombre con la mano en la frente. Me eché a reír, ese hombre, con lo serio que parecía, tenía si punto gracioso.

Mario: *Pues tengo una ligera idea, es mi segunda boda.*

Aitor: *¿Qué dices? O sea que va a ser verdad lo que dicen por ahí, a veces gusta tanto una boda que hay quien repite.*

Mario: *Te aseguro que, con mi ex, no repetiría ni loco. Con Ruth, me casaría una y mil veces. La quiero demasiado.*

Aitor: *Me alegro mucho por los dos. Nuestra Ruth, merece ser feliz, después de todo lo que ha pasado.*

Mario: *Sé que os tiene a vosotros, pero me encargaré de hacerla feliz el resto de mi vida.*

Aitor: *Eso espero, porque, de lo contrario, hay cientos de chicas que se te echarían encima, y no para comerte a besos, precisamente.*

Me reí, pero es que era cierto lo que me decía.

Nos despedimos y me acosté esas horas que necesitaba para recargarme bien y afrontar un turno de noche.

Ruth me despertó haciéndome cosquillas o, al menos, intentándolo.

—Pierdes el tiempo, preciosa, no tengo —dije, sin siquiera abrir los ojos.

—Pues vaya un soso de marido que voy a tener.

—Me voy a dar una ducha... que tengo que ir a currar.

La besé y fui a ducharme. Cuando volví a salir, mientras cogía ropa, vi que ella hacía lo mismo.

—¿Vas a salir con Ana? —pregunté.

—Sí, y con Judith. Nos vamos las tres a celebrar nuestro compromiso.

—Me parece perfecto, diviértete.

—Ese es el plan, que es viernes —me hizo un guiño y empezó a arreglarse.

Fui al hospital y me crucé con el compañero al que le había cambiado el turno, me lo pidió como favor porque tenía a su padre ingresado en la quinta planta tras sufrir un infarto, y durante el día se quedarían sus dos hermanas.

—Muchas gracias, Mario, de verdad.

—No hay problema, César, ya sabes que otro día me puede tocar a mí.

—Que sea leve la noche. Tienes a Daniela y Jimena como enfermeras, y esta noche están de guardia Sergio y Tony.

—Perfecto. Nos vemos el lunes.

Entré en mi consulta, organicé algunas cosas y me preparé para una de esas guardias nocturnas en las que podría pasar de todo.

Y sí, de todo fue lo que pasó, pero lo que no me podía imaginar es que aparecieran por allí, mi prometida, su amiga y mi hermana, a las tres de la madrugada.

—¿Se puede saber qué os ha pasado? —pregunté al verlas.

—Un percance con los tacones —Ruth, se encogió de hombros—. Anita, que se le ha “tronchao” un tobillo.

—Esto duele un huevo, doctor —me dijo Ana, con esa lengua de trapo que da el alcohol.

—Madre mía, encima habéis bebido —me pasé la mano por la cara.

—Hermanito, ha sido un poquitito de nada —sí, la jodida de mi hermana me hizo hasta el gesto de juntar el pulgar y el índice, por si no me quedaba claro que había sido solo un poquito.

Mis compañeros Sergio y Tony, aparecieron en ese momento, que volvían de tomar café en la sala y, al verme con las tres, sonrieron mientras negaban.

—¡Oh, por favor! —gritó la lesionada— ¡Qué pedazo de médicos! Tú, pedazo de puta, ¿te los querías quedar todos para ti? —le preguntó a Ruth.

—¡Ah, no! Yo con mi doctor, tengo suficiente —me abrazó, dándome un beso en la mejilla.

—Creo que me está doliendo... —Miré a mi hermana cuando la escuché, y la muy loca empezó a mirarse por todo el cuerpo a ver qué le dolía— El tobillo. Me he debido de torcer el tobillo también.

—Lo que me faltaba por oír —protesté.

—Tranquilo Mario, que nosotros nos encargamos de ellas. Tú quédate con tu chica que, a ellas, las cuidamos nosotros —me dijo Sergio, que fue directo a por mi hermana.

Con el peligro que tenían esos dos, miedo me estaban dando ya.

Me llevé a Ruth a la consulta y me dijo que estaba bien, que sí, había tomado alguna copa, pero las más perjudicadas eran las otras dos.

—A ver si voy a pensar que solo querías verme, y os habéis inventado lo del tobillo de Ana —arqueé la ceja.

—No, no, que la pobre se ha hecho daño de verdad. Si traía el tobillo hinchado como una pelota de tenis. ¿No lo has visto?

—Preciosa, con el vestidito que me llevas, poco me he podido fijar en tu amiga. Si no fuera porque estamos en mi trabajo...

—Hum. ¿Qué haría usted, doctor? —preguntó, de lo más sensual y sugerente.

—Digamos que mañana ibas a tener agujetas de estar abrazada a mí, porque te iba a hacer gemir pegada a la puerta —murmuré en su oído, le mordisqueé el cuello y ya la tenía moviéndose sobre mis piernas.

—Qué lástima que no podamos ir a otro sitio.

—Vete a casa en cuanto salgan ese par de revoltosas, te metes en la cama solo con las braguitas que llevas y me esperas, que te aseguro que mañana en cuanto llegue, te desayuno.

—Joder, ya quiero que sean las ocho. Me voy, que al final, me pones más excitada que todas las cosas y me va a tocar darme un homenaje con el Satisfayer.

—¿Tienes uno de esos? —Arqueé la ceja.

—No hijo, pero me voy a tener que comprar uno para estos casos. Dicen que es muy potente y que te lo pasas pipa.

—Te voy a dar yo a ti Satisfayer... —Le di un leve azote en el culo y salimos de la consulta para ir a la sala de urgencias donde, el cuadro que me encontré, era tremendo.

Mi hermana fingiendo que le dolía cuando Sergio le tocaba el tobillo que, por cierto, le estaba vendando, y la pobre Ana, con todo lo lanzada que había sido al verlos, estaba más roja que un tomate bajo la mirada seductora de Tony, esa que tantas veces yo había visto en él.

Les pedí un taxi para que se marcharan a casa, nos despedimos de ellas y nosotros continuamos con nuestra jornada.

Y, como bien había dicho mi prometida, yo quería que ya fueran las ocho.

Capítulo 28



El último año se me había pasado más rápido de lo que me hubiera imaginado.

Estábamos a solo unos días de la boda, esa que tanto deseaba que llegara para hacer a Ruth, oficialmente mi esposa.

Como decía, este año había pasado casi sin darme cuenta, y es que, cuando se está enamorado, el tiempo no corre, si no que vuela.

Nuestras rutinas diarias eran que yo me iba muy temprano a trabajar, y ella se quedaba en la cama hasta que su despertador sonaba. Eso de levantarse a las seis o seis y media como yo, no iba con mi Ruth.

Me había salido dormilona, qué le vamos a hacer.

Mientras yo estaba en el hospital, Ruth seguía trabajando, llevando la promoción en las redes para los autores y autoras del grupo de La Tribu.

Me encantaba ver lo feliz que estaba desempeñando ese trabajo que hacía desde casa y en las horas que ella se había puesto.

Aitor y yo, habíamos seguido en contacto, las chicas del grupo me conocieron de manera oficial y... digamos que había más de una que me quería hacer algunas cosas por las que Ruth, había sacado las uñas.

No, la sangre no llegó nunca al río porque ya las conocíamos a todas y ahí se soltaban muchas cosas siempre en broma y con ese toque de humor.

Adoraba a Ruth, el amor que me demostraba día tras día, era lo más grande que tenía.

Quién me habría dicho, años atrás, que volvería a enamorarme como lo hice una vez. Bueno, no, que el amor que sentía por Ruth era mucho mayor que el que pude sentir por Celia.

Mi ex mujer, a quien hacía años que no veía, pero que, si me la encontrara por la calle, me acercaría a ella con la mejor de mis sonrisas, la abrazaría y le daría las gracias por salir de mi vida y darme la oportunidad de conocer a alguien que sí me amaba y por quien merecía la pena luchar y cruzar el mundo volando para darle una sorpresa.

Estaba en el descanso de mi jornada, cuando me llamó mi hermana.

—Dígame, señorita psicóloga. O, debería decir futura señora psicóloga.

—Hermanito, Sergio y yo no vamos a casarnos. ¿No has visto que ese hombre parece que les tenga alergia a las bodas? Por favor, si va a la tuya porque es tu amigo y mi novio, si no, ni lo esperases, vamos.

Sí, desde aquella noche en la que Ruth y mi hermana se presentaron en urgencias con Ana, tras torcerse un tobillo, ella y mi compañero empezaron a verse.

Lo mismo pasó con Ana y Tony, esos dos cayeron en la tentación y... ahora mismo están embarazados. Lo que son las cosas.

—A ver, para qué me llamabas.

—Para decirte que, tu mujercita, Ana, mamá y yo, nos vamos a la última prueba del vestido de novia. Vamos a comer por ahí y ya nos pasaremos la tarde de tiendas, hasta la noche, que iremos a cenar para celebrar su despedida de soltera.

—¿Y dónde vais a ir?

—Te lo acabo de decir.

—No me has entendido. Voy a replantear la pregunta. Después de cenar, ¿dónde tenéis pensado llevar a mi mujer, hermanita?

—¡Ah, eso! Pues a tomar unas copitas.

—Por favor, nada de torceduras de tobillo esta vez.

—Hijo, anda que no ha pasado tiempo de eso, de verdad. Nos lo vas a recordar toda la vida. Ni que fueras nuestro padre.

—No, pero casi. Tened cuidado, ¿de acuerdo?

—Sí, pesado. Madre mía, la que le espera a la pobre Ruth contigo.

Y me colgó, ni un adiós, ni nada. Colgó, sin más.

Les puse un mensaje a Sergio y Tony, avisando de los planes de nuestras chicas, y me dijeron que ya lo sabían, que les acababan de llamar.

Eso era avisar con tiempo, sí señor, como para haber tenido planes con Ruth, vaya tres.

Quedamos en vernos esa noche, ellos la tenían libre porque habían hecho cambio con otros compañeros, así que me vino genial, yo también me podría ir a celebrar mi despedida de soltero.

La mañana en el hospital terminó y me fui para casa, mi madre había pasado por allí sin ninguna duda, puesto que ya teníamos la nevera llena de tupperts otra vez.

Cogí uno, lo calenté y comí mientras cotilleaba en el grupo de La Tribu.

Sí, seguía entrando en él, y hasta comentaba de vez en cuando, y más, desde que Ruth puso una foto nuestra y me presentó oficialmente. Vamos, como para querer pasar desapercibido.

Mi chica había puesto una foto de las cuatro en la puerta de la tienda de novias, ahora ya sabía el nombre de la diseñadora que había escogido para ese gran día.

Las niñas del grupo no dejaban de pedirle que enseñara foto del vestido, a lo que mi querida Ruth contestó:

«¡¡No puedo!! El novio entra por aquí a cotillear de vez en cuando, qué queréis, ¿quitarle emoción para cuando me vea?»

Una de las chicas me etiquetó, diciendo que me manifestara, lo que me pude reír, pero al final hasta me animé a contestar.

«Aquí estoy, guapísimas. Nada de fotos del vestido, que quiero sorprenderme cuando vea a mi mujer lo guapa que va a estar»

Ruth contestó que, ole yo, que me quería una “jartá” y que iba a probarse ya el vestido.

Nos mandó besos a todos y yo me despedí de las niñas, que me pedían que me quedara por allí con ellas charlando un ratito.

La verdad es que ese grupo era como una gran familia, cada uno de su padre y de su madre que se decía, de un lugar distinto del mapa, pero con ese punto en común que los unía, que era la pasión por las letras.

Y es que la lectura es capaz de llevarnos a viajar a lugares a los que probablemente nunca

podríamos ir, vivir cientos de historias diferentes, meternos en la historia y ser parte de ella.

Sentir lo que sienten los protagonistas, reír, llorar o amar como ellos lo hacen, una página tras otra.

Como dije, la romántica nunca había sido un género que estuviera en mi biblioteca, pero, desde que conocí a Ruth, y me adentré en el grupo de La Tribu, no he dejado de leer cada libro que han publicado esos once autores.

Pasé el resto de la tarde ultimando algunas cosas de la boda, y es que, aunque Ruth se había encargado de todo junto con mi madre y Ana, yo también había hecho mi parte, quería poner ese granito de arena para que todo, absolutamente todo, estuviera perfecto el gran día.

Por la noche me encontré con Sergio, a quien llamaba cuñado desde hacía casi un año, y con Tony.

—¡Ya sean casado! ¡Ya se han casado! —canturrearon los dos a coro, cuando me vieron acercarme a la mesa.

—Aún no, pero estoy a punto —contesté, dándoles una palmada en la espalda a cada uno.

—Tío, eres mi héroe —dijo Sergio, cuando nos sentamos.

—¿Y eso?

—Te casas por segunda vez, dime que loco hace eso. Yo es que ni la primera, vamos.

—Me estás poniendo muy mal mi papel de hermano mayor, querido cuñado. A ver si te voy a obligar a casarte con Judith.

—Ni que la hubiera dejado embarazada, como este a su Anita.

—Reza para que no llegue un bebé por sorpresa, que te organizo una boda a la antigua, de penalti —contesté, señalándolo con el dedo.

—Joder, que yo a Ana la quiero, y lo nuestro es un bebé buscado —protestó Tony.

—Ya lo sé, pero este mendrugo no quiere casarse con mi hermana, con la ilusión que le hace a ella vestirse de blanco.

—¿Qué dices? —Aquello pareció pillar a mi cuñado por sorpresa.

—Lo que oyes. Desde que era pequeña sueña con el día de su boda.

—No me jodas. Y, ¿por qué no me lo ha dicho nunca?

—Sergio, ¿te casarías solo por complacer a tu chica? —preguntó Tony.

—Pues sí. Fíjate que, a Judith, si me lo pide, le bajo la Luna.

—Hostia, ha madurado de golpe.

—Cuñado, tú plantéate pedirle matrimonio por sorpresa, que verás lo poco que tarda en hablar con el cura del barrio y ponerte el esmoquin.

Nos echamos a reír, pero es que estaba convencido de que, si se lo proponía, mi hermana montaba su propia boda en un mes como mucho.

Capítulo 29



Y llegó el gran día, ese en el que daría el “sí, quiero”, a la persona a la que más amaba en el mundo.

Era la segunda vez que pasaba por esta experiencia y estaba nervioso a más no poder, había que joderse.

Ruth se fue a pasar la noche a casa de Ana, allí se vestiría y se encargarían de maquillarla y peinarla, además de hacerle algunas fotos.

Yo le dije que podía quedarse en casa, que yo me iba a la de mi madre sin problema, pero insistió en pasar esa noche en casa de nuestros amigos.

—Hijo —me giré hacia la puerta y ahí estaba mi madre—. Venía a ver si ya estabas listo, pero veo que sí.

—Solo me falta la corbata, siempre me pego con ella —reí.

—Anda, ven aquí. A tu padre le pasaba lo mismo.

Ni dos minutos tardó en dejarme la corbata perfecta, me besó en la mejilla y sonrió con los ojos vidriosos.

—Si tu padre estuviera con nosotros...

—Eso mismo me dijiste hace años, la primera vez que me casé.

—Calla, esa boda para mí no cuenta.

—Pues para mí sí, que pasé unos añitos muy jodido por culpa de Celia.

—Ni me la nombres, que allá donde esté, tan a gusto ella y más tranquilos nosotros. Tú céntrate en Ruth, que esa chiquilla sí que te quiere.

—Lo sé —sonreí—, y yo a ella, ni te imaginas cuánto.

—Me hago una idea, porque tienes la misma mirada que tu padre cuando estaba conmigo.

—Entonces, eso es bueno.

—Muy bueno. Anda, vamos que no quiero que lleguemos tarde al juzgado.

—Ni yo, que seguramente ya esté ahí la sorpresa que le tengo a la novia —le hice un guiño, y es que, tanto mi madre, como mi hermana, Sergio, Ana y Tony, sabían esa sorpresa de la que Ruth no tenía la menor idea.

Salimos de casa y ya estaba esperándonos mi hermana y Sergio. Nos subimos a los coches y fuimos para el juzgado.

Tal y como esperaba, ahí estaban las personas que me ayudarían a darle la sorpresa a Ruth.

—Aitor —le estreché la mano—, gracias por venir.

—¿Y perderme este momento? Ni loco. Prácticamente puedo decir que os casáis gracias a mí.

—Aitor, casarse es una desgracia, compi.

—Tú eres Hugo —señalé al que acababa de hablar.

—El mismo. Anda que, la que has liado, pollito. Traernos a los once aquí, con lo que

comemos.

—¡Eh, eh! —Miré a una chica que le señalaba con el dedo— Hugo, habla por ti y por Manu. Mario —me dijo—, espero que no pongan croquetas en el menú, que el boludo se queda con todas.

—Alma, che, a mí no me des la culpa solo, que Marcos también tiene lo suyo con las croquetas.

—Hombre, es que eso es un manjar —contestó, el que deduje que era Marcos.

—Y todavía no se han dado ni el sí, madre mía la que nos espera.

—Saritah —le dijo Hugo—, poquita paciencia tienes, corazonzote.

—A ver, organización. Lo primero, ¿por qué no podemos ser como todo el mundo, y presentarnos primero? Mario, yo soy Ariadna, Ari para los amigos.

—Alias “la besotes” —dijo otro.

—Dylan, de verdad, qué cruz contigo.

—Ese soy yo. Mario, gracias por invitarnos a la boda.

—Creo que está a punto de arrepentirse —miré a la chica de gafas que habló y vi que volteaba los ojos.

—Janis tiene razón —dijo otra—. Yo soy Carlota —sonrió y me dio dos besos.

—Pues ya estamos todos presentados. Yo soy Jenny, ven aquí, cuerpo, que te doy un achuchón —y me lo dio, claro que sí, y con todo el arte que tenía, me plantó dos besos.

—Verás tú, que antes de que llegue la novia, nos ha mandado a todos de vuelta a casa—dijo Ariadna.

—No, hombre, si somos buena gente. Un poco tocados de aquí —Marcos se señaló la cabeza —, pero buena gente.

—Bueno, soy yo el que os agradece que aceptarais venir.

—No nos perderíamos la boda del año, por nada del mundo. ¡Con el reportaje fotográfico que nos ha hecho tu chica en el grupo! —dijo Dylan.

—Aun así, que hayáis venido es... increíble, de verdad. Ella no se lo espera y, mucho menos, que vayas a ser su padrino —miré a Aitor.

—Es tu chica, pero es nuestra Ruth, la pizpireta divertida que nos saca más de una risa.

—Gracias también a vosotras —me dirigí a Reme y Sol, las responsables del tema de publicidad, y a las dos correctoras, Virginia y Alicia.

—Un placer, como dice Aitor, Ruth es una de nuestras niñas y la adoramos —contestó Reme.

Sí, ella creía que Sergio, por ser prácticamente familia nuestra, sería su padrino, de hecho, se despidió después de que hiciera las presentaciones con mi familia para ir a recogerla.

Tenía al equipo al completo allí para sorprenderla, esos once autores a los que seguíamos, puesto que yo ya era un chico de La Tribu, y a las que estaban detrás de ellos, ayudándolos a que cada nuevo libro viera la luz y llegara a cada rincón del mundo.

Una mayor sorpresa habría sido poder contar con alguna de las chicas de La Tribu, pero eso resultaba más complicado, aunque se encargaron de estar en este día tan especial, y es que me mandaron un vídeo que había montado una de ellas con el saludo de cada una.

Entramos a la sala y ahí nos hicimos una foto todos para subirla al grupo, no tardaron en comentar las chicas lo guapos que íbamos todos, desearnos que pasáramos un gran día y que le diéramos muchos besos a la novia.

Y la novia llegó.

Estaba preciosa con ese vestido blanco de lo más veraniego, el pelo recogido y un ramo de

rosas rojas y rosas.

Mi futura esposa caminaba por el pasillo colgada del bazo de Sergio y, al ver que en la puerta estaba Aitor, se tapó la boca tras dar un grito de sorpresa.

Él abrió los brazos y ella, sin vergüenza ninguna, corrió para abrazarlo.

—Estás preciosa, Ruth.

—Gracias. Pero, ¿qué haces aquí?

—Estamos los once, y también han venido Reme, Sol, Virginia y Alicia.

Ruth miró al interior de la sala y, al ver a todos allí saludándola, sonrió y agitó la mano.

—¡Ay, mi madre! ¡Me muero! Los autores y el equipo de La Tribu en mi boda.

—No te mueras, cuñada, que al doctor le da un infarto y se va al otro barrio contigo. Con lo que te quiere ese hombre —rio Sergio.

—Vamos, cuñado, llévame con él, que me está mirando con ojitos de querer.

—No, no te llevo.

—¿Cómo? —gritó, poniéndose una mano en la cintura.

—Te voy a llevar yo.

Cuando Ruth escuchó a Aitor, se giró como a cámara lenta, lo miró arqueando la ceja y él asintió para que mi chica entendiera que era verdad.

—¡Doctor, que me va a entrar mi amigo y escritor favorito Aitor! —gritó, emocionada.

—¡Venga, hombre! ¿Él es tu escritor favorito? —preguntó Marcos— No es justo, ¿eh? Aquí somos once.

—Padre Marcos —le riñó ella, con el ceño fruncido, llamándolo como solían hacerlo las chicas del grupo—. No me podéis llevar los once hasta allí, que va a parecer que vamos en procesión.

—Pues para eso he venido, ya que no puedo casaros.

Nos tuvimos que reír todos, y es que, entre Marcos y Ruth, nos estaban dando una mortal para no parar de reír.

Aitor le tendió el brazo, ella se agarró a él con una sonrisa, y vinieron hasta donde yo estaba esperándola.

Nos casamos con esos pocos invitados, nuestra familia y los amigos que Facebook había traído a nuestras vidas.

En el salón donde celebramos el convite no faltaron las risas, las bromas de unos a otros y ese buen rollo que esos once autores transmitían.

Llegó el momento de los regalos y Aitor le entregó una caja a Ruth, que dijo era de parte de todas las niñas.

—¡Hostia! —gritó mi mujer cuando la abrió.

Aquello parecía el escaparate de un sex shop, había todo tipo de juguetes, geles, algunas velas y hasta un camisón de lo más sexy.

—Maridito, ya tenemos compañía para nuestra noche de bodas.

—Estas niñas, son la monda —rio Dylan.

—Bueno, nosotros también tenemos un detallito para vosotros —dijo Sarah, que se levantó y le dio una caja alargada.

—Chicos, son preciosos —Ruth sacó dos relojes de una firma conocida, uno para cada uno, además de una pulsera para ella.

—Preciosa, tus niñas no podían faltar en este día, así que, ahí las tienes.

Señalé a la pantalla grande que estaban bajando y aparecieron todas en pequeñito gritando

“¡Viva los novios!”, para después ir saludando una a una y deseándonos mucha felicidad.

Ruth estaba emocionada, lloraba y se secaba las mejillas mientras reía con algunas de las ocurrencias de las chicas.

Pero no era la única, las seis autoras también estaban pañuelo en mano, y es que esas niñas, como ellos las llamaban, eran todas muy especiales para los once.

Llegó el momento del baile y le cogí la mano para llevarla al centro, cuando comenzó esa melodía de piano seguida de guitarra, cerré los ojos y la pegué a mi pecho.

Empecé a mecernos lentamente, le besaba la mejilla y ella no tardó en llorar cuando escuchó la letra de la canción.

Como ya me pasara con la que escogí para pedirle que se casara conmigo, esta de Bon Jovi, fue con la que quise decirle lo mucho que la amaba.

*«Thank you for loving me
I never knew I had a dream
Until that dream was you»*

—Te quiero, Mario.

—Y yo a ti, mi amor.

Terminado ese primer baile, ninguno de los autores y ninguna de las autoras, así como las publicistas y las correctoras, se libraron de pasar por nuestras manos para bailar.

No faltaron ni los brindis, ni las fotos, ni esos posts que uno u otro iba subiendo al grupo para hacer partícipes a las chicas de La Tribu.

Recordaría ese día el resto de mi vida. El día en el que hice realidad dos deseos de mi esposa. Casarse, y conocer a sus autores de novela romántica favoritos.

Capítulo 30



Estábamos a una semana de hacer nuestro primer año de casados, y en menos de dos, ya estaría nuestra pequeña con nosotros.

Sí, tres meses después de casarnos, Ruth se quedó embarazada.

Me dio la noticia con miedo, decía que tal vez había llegado demasiado pronto y yo, que desde la noche que le pedí que nos casáramos no había usado protección con ella, le dije que lo raro es que hubiéramos tardado tanto en dar en la diana.

Se echó a reír y empezó a llorar de la emoción, y yo con ella.

Íbamos a ser padres, ¿podía pedirle más al destino? Ese que puso a la mujer adecuada en mi camino.

Me tocaba trabajar de noche, y no es que me hiciera mucha ilusión, pero esta semana teníamos un médico menos por una baja y yo le cambié el turno a uno de los de la noche para encargarme. Era el jefe y prefería fastidiarme yo, que a cualquiera de los otros médicos.

Solo que, esta noche, estaba yo solo con tres enfermeras.

Aproveché la mañana libre para ir con Ruth a hacer la compra, al ser viernes, tendría todo el fin de semana libre para poder descansar, lo malo de los turnos de noche era que durante el día había poco tiempo para dormir y que no quería dejar a mi mujer sola, a cargo de todo, aunque ella era una campeona y podía con lo que se propusiera.

—Tu madre se marcha el lunes de viaje con las amigas —me dijo, mientras comíamos.

—Algo había oído, sí, pero no sabía cuándo se iban. ¿Dónde van esta vez?

—A Escocia —se echó a reír—. Dice que quieren conocer ese lugar del que tanto escriben los autores de La Tribu.

Si echamos la vista atrás, Ruth era lectora y seguidora de esos once autores, yo empecé a seguirlos cuando la conocí, y mi madre poco después de nuestra boda, cuando conocimos a todos y llegaron cargados con un montón de libros, y firmados por ellos de los últimos que habían publicado esos meses.

Incluso la habían aceptado en el grupo de Facebook, y es que mi madre era tremenda, le gustaba un sarao...

—No me digas más, quiere saber qué llevan los hombres debajo del kilt —reí.

—Sí hijo, como todas las niñas del grupo.

Terminamos de comer y nos acotamos un rato, yo porque quería descansar para la guardia que tenía después y ella, porque ya estaba bastante agotada en esa recta final del embarazo.

Cuando me desperté le di un beso y le dejé una nota, estaba tan dormida que no quise despertarla, total, no tenía nada mejor que hacer, ya había estado trabajando unas horitas cuando regresamos de la compra.

Llegué al hospital y empecé mi jornada, esa que esperaba fuera tranquila, aunque en la zona de

urgencias aquello nunca se sabía.

Ruth me mandó un mensaje cuando despertó, antes de cenar, y me dijo que también me quería, y que no se le olvidaba que yo la amaba.

Eso era lo que solía ponerle en las notas que le dejaba a menudo.

Eran las dos y media de la mañana, acabábamos de atender a un chico que llegó con una ceja partida por una pelea en un bar, estaba dejando el informe en el mostrador de recepción, cuando se abrieron las puertas de urgencias y...

—¡Ruth! —grité al verla entrar, con la bolsa del bebé y sujetándose la barriga con las manos.

—Hola, mi amor.

—¿Qué haces aquí?

—Traerte una tortilla por si tienes hambre. ¿Qué voy a hacer, con la bolsa del bebé?

—¿¿Estás de parto?? —Me acojoné, lo juro, porque eso no podía estar pasando, precisamente esa noche.

—No, es que me he dicho. Mira, Ruth, ya que le llevas una tortillita a tu maridito, pues, compra algunas cosas para meter en la bolsa del bebé. ¿Tú qué crees? —gritó, enfadada.

—Por Dios, que estoy solo esta noche, preciosa —le quité la bolsa y la ayudé a sentarse en una silla de ruedas.

—¿Y qué le digo a la niña, que a su padre no le viene bien hoy? ¿Si podría esperarse... hasta el lunes? ¡¡Estoy de parto, idiota!!

Menudo genio, lo que le habían cambiado las hormonas a mi preciosa Ruth. Cuando se enfadada, la poseía la mismísima Regan MacNeil, osease, la niña del exorcista. Solo le faltaba a mi preciosa esposa, hablar en una lengua muerta, cosa que, en esta noche tan especial, no dudaba ni un poquito que eso pudiera llegar a pasar.

En cuanto me vio la enfermera pasar con la silla y Ruth, haciendo sus respiraciones, supo que teníamos un ligero problema.

Nos tocaba a todos asistir el parto de mi esposa, y traer al mundo a nuestra pequeña.

—Preciosa, necesito que te relajes todo lo que puedas, ¿vale?

—Mario, ni que me fueras a echar un polvete por primera vez.

Las enfermeras se rieron y yo, hasta me sonrojé. Si es que era así, y no la iba a cambiar nadie ya a esas alturas de vida.

—Mi amor, venga, a la camilla que voy a ver cómo estás de dilatada.

—Ah, ¿es en serio que vas a traer tú a la niña al mundo?

—Pues claro, con la ayuda de ellas —señalé a las enfermeras.

—Mira, una bonita experiencia que contar cuando sea may... ¡¡¡Aaahhh!!!

—¿Habías tenido una contracción tan fuerte antes?

—No —murmuró, casi doblada por el dolor.

—Recuéstate, y deja que vea.

La ayudamos a colocarse, comprobé la dilatación y me sorprendió que estaba casi a punto, así que no había ni tiempo para ponerle la epidural. En qué momento se lo dije.

—¿Cómo? A mí me pones la anestesia esa, pero ya, o te juro que cierro las piernas y esta no sale.

—Ruth, por favor, no hay tiempo que perder, en cualquier momento puede empezar a nacer.

—Lo que me faltaba, que encima me digas que se me va a caer la niña de cabeza mientras me sale de ahí abajo.

—A ver, parejita, relajaos los dos, que esto ya está listo —dijo, una de las enfermeras.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunté para ver si con algo de conversación se calmaba.

—En mi jet privado, no te digo el otro. En taxi, hijo, en taxi.

—¿Por qué no avistaste a mi hermana y a Sergio? Joder, que son nuestros vecinos.

—Mira, a mí me llama una loca parturienta a la una de la mañana, me despierta, y me acuerdo de sus ancestros. Ya mañana, tranquilamente, que vengan a conocerla.

Me coloqué entre sus piernas, y ahí que fui yo a traer al mundo a nuestra hija. A la que habíamos decidido llamar Jenny, como la autora de La Tribu.

—Vamos, preciosa, que ya casi la tenemos. Tengo la cabecita.

—¡¡Esto duele!! Yo no paso por otro parto, ¿eh? Mañana mismo pides cita para que te corten eso que tienes entre las piernas. ¡¡¡Aaahh!!!

Unos empujones más y mi pequeña estaba con nosotros, la hicimos llorar y ese me pareció el sonido más bonito del mundo.

Cuando estaba envuelta en la toalla, se la puse a Ruth sobre el pecho y le corté el cordón umbilical, lo anudé y las besé a las dos.

No hace falta decir que tanto su madre, como yo, acabamos llorando mientras la observábamos.

—Qué bonita es, Mario —dijo, mientras le cogía una manita y la besaba.

—Tan bonita como su madre.

Sí, el amor a primera vista existía, y a mí me había pasado dos veces en la vida.

Cuando conocí a Ruth, y al ver a nuestra hija.

Epílogo



Cuatro años habían pasado, desde que naciera nuestra pequeña Jenny. Cuatro, en los que no faltaron nunca esas sonrisas que le prometí a mi preciosa esposa y que siempre tendría.

Desde que nuestra hija llegó al mundo, nos colmó de días de alegría, sorpresas y aprendizaje, y es que ambos éramos unos papás primerizos con miedo a muchas cosas. Sí, a pesar de ser médico, y de los mejores, temía que pudiera pasarle algo a nuestra niña.

Por suerte contábamos con la ayuda de mi madre, que había cuidado de mi hermana y de mí, y siempre tenía algo que contarnos sobre los bebés.

Benditas abuelas, qué bien nos vienen a los padres en casos como ese.

También teníamos a Ana para aconsejarnos, puesto que ella había sido mamá de Raúl, unos meses antes que Ruth, y ya tenía bastante experiencia.

Y cuando Jenny cumplió su primer año, nos enteramos que esperábamos un nuevo bebé.

Aquello nos pilló por sorpresa, sobre todo, porque mi hermana nos acababa de contar que estaba embarazada, y del mismo tiempo que Ruth.

Así que, nueve meses después, fuimos padres de Aitor, como ese hombre que fue partícipe en toda nuestra historia, padrino de boda de Ruth, y tíos de Alex.

Ahora nuestro campeón ya tiene casi dos años, y es un torbellino por la casa, todo el día correteando.

Y la alegría que me da a mí ver a mis hijos cuando llego, esperándome en el salón con su madre, para lanzarse a mis brazos y que los coja a ambos. Menos mal que yo soy grande y puedo con uno en cada brazo.

Ruth, seguía llevando el tema de las redes de los once escritores, esos que no habían faltado a su cita para conocer a nuestra primera hija, y al segundo.

Mi madre seguía con sus viajes, cada seis meses iba a un lugar del mundo, muchos de ellos escogidos por los libros que leíamos.

Y, de cada uno de ellos, traía un recuerdo para nosotros.

Judith aún ejercía como psicóloga, aunque solo tres días a la semana, los otros dos los dedicaba por completo a mi sobrino Alex, además, aprovechaba para salir con Ruth y mis hijos al centro comercial, o al parque, algunas veces quedaban con Ana y su hijo Raúl, y pasaban las tardes todos juntos.

En el hospital seguía yéndome bien, tenía a Sergio y contaba con Tony, como mi mano derecha, si yo debía ausentarme por alguna urgencia médica de mis hijos, delegaba en ellos y no me preocupaba porque sabía que lo harían igual de bien que yo.

—Buenos días, mi amor.

—Buenos días, preciosa —abracé a Ruth, cuando entró en la cocina.

—Mañana vuelve tu madre de su viaje a Marrakech.

—Sí, ya quedé con ella en ir a recogerla al aeropuerto, se viene un par de días a casa, echa de menos a sus nietos.

—Verás cuando Judith le diga que va a volver a ser abuela —sonrió.

—Pues le va a hacer mucha ilusión, estaba deseando que ella tuviera otro hijo.

—Voy a preparar los desayunos de los peques, que dentro de nada están en planta y pidiendo su leche —me besó y empezó a sacar cosas que fue colocando en la encimera.

Y sí, ni quince minutos tardaron en entrar por allí nuestros hijos, cogidos de la mano y pidiendo el desayuno.

Después de que se lo tomaran los vestimos y salimos dando un paseo por el pan, a la vuelta pasamos a ver a mi hermana y la pobre estaba fatal con el embarazo.

Del primero ni se enteró, pero con este no dejaba de vomitar a todas horas.

Le habían recetado unas pastillas para cortárselo y que pudiera comer de modo que retuviera algo en el estómago, pero, aun así, la pobre estaba agotadísima.

—Mañana vuelve mamá, ¿no?

—Sí, la recojo y se queda unos días en casa, pero creo que será mejor decirle que se quede contigo, así te echa una mano con Alex, mientras Sergio está en el hospital.

—Si no le importa a ella...

—¿Te acabas de oír, hermanita? Cómo no va a querer quedarse contigo, que eres su niña, y encima estás pochita.

—Joder, qué ánimos me das. Pochita, dice...

—Anda, ven aquí —la abracé y le froté la espalda, pero tuve que soltarla rápido para que fuera al baño después de una de sus náuseas.

Ruth y yo nos quedamos allí a comer con ellos, más que nada para que Judith descansara un poco después de comer mientras nosotros nos encargábamos de Alex.

De vuelta en casa, bañamos a los peques, cenamos y una vez estuvieron en la cama, nos quedamos sentados en el sofá, disfrutando de una copa de vino.

—¿Sabes? —preguntó.

—Dime.

—Me alegro de que me salvaras la vida.

—Es mi trabajo, y aún no te conocía de nada —le besé el hombro, pues yo estaba sentado en el sofá con ella entre mis piernas, pegada a mi pecho.

—No me refiero a la primera vez, que también, sino a la segunda. Cuando quise dejar este mundo.

—No podía perderte, preciosa. Ya lo hice una vez y fui un imbécil por cómo me comporté, pero te aseguro que, si volviera atrás y te viera entrar en esa camilla, más muerta que viva por las pastillas que habías tomado, volvería a salvarte la vida. Eso fue lo que me hizo darme cuenta de que, si tú no estabas conmigo, mi vida no estaba completa.

—Te quiero mucho, Mario. Te amo —dijo, mirándome a los ojos.

—Yo también te amo, preciosa, desde el día en que nuestros ojos se encontraron.

Y es que Ruth para mí fue esa persona de la que me enamoré, la que me hacía sentir completo de verdad, la que me hacía feliz cada día que pasaba.

Con la que me lancé a la piscina de cabeza, sin saber si estaría llena o vacía, a la que le compré ese anillo que parecía llamarme y decirme que era el que ella debía lucir en el dedo.

La mujer por la que me arrodillé después de unas cuantas notas y antes de una cena sorpresa, y a la que le hice la pregunta que cambiaría nuestras vidas para siempre.

Mis redes sociales

Facebook: [Aitor Ferrer](#)

IG: [@aitorferrerescritor](#)

Amazon: [relinks.me/AitorFerrer](#)